



*Serie Oficina*

*Famós me*

*Olvidarás*

*Sophie Saint Rose*

Jamás me olvidarás

Sophie Saint Rose

## Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

## Capítulo 1

Lidia se mordió su grueso labio inferior mirando por encima de la pantalla del ordenador. Barry salió en ese momento del despacho del jefe y la miró furioso. Chasqueó la lengua bajando sus ojos hasta su pantalla de nuevo y continuó tecleando como si nada, mientras él no le quitaba ojo sentándose en la mesa de al lado. Se debía creer la leche por ser el asistente personal de Roy cuando ella haría ese trabajo mil veces mejor. Sobre todo porque ella sería feliz asistiéndole en todo.

—Te acabo de enviar las cartas que tienes que redactar —dijo aquel petardo desde su mesa.

Vio que el archivo de audio que había grabado Roy ya le había llegado. —Y te recuerdo que como vuelvas a cometer una falta de ortografía, hago que te echen.

Por lo bajo le imitó con burla —Hago que te echen.

—¿Qué has dicho?

Giró la cabeza para sonreírle radiante. —Que cogeré un diccionario.

—¡Eso! ¡Eso es lo que tenías que haber hecho desde el principio!

Se le quedó observando. Su traje de chaqueta gris imitaba al que llevaba Roy ese día, pero no era a medida, por supuesto. También llevaba su cabello castaño repeinado hacia atrás al igual que Roy, aunque no se podían comparar porque el cabello negro de su jefe era mucho más espeso y tenía unos ojos también negros como la noche que eran para morirse. No como los de esa rata, que eran de un color azul tan claro que le hacían parecer un extraterrestre. Y algo extraterrestre debía ser porque la odiaba desde que la había visto por primera vez y eso no le solía pasar. ¡Ella caía bien a todo el mundo!

Su odio por Lidia fue evidente de inmediato. El primer episodio había sido hacía meses cuando aún trabajaba para la hija del presidente anterior, una tía lista como no había otra. Ambas eran novatas en la empresa. Su nueva jefa estaba tomando contacto para conocer los entresijos de esa parte del negocio y Lidia estaba encantada de la vida de trabajar para ella. Solo llevaba una semana trabajando allí cuando hubo una reunión de dirección. Estaba el jefe supremo con su secretaria, su hija, Roy, Barry y ella. Barry la miraba como si fuera un auténtico desastre y eso que no abrió la boca en toda la reunión. Ella no había podido dejar de mirar a Roy y fascinada vio como él prácticamente lo llevaba casi todo a pesar de que era el vicepresidente. Algo totalmente lógico porque Robert Carrington tenía muchos negocios aparte de la petrolera donde ella trabajaba, así que delegaba mucho trabajo en él. Pero en esa reunión también se dio cuenta de que aunque Roy dominaba cada tema de la petrolera, se notaba que era Robert quien tomaba la última decisión de todos los temas cruciales junto con su hija, que era evidente que tenía madera para los negocios. Era su empresa y querían que las cosas fueran a su manera. Pero su fascinación por Roy aumentaba con cada palabra que salía de su boca. Casi la hizo babear durante toda la reunión porque era tan guapo, tenía una seguridad en sí mismo y un porte, que era para dejar atontada a cualquiera. Y eso que ella no se dejaba impresionar por cualquier cosa. Disfrutó de la reunión como jamás se hubiera imaginado con el tostón que eran normalmente.

Cuando se levantaron para regresar a sus respectivos despachos, Barry le pegó un pisotón con el que vio las estrellas y chilló sin poder evitarlo. Todos la miraron y se sonrojó diciendo — Una araña. Les tengo pánico.

Barry sonrió malicioso y ahí empezó su suplicio. Porque cada vez que la veía la atacaba de alguna manera, como con la falta de ortografía de la que nadie se hubiera dado cuenta si él no la recordara continuamente.

Viendo el logo de la empresa en la pantalla del ordenador, sonrió con cariño recordando a los Carrington, que eran una piña. Meses atrás, de repente decidieron que se iban los dos dejando a Roy a cargo de la petrolera, mientras ellos se encargaban del resto de los negocios desde los

Ángeles. Cuando le habían comunicado su cambio de puesto, había gritado de la alegría porque trabajaría al lado de Roy. Le vería continuamente. Y no es que no apreciara a su jefa, era la leche, pero comparada con un amor platónico... No había color, la verdad.

El traslado no había sido ningún problema. El problema lo tenía sentado al lado. El muy cabrito no la dejaba vivir y sobre todo no la dejaba ni dirigirle la palabra al jefe, porque todo pasaba por él. Le miró de reojo y él siseó —No te oigo teclear, Lidia. Como no termines para las cinco, te quedarás hasta que lo hagas.

Dejó caer la mandíbula del asombro porque sabía que tenía cita con el dentista.

—Te acabo de enviar unas notas de la reunión de esta mañana. Las quiero en la base de datos antes de que te levantes de esa silla. —Se levantó con unas carpetas en la mano y fue hasta el despacho del jefe sonriendo malicioso.

Entró sin llamar como siempre y Lidia entrecerró sus ojos verdes. —Este se va a cagar. —Empezó a teclear como una posesa. —No sé por qué quieren una secretaria de dirección si soy solo mecanógrafa. Se está desperdiciando mi talento en este puesto —dijo entre dientes—. Más de un talento se está desperdiciando, pero ya llegará, tú tranquila. Ese cabrito tendrá que coger vacaciones en algún momento y será tu oportunidad. O puede que le parta un rayo. O que le atropelle un camión. O...

La puerta se abrió de golpe y Roy pálido ordenó —Lidia llama a una ambulancia.

Perdió todo el color de la cara. —¿Qué? Señor, ¿no se encuentra bien?

—¡Barry se ha desmayado! —gritó desapareciendo de su vista.

—¡Sí! —Sonriendo cogió el teléfono y marcó el uno para llamar al exterior. —¿Emergencias? A un compañero le debe estar dando un infarto o algo así. Sí, tiene pinta de algo muy grave. Una UVI móvil y lo que haga falta. Y háganle muchas pruebas porque parecía sanísimo. —Colgó el teléfono y se pasó las manos por la falda de tubo roja que llevaba ese día antes de atusarse su largo cabello rubio platino. Se pasó la lengua por su labio inferior y se

agachó para mirarse los labios en el marco de plata donde estaba retratada su familia. Aún estaban rojos. Se enderezó y puso cara de pena corriendo hasta la puerta. —Ya está, jefe.

Encontró a Roy con una rodilla en tierra al lado de Barry que estaba sin color en la cara. Frunció el ceño acercándose. —¿No será un bajón de azúcar?

—No es diabético.

Caminó hacia ellos y se arrodilló, y con esa falda era todo un triunfo, la verdad. Sin cortarse se agachó y escuchó sobre su pecho. —Bah, tiene pulso. —Se incorporó sentándose sobre sus talones y sonrió a su jefe. —No está muerto.

—¿Eso ya lo había deducido yo! ¡Gracias, Lidia! —dijo con ironía. Se levantó alejándose y frustrado se pasó la mano por la nuca dándole la espalda—. ¿Dónde coño está la ambulancia?

—Hay tráfico. Y de nada. —Miró a Barry y le arreó un tortazo. Su jefe se volvió mirándola sorprendido. —Nada, que no se despierta.

—¿Le has pegado?

Le miró inocente. —¿No se hace así? ¿Quiere probar, jefe?

—¡No!

—Usted tiene más fuerza. Igual funciona. Por probar no perdemos nada.

—¿Has avisado a los de seguridad para que les dejen pasar?

—Son sanitarios. ¿Cómo no iban a dejarles pasar?

—¡Llama abajo! ¡Con las nuevas medidas de seguridad no puede pasar cualquiera, aunque vayan vestidos de sanitarios!

Intentó levantarse, pero lo tenía complicado y más con los tacones de quince centímetros que llevaba. Roy la miraba como si no se lo pudiera creer y cuando casi cayó de culo se apoyó en el pecho de Barry con ambas manos y dio pasitos hacia atrás elevando el trasero, pero cuando se quedó con el culo en pompa se dio cuenta que sus abdominales estaban más flojos que de

costumbre o que tenía las piernas demasiado atrás. Caminó hacia delante con las manos aún apoyadas y consiguió elevarse dando un golpe de melena. —Ya.

—¡Al teléfono!

—Oh, sí. —Corrió dando saltitos y miró hacia él desde la puerta. Cuando vio que le miraba el trasero casi se le sale el corazón del pecho y se chocó con el marco. Rió tontamente mientras él la miraba como si no se creyera lo que estaba viendo. —¿Quién ha movido la puerta de sitio?

Salió a toda prisa haciendo una mueca y sin rodear el escritorio de Barry marcó el cero. —¿Seguridad? Les llamo desde presidencia. —Se miró las uñas. —Va a venir una ambulancia porque Barry MacAllister ha sufrido un desmayo, pero yo creo que es algo mucho más gordo. Dejen pasar a los sanitarios. ¿Cómo de gordo? Éste no vuelve. Le quedan tres telediarios. Lleva tiempo con mala cara.

Alguien carraspeó a su espalda y colgó el teléfono de inmediato volviéndose con una sonrisa radiante. —Ya está, jefe. Pida por esa boquita que sus deseos son órdenes.

La miró con desconfianza. —Se nota que estás muy preocupada.

Hizo que lo pensaba. —Estoy terriblemente inquieta por su estado de salud. Pero tú no te preocupes que yo te ayudo a dirigir el barco.

—¿Me has tuteado?

—Claro. —Dio un paso hacia él mirándole seductora y dando un golpe de melena. — Ahora seremos uña y carne. No está de moda ser tan formal en el trabajo.

—¿No me digas? —siseó antes de entrar en el despacho cerrando de un portazo. Lidia parpadeó mirando la madera y cuando volvió a abrir de golpe sonrió de oreja a oreja—. ¡Dónde coño está la ambulancia!

—Todo esto te está estresando demasiado. ¿Qué tal un masaje? —Escucharon un gemido. Mierda. —Qué alegría, se está despertando.

Su jefe se había acercado a toda prisa. —¿Barry? ¿Te encuentras bien?

—¿Qué ha pasado?

—Te has desmayado —respondió ella mirándose las uñas. Necesitaba una manicura. Chasqueó la lengua y al levantar la vista vio que los dos la observaban—. ¡Pero ya estás aquí! Hala, a trabajar y tú al hospital.

—No, si estoy bien.

Intentó incorporarse. —¡Barry no te muevas! —ordenó su jefe con voz firme.

—Jefe, estoy bien de verdad.

En ese momento escucharon pasos y Lidia se volvió sonriendo a Peter el jefe de seguridad que llegaba con dos sanitarios. El hombre correspondió a su sonrisa como los dos sanitarios y ella se apartó para que pasaran.

Al volverse para ver lo que hacían, se dio cuenta de que su jefe la miraba como si hubiera cometido un delito grave y Lidia sonrió de oreja a oreja. Se había puesto celoso, seguro. Éste estaba en el bote. Roy se apartó para que atendieran a su asistente que no hacía más que protestar alegando que se encontraba bien.

Lidia no podía consentir que no se lo llevaran y si le metían una sonda por la retaguardia mucho mejor, así que dio un paso al frente. —Lleva unos días con mala cara. ¿Y si ha sido un amago de infarto o algo así? Su trabajo conlleva mucha responsabilidad.

—¡Tú lo que quieres es ocupar mi puesto, lagarta!

Jadeó con los ojos como platos. —¿Ven como no está bien? Se le está yendo la cabeza.

—Barry irás al hospital a que te practiquen las pruebas necesarias —sentenció el jefe haciéndola sonreír maliciosa. Barry la fulminó con la mirada y Roy la miró. Puso cara de inocencia de inmediato—. Lidia, a trabajar.

—Sí, Roy.

Barry gritó —¡Para ti señor Mitchell!

Parpadeó asombrada. —Tú le tuteas. Si voy a ocupar tu puesto...

Eso le puso rojo de furia. —¡Sobre mi cadáver! ¡Volveré enseguida!

—Creo que voy a darle un sedante —dijo uno de los sanitarios.

—Sí, uno bien fuerte. —Se volvió hacia la puerta y antes de salir miró sobre su hombro.

Se sonrojó ligeramente al ver que todos la miraban con distintas expresiones. El jefe de seguridad y los sanitarios sonreían embelesados mientras Barry quería matarla. Pero la única mirada que le importaba era la de Roy que la observaba con los ojos entrecerrados. —Enseguida traigo las cartas que tienes que firmar, Roy —dijo con voz ronca.

Vio cómo se tensaba antes de salir del despacho y sonrió como el gato que se comió al ratón antes de sentarse ante su mesa y coger los cascos. Ese hombre no se le escapaba. Iba a ser la señora Mitchell costara lo que costara.

Y le iba a costar la vida, porque la mataría antes de que le pusiera el pedrusco en el dedo con lo que la hacía trabajar, el muy sádico. No le extrañaba que Barry estuviera anémico y hubiera tenido que cogerse la baja. Si es que no tenía vida. Ahora entendía su cara de amargado. Ese no tenía novio ni amigos ni nada de nada porque no tenía tiempo.

—Lidia, ¿y mi comida?

Gruñó pulsando el botón del interfono. —Supongo que la estarán haciendo, Roy. Porque me pediste que la encargara hace tres minutos y medio.

—¡Debías prever estas cosas!

Volvió a pulsar el botón con ganas de machacar a golpes aquel aparatito. —Es que no soy Barry.

—¡Eso es evidente!

Sonrió encantada. —Gracias, jefe.

Le escuchó gruñir antes de cortar la comunicación y chasqueó la lengua. Es que estaba muy tenso. Lo del masaje cada día le parecía mejor idea. ¿Dónde enseñarían a hacer masajes? Aquello era Nueva York, seguro que había algún sitio donde enseñaban esas cosas. Abrió la página de internet y apuntó un lugar que tenía muy buenas críticas. Ah, y tenían un horario perfecto para ella porque daban clases intensivas los sábados por la mañana.

—¡Lidia, dónde está el expediente de Indonesia que te pedí!

Miró el interfono y entrecerró los ojos. Un martillo, eso es lo que necesitaba para cargarse aquel trasto. Tomando aire pulsó el botón. —Primer cajón de la derecha.

—No, aquí no está.

Perfecto. Se levantó rauda y veloz para ir hacia su despacho. Ese día sabía que estaba especialmente guapa con el vestido azul eléctrico que su tía le había regalado en su cumpleaños. Se apartó el cabello del hombro y sonriendo entró sin llamar. Él la miró como si fuera la culpable de la caída del dólar, pero no se lo tomó en cuenta sonriendo más ampliamente. —Está en el cajón. Lo metiste ahí porque no querías que lo archivara. —Ni corta ni perezosa rodeó su enorme escritorio y abrió el primer cajón de la derecha. Frunció el ceño porque allí no había ningún expediente. Lo que sí había para su sorpresa era una caja de preservativos entre varios objetos personales. Rió por lo bajo. —Veo que eres un hombre seguro. —Abrió el siguiente cajón bajo su atenta mirada, pero al sacar los expedientes vio que no había ninguna carpeta azul. —Qué raro... —Pensativa los volvió a colocar dentro. —Juraría...

—¡Pues no jures y encuéntralo!

Se sobresaltó y le miró con los ojos como platos. —¡Oye guapo, a mí esos modales no! — Puso la mano en la cintura con chulería. —No es culpa mía que lo hayas perdido.

Roy muy serio se levantó lentamente. —¿Qué has dicho?

—¡Lo que has oído! —le gritó a la cara—. ¡Estamos en el siglo veintiuno y no puedes hablarme como si fuera tu esclava! ¡A mí me hablas con respeto y no me gritas más!

—¡Despedida!

Jadeó indignada. —¡Sí, claro!

Roy señaló la puerta. —¡He dicho que despedida! ¡Recoge tus cosas o llamo a seguridad!

Lidia se cruzó de brazos. —Mi trabajo es impecable, no puedes despedirme.

—Claro que sí. ¡Se llama insubordinación!

—¡Se llama... tío, sal de las cavernas y entra en el mundo real!

La miró como si le hubieran salido dos cabezas. —¡Largo de mi despacho!

—Pues no me voy. —Levantó la barbilla retándole. —Además si llamo a los Carrington, que todavía son los dueños, no les gustaría un pelo que me hayas echado. —Roy se tensó. —El jefe me aprecia mucho y no te digo su hija. Soy su ojito derecho. —Maliciosa levantó sus cejas rubias. —¿Hacemos las paces?

—¡Yo dirijo esta empresa!

—Ya, ya. —Dio un paso hacia él quedando a unos centímetros y el aroma de su after shave casi la vuelve loca. —Vale, te perdono si salimos a cenar. Tengo un vestido nuevo que...

—¿Estás loca? —Dio un paso atrás como si tuviera la peste. —Tú no estás bien.

—Claro que sí. Tengo las ideas claras. —Se acercó a él peligrosamente y le miró a los ojos. —¿No te gusto? Porque yo creo que sí. Esos preservativos nos vendrán muy bien. ¿En eso estabas pensando cuando los compraste? Porque la caja está sin abrir.

—Esto es el colmo —siseó como si se lo llevaran los demonios.

La cogió por el brazo y Lidia sonrió. —Sí, cielo... El sofá tiene pinta de ser perfecto. — Pero lo pasaron de largo y antes de darse cuenta la había empujado fuera del despacho. Ella reprimió un gesto de dolor volviéndose para ver como furioso cerraba de un portazo.

Se sintió dolida y no solo por el brazo sino porque sabía que le gustaba, pero él hacía todo lo posible para mostrarle que no era así. Se frotó el antebrazo y se lo miró levantando la manguita. Vaya, con la piel tan sensible que tenía le iba a salir un morado. Chasqueó la lengua mirando la puerta de nuevo y entrecerró los ojos. Se estaba haciendo el duro, eso era todo. Caería. Sonrió positiva. No había llamado a seguridad.

Miró hacia la mesa de Barry y gruñó por dentro al ver que había varios expedientes apilados preparados para archivar y al ver uno azul miró por curiosidad. Se quedó sin aliento al ver que era el expediente de Indonesia. Ese no estaba allí cuando ella había puesto la pila de expedientes. Sorprendida miró hacia la puerta. ¿Estaba intentando hacer que pareciera una incompetente? Porque estaba segura de que ese expediente no debía estar ahí. Apretó los labios sintiendo una decepción enorme y caminó hacia su despacho decidida. Abrió la puerta para encontrarse a Roy ya tras su escritorio hablando por teléfono y furiosa fue hasta él tirándole el expediente a la cara. —¿Sabes? Yo hago muy bien mi trabajo. ¡Si no me quieres aquí, podrías decírmelo en lugar de estos juegucitos sucios!

Colgó el teléfono furioso y se levantó. —¡Creo haberte dicho que estás despedida! ¡Al parecer no entiendes bien mis palabras, así que el jefe de seguridad al que acabo de colgar te lo dirá muy clarito!

Con chulería puso las manos en jarras. —¿Qué pasa? ¿Que no te gustan las mujeres directas?

—¡Lo que no me gusta es que no hagas tu trabajo! ¡Y yo elijo a las mujeres con las que me acuesto y por supuesto que no me acostaría con una mujer con tan poca clase que va pidiendo guerra a cualquier pantalón a cien millas a la redonda!

Lidia intentó encajar el golpe, pero no pudo evitar palidecer al escuchar sus palabras y que en sus preciosos ojos verdes hubiera un atisbo de dolor. Roy apretó los labios enderezándose. —Recoge tus cosas. No te lo digo más.

—No hace falta que me lo digas más —siseó con rabia—. Está claro que tú tienes un gusto más exquisito. Te van las niñas ricas de buenos modales. Es una pena que la jefa no te hiciera ni caso y decidiera estar con un hombre de verdad. —Roy apretó las mandíbulas. Sonrió con burla disimulando su corazón roto. —Pero es que ella, al contrario que yo, sí tiene buen gusto.

Se volvió y caminó con paso firme hasta la puerta desde donde vio que el jefe de seguridad salía en ese momento del ascensor. —Oh, aquí llega la caballería. Tranquilo Peter, si estoy deseando largarme de aquí. Así que no daré problemas. —Forzó una sonrisa con la cabeza bien alta y rodeó su escritorio para coger su bolso del último cajón. De la que se ponía la correa del bolso en el hombro, cogió el marco de plata con la foto de su familia y vio que Roy la observaba desde la puerta guapísimo con su traje azul mientras esos ojos negros hervían de furia.

—Por cierto, Barry es gilipollas. Díselo de mi parte. Estaría encantado de ver esto en directo, pero claro es que está enamorado de ti y no soporta la competencia. Seguro que cuando le digas que me has echado se alegra muchísimo. Espero que seáis muy felices juntos. —Se volvió sonriendo maliciosa porque el rumor de que era el amante de Barry correría por la empresa como la pólvora. Entró en el ascensor custodiada por los tres vigilantes de seguridad y al volverse vio que seguía allí. Le lanzó un beso con la mano y Peter rió por lo bajo. Cuando se cerraron las puertas ella agachó la mirada porque la decepción era enorme.

Peter apretó los labios. —Niña, esa cabeza alta.

Tomando aire se enderezó. —Tienes razón. A Lidia Weston no la hunde nadie.

—Así se habla. Con lo lista que eres encontrarás trabajo enseguida, ya verás.

## Capítulo 2

—¡Estás loca! —gritó su prima haciéndola gemir y se tapó con la almohada intentando huir de la reprimenda. Y eso que acababa de llegar del turno de noche del hospital y como era enfermera en urgencias no paraba. Debería estar agotada, pero no. Tenía energías de sobra para echarle la bronca. —¡Era un trabajo buenísimo! ¡El mejor que has encontrado nunca y has tenido que fastidiarlo!

Apartó la almohada para mirar a su prima que la fulminaba con sus mismos ojos verdes. —¿Has terminado?

—¡No! Nos hemos cambiado a este apartamento porque tenías un sueldo de primera. ¡Cómo vamos a pagarlo! —Se sentó a su lado asustada. —Tendremos que mudarnos otra vez.

—Clarissa, no nos vamos a mudar.

—¿Tienes otro trabajo? —preguntó esperanzada.

—No.

—¡Entonces no podemos pagarlo!

—Dilo más alto no vaya a ser que algún vecino no te haya escuchado. —Su prima se sonrojó y gimió pasándose la mano por la frente. Preocupada se sentó. —¿Qué ocurre? Normalmente cuando me echan no te pones así. —Cuando se echó a llorar Lidia se asustó de veras y apartó su mano de su rostro con suavidad. —Eh... Encontraré otro trabajo, ya verás. —Clarissa sorbió por la nariz negando con la cabeza. —Claro que sí. Los pierdo rápido, pero también los encuentr...

—Estoy embarazada.

La miró con los ojos como platos y su prima se echó a llorar más fuerte. —Cómo embarazada. ¿Embarazada de niño a la vista? —Al ver la palidez de su prima jadeó del susto. —  
¿De quién?

—No lo sé.

Lidia perdió todo el color de la cara y la cogió de las manos. —¿Cómo que no lo sabes?  
¿Te han...?

—No. —Negó con la cabeza vehemente. —Hace dos meses fui a una fiesta del hospital,  
¿la recuerdas?

—Sí, te compraste el vestido verde.

—Esa fiesta. Bebí dos copas de champán y se me acercó un tipo que era visitador médico.  
Tenía una labia... Me hizo reír y antes de darme cuenta estábamos haciéndolo en el cuarto de  
baño.

—Entonces sí que sabes quién es. Es responsable como tú y...

Su prima volvió a negar con la cabeza. —Se llamaba Albert y no recuerdo su apellido.

—Pero estaba invitado a la fiesta. Alguien tendrá la lista. Le encontrarás.

—¡No me ha llamado, Lidia! ¡No quiere saber nada de mí! Sabe de sobra que no usó  
precauciones cuando yo creía que sí y ...

Lidia se tensó. —¿Cómo que cuando tú creías que sí?

—Vi como sacaba el condón del bolsillo, pero no se lo puso.

—¡Será hijo de puta! —Furiosa se levantó pasándose las manos por su cabello rubio. —  
¿Te has hecho las pruebas?

—¿Del embarazo?

—¡Del VIH!

Su prima se echó a llorar de nuevo y Lidia cerró los ojos suspirando. Aquello era lo que le

faltaba para rematar la semana. Abrió los ojos y fue hasta ella abrazándola. —No pasa nada.

—Sí que pasa. He sido una estúpida. Me ha tomado el pelo.

—Te gustó y cometiste un error.

—Un error que voy a pagar de por vida. —Sollozó sobre su hombro.

—Tienes otras opciones.

Su prima la miró esperanzada. —¿Eso crees?

Forzó una sonrisa apartando su cabello castaño de la cara. —Claro que sí. Eres dueña de tu cuerpo.

—Tú no lo harías.

Lidia chasqueó la lengua. —Es que yo no tengo familia. Tener un hijo para mí sería el mejor regalo del mundo.

—Yo soy tu familia. Y mamá y...

La besó en la mejilla y la abrazó. —Sabes lo que quiero decir. Y hablando de la tía. ¿Cuándo se lo vas a contar?

La miró asustada. —No se lo digas.

—Sabes que no voy a decirle nada, pero tiene un radar para saber cuando hemos hecho las cosas mal. Lo sabes.

En ese momento le sonó el teléfono a Clarissa y ambas se miraron con los ojos como platos. —Tú en paro y yo preñada, el radar de mi madre sigue funcionando perfectamente.

—No puede ser ella. —Sonrió incrédula y se alejó para levantarse de la cama e ir al bolso de su prima a coger el móvil porque ella no se había movido del sitio. Al ver en la foto a su tía hizo una mueca. —Anda, pues sí. —Descolgó de inmediato mientras Clarissa gemía. —¡Tía! Buenos días.

—¿Qué pasa?

—¿Pasar? Nada. Me acabo de levantar y...

—¡No me cuentes rollos, Lidia! Ayer llame a la niña y no me cogió el teléfono.

La miró como si fuera tonta y su prima volvió a gemir tumbándose en la cama y tapándose con la almohada. —Estaría en una urgencia de esas, tía.

—Tenía turno de noche. La llamé antes de entrar.

—Menudo marcaje.

—¡No tiene gracia! Me preocupa. ¿Está durmiendo?

—Claro. Ha venido agotada, la pobrecita.

—¿Qué pasa?

—¿Pasar? Nada.

—¡Uy, uy... vosotras me ocultáis algo!

¡Pero cómo se daba cuenta! Aquello era surrealista. —No, de verdad. Te veo un poco nerviosa. —Su tía suspiró del alivio. —Tía, ¿todo va bien? —El silencio al otro lado de la línea sí que le puso los pelos de punta. —¿Tía? ¿El tío Henry está bien?

—Sí.

Clarissa se sentó de golpe tirando la almohada al suelo y Lidia preocupada se sentó a su lado. —Pero ocurre algo.

—Hemos tenido un problemilla, pero no es nada.

—¿Qué tipo de problemilla?

De repente su tía se echó a llorar y Lidia palideció. —Tía, ¿qué ocurre?

—Dame el teléfono. —Clarissa cogió el teléfono de su mano. —¿Mamá? ¿Mamá qué pasa?

—Nos lo van a quitar todo.

Las primas se miraron sin comprender. —¿Cómo que todo? ¿Hablas de la granja? ¿Os quitan la granja?

—Teníamos unos ahorros y tu padre se dejó convencer para invertirlos en no sé que acciones. Lo ha perdido todo y no tenemos para pagar los impuestos. ¡Vamos a perder la granja!

Lidia se llevó la mano a la boca impresionada y su prima aún más porque era su hogar. Rápidamente le arrebató el teléfono. —Vamos a ver, tía... ¿Quién tramitó esa compra de acciones?

—El banco.

—¿No os dieron ninguna garantía?

—No, pero a tu tío le dijeron que tenían no sé cuánto de beneficios anuales. Que era un chollo y no sé cuantas cosas más.

—Así que era un fondo de inversión.

Su tía sorbió por la nariz. —Sí, creo que sí.

—Vale, quiero que me enviéis los papeles que firmasteis en el banco. Vete a la papelería y que te lo escaneen para enviármelos a mi correo electrónico, ¿entendido?

—Sí.

—Ahora lo más importante es arreglar lo de los impuestos. ¿A cuánto asciende la cifra?

—Veinte mil más o menos.

Veinte mil dólares. En ese momento era como pedir un millón. —Tendrás que pedir un crédito sobre la granja. O una hipoteca, lo que mejor salga de interés.

—Tu tío ya ha hablado con los del banco. No quieren darnos nada.

Frunció el entrecejo. —¿Cómo dices?

—Dicen que como está el mercado... La granja ya está hipotecada.

Se llevó la mano al pecho. —¿Pero cuándo la hipotecasteis?

—Teníamos que pagar el tractor nuevo y la carrera de la niña... Tú conseguiste beca, pero ella... Después hubo que pagar el tejado nuevo. —Se echó a llorar otra vez. —Lo fuimos prorrogando y ahora es una hipoteca demasiado grande para que nos den más.

Madre mía. Miró a su prima que parecía muy asustada y no le extrañaba nada. Todo su mundo se estaba desmoronando. Tenía que hacer algo. —Vale, no te preocupes. Conseguiré el dinero y os lo mandaré.

—¿Cómo vas a conseguir veinte mil dólares? —preguntó su tía antes de echarse a llorar de nuevo.

—Tú no te preocupes —dijo con seguridad—. Los conseguiré. ¿Cuánto tiempo tengo?

—Dos semanas.

—Eso está hecho. —Sonrió a su prima para tranquilizarla. —De todas maneras envíame toda la documentación que te he pedido.

—Vale.

—Y no te preocupes. ¿No eras tú la que siempre decía que cuando se cierra una puerta se abre una ventana? Saldremos de ésta.

—Sí, Dios proveerá.

Pues como no proveyera ella... Porque su prima ni tenía trabajo fijo. —Ahora vas a hablar con Clarissa y no os quiero ver llorar.

Le pasó el teléfono a su prima y se volvió saliendo de la habitación para cruzar el pequeño salón y entrar en la cocina. ¿Cómo iba a conseguir veinte mil en dos semanas? Como no se fuera a las Vegas... Abrió la nevera y sacó la leche pensando en ello. Lo que tenían en el apartamento no valía ese dinero, así que tampoco podían vender los muebles y ella solo tenía tres mil dólares en la cuenta porque el nuevo alquiler era elevado. Tendrían que haberse quedado en el apartamento anterior, pero odiaba regresar a Brooklyn por la noche. Al cerrar la nevera allí estaba su prima que aún iba vestida con el pijama violeta del hospital.

—¿De dónde vamos a sacar el dinero? —susurró preocupada.

Le guiñó un ojo. —Algo se me ocurrirá. Deberías acostarte. Tienes que descansar.

—No tienes que hacerlo, ¿sabes? No somos responsabilidad tuya.

La miró sorprendida. —Sois mi familia.

Su prima se sonrojó ligeramente. —A mí me lo pagaron todo, sin embargo tú tenías que trabajar cuando estudiabas para complementar la beca y...

—Son tus padres, es lo normal. Y como has dicho yo tenía una beca.

—Tendré que abortar. Les voy a dar un disgusto. Otro disgusto, y ya tienen bastantes.

—No quiero que tomes esa decisión ahora. Espera un poco a que pase esto. Ahora parece un drama, pero seguro que en unas semanas solo nos cabrearemos con el del banco por timador. Hala, a dormir.

Clarissa sonrió con tristeza. —Eres la mejor prima que se puede tener.

—Lo sé.

Su prima se alejó sonriendo y Lidia perdió la sonrisa mirando la cafetera que tenía en frente. Si no le hubieran pedido tan educadamente que se largara del trabajo podría haber pedido un préstamo sobre su nómina. Recordando todo lo que había pasado el día anterior apretó los labios. Estaba claro que no podía ir rogándole a Roy que le devolviera el trabajo. Además, su orgullo se lo impediría.

En ese momento sonó su teléfono móvil y corrió hacia la habitación donde su prima ya tumbada en la cama lo tenía en la mano. La miró con los ojos como platos. —Es tu jefe. —La sorpresa la detuvo. —¡Cógelo! ¡A ver si te devuelve el trabajo!

Sin poder creérselo cogió el teléfono para ver una foto que le había sacado a Roy en una sala de juntas cuando estaba distraído. Sin saber qué hacer miró a su prima.

—¡Contesta!

Sin pensarlo más pulsó el botón verde y llevó el teléfono al oído. —¿Sí?

—¿Lidia? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo. ¿Ocurre algo? —Sintiéndose observada se volvió queriendo pegarle cuatro gritos, pero solo susurró —Ya me has echado, ¿qué quieres?

—Al parecer tu contrato estipula que no puedo echarte sin un aviso previo de diez días. Creía que eso solo ocurría si tú presentabas la renuncia, pero al parecer en tu caso es algo en ambos sentidos.

Su corazón dio un vuelco de la alegría. ¡No recordaba eso! Lo había hablado con la jefa el día de su entrevista, porque Roslyn le había preguntado por qué la habían echado de su trabajo anterior y decidió ser sincera. Porque el jefe se había puesto pesado y le había dado una patada en un lugar algo delicado. Su jefa se sorprendió, pero ella divertida le dijo que antes de que la echaran quería que la avisaran con diez días porque así podría buscar otro trabajo mientras tanto, porque le parecía muy injusto que la echaran por las buenas. Debió parecerle divertido porque había puesto la cláusula y ella ni recordaba haberla firmado. —¿Así que tengo que volver?

—Si quieres cobrar la liquidación sí —dijo entre dientes como si aquello le costara un triunfo.

—¡Ja! ¡Así que me tienes que soportar diez días más! —Se echó a reír divertida mientras su prima la miraba con los ojos como platos. —¡Van a ser los diez días más divertidos de mi vida, te lo aseguro! —Sonrió satisfecha. —Te veo a las nueve, cielito.

Colgó el teléfono y encantada de la vida se volvió para ver la cara de pasmo de su prima. —No lo entenderías.

—¿Te has enrollado con tu jefe? —gritó a los cuatro vientos.

—Uy... te veo algo nerviosa. ¿Un sedante?

—¡Lidia!

—No, no me he enrollado con él porque no se ha dejado. —Fue hasta el armario. —De

hecho me ha echado, pero al parecer tiene que tragarme diez días más. ¡Ja! Se va a cagar.

Su prima se arrodilló en la cama. —Tienes que ser la mejor secretaria del mundo.

La miró sobre su hombro como si estuviera loca. —Sí, necesitas un sedante.

—¿No te das cuenta? Si ve que eres la secretaria perfecta no te echará. Necesitamos el dinero. Con tu nómina podemos pedir un crédito en cualquier banco. Con la mía no podemos porque aún estoy en prácticas.

Lo mismo que ella había pensado. Gruñó volviéndose y cogió el horrible traje negro que siempre se ponía en las entrevistas. Parecía que iba de luto, pero le quedaba de miedo. Negro, perfecto para el humor que la acompañaba. —Sabes que yo no sé disimular. Se me nota todo en la cara. ¡Y me saldrá una úlcera!

Unió sus manos. —Por favor...

La miró exasperada. —Me quiere echar. Cuando pasen los diez días me arrastrará hasta la calle simplemente por no quedar como un idiota con los de la empresa.

Su prima dejó caer los hombros decepcionada. —¿Eso crees?

—Sí. Y en cuanto vuelva Barry, eso si no vuelve hoy, me dejará en una esquina para que pasen las horas. —Tiró el traje sobre la cama y cogió una camisa de seda blanca. —Es solo un trámite legal. Te aseguro que aunque fuera la secretaria más eficiente de la tierra, me echará a la calle solo por dárselas de mandamás. Odia que le dejen en evidencia. Una vez lo hizo mi jefa y ese tema aún le escuece, te lo digo yo. —Jadeó llevándose una mano al pecho. —¡Ya lo sé!

—¿El qué?

—¡Puedo pedirle el dinero a la jefa!

Su prima la miró como si estuviera loca. —¿Y te lo va a dar porque sí? Si hace meses que no la ves.

Sus preciosos ojos verdes brillaron. —Un crédito de la empresa. Eso es lo que le voy a

pedir.

—¿Eso se puede hacer?

Impaciente cogió el móvil. —¿Qué hora será en los Ángeles?

—Lidia no te entiendo.

—Es muy sencillo. Ella no sabe que me voy de la empresa.

—Que te echan.

—Exacto. Que me echan, así que le voy a solicitar un crédito sobre mi nómina...

Su prima abrió los ojos entendiendo. —Creyendo que lo vas a ir pagando con las nóminas de los próximos meses.

—Precisamente. —La señaló con el móvil. —¡Así estaré atada a la empresa! ¡Si quieren cobrarlo no podrán echarme!

—¡Eres brillante! —Contentísima su prima saltó de la cama y se abrazaron mientras reían.  
—Llama, llama.

—Mejor me espero un poco. Allí son tres horas menos e igual se mosquea si la despierto.  
—Hizo una mueca mirando su traje negro y sonrió maliciosa. —Creo que voy a ir de rojo.

—Eso, que te queda genial. Y métele caña a ese mamón. Total, ya no podrá echarte.

—Eso pienso hacer. —Hizo una mueca. —Espero que no me traslade al sótano para no verme la cara.

Su prima jadeó. —¿Lo haría?

—Roy Mitchell es capaz de todo por tener la razón.

## Capítulo 3

Estaba claro que era un cabrito, pensó cuando el jefe de seguridad le dio una tarjeta para la cuarta planta. —Debes presentarte ante el señor Esteban de administración. Él te dirá en que mesa trabajas ahora. —Le guiñó un ojo. —Bienvenida de nuevo.

—Gracias —dijo entre dientes antes de dirigirse hacia los ascensores. Varios hombres la miraron de la que pasaba y no era para menos porque su vaporoso vestido rojo era como un foco entre tanto trajeado. Eso por no hablar de que se había peinado su melena hasta la cintura con ondas y llevaba los morros rojos. Cuando se abrieron las puertas del ascensor entró un montón de gente y casi tuvo que apiñarse en la esquina. Uno que estaba a su lado la miró y ella forzó la sonrisa. —Aquí hay mucha gente, ¿no?

Le guiñó un ojo. —Es que seguro que quieren conocerte.

Varios rieron por lo bajo y Lidia se puso como un tomate. No es que no estuviera acostumbrada a que la miraran, pero aquello era demasiado. ¡Por Dios, si llevaba trabajando allí meses!

—Pues que bien —dijo deseando que se la tragara la tierra. Igual tenía razón la jefa y vestía un poco llamativa. Qué va. Lo que pasa es que era atractiva y ese día estaba especialmente guapa. No era tonta, sabía que la consideraban guapa y por eso no tenía que esconderse o ponerse ropa más modesta para no llamar la atención. Se ponía lo que le gustaba y no es que fuera pidiendo guerra, como decía Roy. Ese capullo. Al parecer las guapas tenían que ponerse un saco en la cabeza para no parecer descaradas. Pues no. Ella hacía con su vida lo que le daba la gana, porque solo tenía una para vivirla y no pensaba desperdiciarla.

Al llegar a la cuarta planta gimió porque allí sí que desperdiciaría el tiempo. —¿Me

disculpáis, guapos? Tengo que pasar. Y si alguien tiene la mano demasiado larga, aviso que tengo un rechazazo de primera.

Varios rieron por lo bajo y de la que salió sin incidentes les sonrió. —Buenos días, caballeros. —Caminó moviendo las caderas entre las mesas en dirección hacia los despachos, sin darse cuenta de que varios sacaban la cabeza para verla.

Llegó a la puerta que tenía un letrerito dorado con el nombre del que sería su jefe durante los próximos diez días y vio que su secretaria todavía no había llegado. Sin cortarse llamó.

—Adelante, Steffani.

No era Steffani, pero valía lo mismo. Poniendo su mejor sonrisa abrió la puerta y el hombre que debía tener unos cincuenta años dejó caer la mandíbula de la impresión. —Buenos días.

Carraspeó levantándose. —Buenos días.

—Soy Lidia Weston. —Se acercó alargando la mano y el hombre perdió la sonrisa poco a poco. —Vaya, veo que le han hablado de mí. —Soltó una risita. —¿Qué le ha dicho el jefe? ¿Que era una bruja?

—Algo así. —Carraspeó de nuevo mostrándole la silla que estaba en frente. —Por favor, siéntese.

—Gracias, que amable. —Se sentó cruzando sus preciosas piernas y mostrando su mejor sonrisa. —Tengo entendido que usted tiene que designar mi nuevo puesto.

—Su nuevo puesto temporal.

Bueno, eso ya se vería. —Exacto.

—Tengo que ser sincero, me ha sorprendido mucho la llamada del señor Mitchell sobre este asunto. No puedo ponerla en un puesto para diez días. Es ridículo.

—Yo opino lo mismo. Se nota que es un hombre de lo más inteligente.

—Pero da la casualidad de que en contabilidad están haciendo una auditoría de la empresa.

—La auditoría anual. Yo escribí el memorándum.

Él sonrió. —Exacto. ¿Cree que podrá echarles una mano? Están hasta el cuello de trabajo.

—Estudié económicas, puedo ayudar en lo que sea en la empresa.

Pareció satisfecho. —Bien, como sabe el departamento se encuentra en esta misma planta. Ocupará un cargo de ayudante de contable durante su breve estancia. Estará bajo el mando de la señora Anne. Todo el mundo la llama así. Se entenderán perfectamente, ya verá.

—Perfecto. —No conocía a esa mujer, pero seguro que se llevaban bien.

¿Bien? ¡Era la madre de Barry! La odió desde que le echó la vista encima y era evidente que su hijito del alma había hablado de ella en casa. Eso por no decir que el rumor que ella había extendido por la empresa sobre la supuesta, pero muy certera homosexualidad de su hijo, la había tomado por sorpresa y su hijo se había confesado en el hospital donde aún estaba ingresado pendiente de más pruebas. Así que no podía ni verla. Y era mil veces más pesada que su hijo, que ya era decir.

Sentada en su mesa al día siguiente vio como la vigilaba como un halcón mientras revisaba unas cifras. Esa bruja estaría encantada de que metiera la pata para dejarla en evidencia y era algo que no pensaba hacer. Lo que más le fastidiaba era no echarse a Roy a la cara de nuevo para gritarle unas cuantas cosas, pero estaba escondido como una rata en el último piso. Ella no podía subir porque su tarjeta no le daba acceso. Solo podía ir si alguien que llevaba la tarjeta la acompañaba. Y allí no había nadie que hubiera pisado el último piso nunca. Así que adiós a su venganza de momento. Podía intentar manipular los balances para fastidiar, pero únicamente dejaría en evidencia a sus nuevos compañeros y ella no era así. Le gustaba más ir de frente. Ya

tendría su oportunidad.

Sonó su móvil cuando miraba el Excel y miró de reojo a la bruja que entrecerró los ojos dispuesta a decirle algo. Al ver quien era sonrió. —Es Roslyn Carrington.

La mujer la miró como si se hubiera tragado un palo y encantada contestó —Buenos días, jefa.

Su antigua jefa suspiró. —Lidia, ¿qué has hecho?

—¿Hecho? Nada. —Se levantó alejándose y le dijo a la mujer tapando el teléfono —Es una conversación privada. —La mujer gruñó viendo cómo se alejaba y a toda prisa entró en el baño. —¿Qué sabes?

—¿Todo?

—Intenté llamarte ayer, jefa. Y me urgía, ¿sabes?

—Perdona porque tenga una vida. Estoy de crucero con mi familia.

—Pues ponte crema que el sol es muy malo.

—Eso dice mi marido —dijo divertida—. No me cuentes tu versión que ya me la sé.

—¿Seguro? Si has hablado con Roy te contaría su versión, pero la mía es más interesante.

La risa de su jefa la hizo sonreír. —Eres demasiado directa.

—Ya, estamos como para perder el tiempo. Pero no te llamaba por eso.

—¿Ah, no? ¿No quieres que te eche una mano?

Hizo una mueca. —Bueno, ahora tendré que ser totalmente sincera.

—No esperaba otra cosa.

—Necesito veinte mil.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea y Lidia se mordió el labio inferior. —Siento pedirte los, pero mis tíos tienen un problema y necesitan el dinero. —Gimió pasándose la mano por la frente.

—¿Qué tenías pensado, Lidia?

—Un crédito de la empresa.

—Pero te vas en diez días. —De repente su jefa se echó a reír. —Entiendo. Así quieres obligar a Roy a que te trague.

—Oye, guapa... ¡Le gusto! Pero el muy cabrito se resiste y la verdad no le entiendo porque soy un caramelito.

—Es increíble que vaya a decir esto, pero te echo de menos.

Sonrió encantada de oírlo y sin poder evitarlo se emocionó. —Y yo a ti.

Su jefa suspiró. —Hecho, daré la orden. Pero te advierto que voy a tener que pelear con Roy por esto, porque está de lo más empeñado en verte fuera de la empresa. Así que a partir de ahora...

—¡Ni se te ocurra pedirme que le deje en paz!

—¡No iba a decir eso! ¡Después de lo que te soltó el día que tuvo la osadía de despedirte tienes que amargarle la vida! Y eso sí que es una orden. —Colgó el teléfono dejándola atónita. ¿Roy había sido capaz de contarle todo lo que le había dicho? No tenía vergüenza. Si casi la había llamado calientapo... Gruñó enderezándose. Bueno, tenía que alegrarse. Primer objetivo cumplido. Solo por la alegría que se iba a llevar su familia, aguantaría a la bruja todo lo que hiciera falta. Solo rezaba porque no fuera mucho tiempo y que la trasladaran cuanto antes.

Apenas una hora después parpadeó mirando sorprendida a la bruja desde detrás de su mesa. —¿Perdón?

—Que tienes que trasladarte al último piso. Órdenes de arriba. —Puso sobre la mesa su tarjeta que daba acceso al Olimpo.

Chilló de la alegría y cogió su bolso y el marco de la foto tan rápido que fue visto y no visto mientras la observaba todo el departamento. Varios la miraron atónitos correr hacia el ascensor como si hubiera un incendio y cuando se metió dentro gritó —¡Soy libre! No es por nada chicos, pero menudo aburrimiento de trabajo.

Varios asintieron dándole la razón y ella chilló de nuevo mientras se cerraban las puertas. —¡Soy libre! ¡Adiós a la bruja!

Escuchó las risas antes de volverse de golpe para mirar su aspecto. Juró por lo bajo porque al mediodía no se había cepillado el cabello como siempre y a toda prisa buscó el neceser en su enorme bolso, pero ni le dio tiempo a abrirlo cuando escuchó el click del ascensor. Suspiró resignada y se apartó el cabello del hombro con un golpe seco. —Vamos allá. A ver qué te dice.

Salió del ascensor y se quedó de piedra al ver a Barry tras su mesa. —¿Pero qué haces aquí? ¿No estabas en el hospital?

—Me han dado el alta —respondió entre dientes—. Pasa, te está esperando.

Joder. Estaba claro que no se libraba de esa familia. Con descaro dejó el bolso sobre su mesa y colocó el marco con cuidado en la esquina de siempre. Se pasó las manos por su cadera sin darse cuenta alisando su vestido blanco, antes de pasar ante la mesa de Barry sin mirarle siquiera. Abrió la puerta de caoba sin llamar, ya que la estaba esperando, y con una sonrisa en los labios dio un paso al interior para encontrarse a Roy trabajando en mangas de camisa tras su mesa. Éste levantó la vista distraído y cuando la vio acercarse dejó caer el bolígrafo de oro sobre la mesa antes de reclinarsse en su asiento. —Al parecer cumples tus amenazas, Lidia.

Se puso ante él y levantó una ceja. —¿Amenazas?

—¿Ir llorándole a Roslyn? ¿De verdad? No te consideraba tan cría.

Al parecer estaba allí gracias a la jefa, así que sonrió. Roy dio un golpe sobre la mesa levantándose furioso. —¿Crees que porque vayas con el cuento a la hija del dueño algo va a cambiar? ¡Yo dirijo esta empresa!

—Ah, ah... Tú eres el presidente, pero ella es la dueña. No sé lo que te ha ordenado, pero...

—¿Que me ha ordenado? ¡A mí nadie me ordena nada!

—No sé qué diría el señor Carrington de eso, teniendo en cuenta que él es quien manda y podría quitarte de ese puesto en un abrir y cerrar de ojos.

Roy apretó las mandíbulas y ella supo que había herido su orgullo, pero él también le había hecho daño, así que no pensaba retractarse sobre todo porque ella había dicho la verdad. No era el dueño, era un empleado como ella, aunque tuviera mucha más responsabilidad. Pero eso no impedía que sintiera remordimientos y más cuando apartó la mirada y cogió un papel. —Ahí tienes tu cheque. Quiero que te vayas de la empresa de inmediato. Considéralo una indemnización.

Asombrada vio que dejaba un cheque por veinte mil dólares ante ella y se le cortó el aliento cogiéndolo. —Pero...

—Quiero perderte de vista cuanto antes —dijo como si le diera asco su presencia antes de sentarse.

Eso la tensó y entrecerró los ojos mirando el cheque. Lo dobló con cuidado y forzó una sonrisa. —Eres muy generoso, cielito.

Roy levantó una ceja. —¿Pero?

—Pero esto no formaba parte de lo pactado entre la jefa y yo. No admito limosnas. Yo trabajo por lo que gano.

Él gruñó cerrando los puños sobre la mesa y supo que estaba frustrado por tener que tragarla. Sonrió dulcemente. —Ahora vuelvo al trabajo.

—Treinta mil.

—No.

—Sesenta mil.

Se le cortó el aliento. ¿Estaba dispuesto a pagar sesenta mil porque se fuera? Y tenía pinta de ofrecer más. —No.

—Cien mil.

¡Estaba loco! Y todo para no ceder ante la jefa, estaba segura. —No.

Roy entrecerró los ojos. —Doscientos cincuenta mil dólares, ni un dólar más.

—Cielo, un día tu orgullo te va a meter en un lío.

La miró como si la odiara. —Se me ha olvidado decirte que la jefa, como tú la llamas, y yo hemos tenido una larga conversación y si tu trabajo es insatisfactorio puedo echarte a patadas. —Ella enderezó la espalda. —He intentado ponértelo fácil, pero al parecer es tu orgullo el que te va a meter en un lío. Ni se te ocurra dirigirme la palabra, ¿me has entendido? ¡Trabajarás para Barry y pienso darle manga ancha para que te haga la vida imposible! ¿Quieres jugar? ¡Ahora vas a saber lo que es jugar de veras! ¡Fuera de mi vista!

—Uy, qué carácter tienes. —Se volvió con descaro y caminó hacia la puerta. —Hay que saber perder.

—Yo no pierdo nunca —dijo con una voz que ponía los pelos de punta—. Ya te irás dando cuenta.

Ella le miró antes de salir por la puerta y vio en sus ojos negros que se había convertido en su enemiga al inmiscuir a Roslyn en su guerra. Le había dejado en evidencia y no se lo perdonaría. Sintiendo una pena enorme porque sabía que había quemado la última mínima posibilidad de estar con él, cerró la puerta tras ella.

Barry sonrió con malicia. —El trabajo te está esperando, Lidia. No sabes lo que te he echado de menos en estos días. Te acabo de enviar todo lo que quiero que hagas hoy antes de salir y son las tres. No sé si te dará tiempo...

Abrió la puerta de casa agotada mentalmente. Eran las doce y media. Se detuvo en seco al ver a su prima sentada en el sofá con la mirada perdida. —No te preocupes. ¿No te lo había dicho por teléfono? He conseguido el dinero. —Tiró las llaves en el cuenco y cerró la puerta, pero su prima ni se movió. Preocupada dejó el bolso en el suelo y se acercó sentándose a su lado. —¿Qué ocurre?

Sus ojos se llenaron de lágrimas y volvió la cabeza hacia ella. —Hoy en el hospital...

—Sí, dime.

—Ha habido un accidente múltiple en la autopista. He ido a sacar a uno de los heridos de la ambulancia y era Albert.

Separó los labios de la impresión. —¿Está bien? ¿Es muy grave?

Su prima se echó a llorar. —Ha muerto.

—Dios mío —susurró impresionada. La abrazó con fuerza—. Lo siento mucho.

—No le conocía. Fue una noche, pero...

—Es normal que te afecte.

—¿Cómo voy a hacerlo ahora? —Se echó a llorar desgarrada. —¿Cómo voy a abortar a su hijo? Tenías que ver a sus padres, estaban destrozados. —Dios, qué lío. —Era su único hijo y parecen buenas personas.

—Te entiendo, pero es tu vida. Te apoyaré en lo que decidas, pero no te dejes influir por nadie. Solo tú tienes que tomar esa decisión y la que sea será la correcta si la has tomado libremente.

Clarissa sonrió con tristeza. —Así que has conseguido el dinero.

—Sí, no debes preocuparte por eso. Un préstamo como hablamos. Y Roy no puede echarme porque la jefa está de mi lado.

—Me alegro de que todo te haya salido bien. —Volvió a mirar al vacío y Lidia sintió una

pena enorme por ella. Era la decisión más difícil de su vida.

—Eh... —Clarisa la miró. —Deberías acostarte. Necesitas dormir. Ha sido un día duro.

Emocionándose de nuevo asintió. —Sí, estoy agotada. —Fue hasta la puerta de la habitación, pero antes de entrar se volvió mirándola a los ojos. —Es increíble como la vida nos puede cambiar en un minuto, ¿verdad?

Sonrió con tristeza. —Cielo, eso lo aprendí con dieciséis años cuando todo lo que quería se me fue arrebatado.

Una lágrima cayó por su mejilla. —¿El dolor desaparece?

Emocionada asintió. —Se va mitigando y solo nos quedan los recuerdos.

—Eran fantásticos.

—Sí que lo eran.

—Stella ahora tendría mi edad.

—Erais igualitas. Parecíais gemelas. Todo el mundo preguntaba si erais hermanas, ¿recuerdas?

Clarissa sonrió. —Sí. Y a ti te fastidiaba muchísimo.

Ambas miraron la foto que estaba sobre la chimenea de todos los Weston juntos ante el jardín de su casa en una barbacoa. Los cuatro felices reían, pero Lidia miró a su hermana a la que tanto echaba de menos. Su hermana pequeña que siempre la estaba fastidiando. Una lágrima cayó por su mejilla mirando sus chispeantes ojos verdes. Lo que daría por volver a escuchar su voz de nuevo.

—Lo siento.

Sorprendida miró a su prima. —¿Qué sientes?

—Hacerte recordar.

—No... —Miró la foto con cariño. —Me gusta hacerlo. Tengo la sensación de que si no lo

hago llegará un momento en que me olvide de algo y eso sería horrible porque es lo único que me queda.

Clarissa sonrió. —¿Por qué has llegado tan tarde? ¿Una cita?

Hizo una mueca limpiándose las lágrimas. —Trabajo. Al parecer va a hacer todo lo posible para que me vaya.

—¡Ja! Éste no sabe con quién trata. Cuando se te mete algo en la cabeza...

—Espero que se le pase el cabreo pronto, porque sino menudo suplicio.

—Seguro que sí, ya verás. Nadie puede enfadarse mucho tiempo contigo. Es prácticamente imposible.

## Capítulo 4

Hizo una mueca recordando las palabras de su prima mientras subida a una escalera colocaba los archivadores. Eran las siete de la tarde y tenía que colocarlos por orden alfabético cuando toda la vida habían sido colocados por año de contratación. Al parecer tenía que hacerlo ella, porque eran documentos confidenciales que debían estar a mano del jefe.

Escuchó un golpe tras ella y se sobresaltó dejando caer un archivador al tener que agarrarse a la escalera y juró por lo bajo mirando hacia el suelo. Estupendo, se había roto.

—¿Qué haces aquí? —Roy con el abrigo puesto frunció el ceño al ver el archivador roto en el suelo. —¿Qué haces con eso?

—Barry me ha dicho que ordene los archivos de nuevo. Por nombre de plataforma o de refinería.

Él sonrió malicioso y la recorrió con la mirada desde sus pies desnudos pasando por sus caderas hasta llegar a sus ojos. Y esa mirada le hizo hervir la sangre porque no se la esperaba después de ignorarla durante un mes entero.

—Pues muy bien. Sigue trabajando. Y acuérdate de cerrar con llave cuando acabes.

—Sí, Roy.

Se tensó advirtiéndola con la mirada. —No te pases, Lidia. Todo tiene un límite. Creía que te lo había dejado claro.

Divertida apoyó el antebrazo en la estantería mirándole de costado. —¿Y cuál es ese límite, Roy? Es por si lo piso sin querer y te echas a llorar del disgusto.

Su jefe entró en el archivo cerrando la puerta de un portazo y ella levantó las cejas porque

estaba furioso. Se le pasó por la cabeza que debía estar algo loca para provocarle, pero estaba de lo más excitada, así que preguntó con descaro —¿Qué pasa, cielo? ¿Vas a darme unos azotes por deslenguada?

—Voy a darte lo que quieres, nena —dijo con voz fría quitándose lentamente el abrigo sin dejar de mirarla—. Ya que tengo que soportar esta situación, yo también voy a llevarme algo. Tú me pones de mala hostia, tú lo solucionas. ¿No es lo que querías? Pues ya lo has conseguido. —Su corazón casi chilló de la alegría y apoyó los talones en la escalera para mirarle de frente cuando se puso ante ella después de tirar el abrigo al suelo. —Baja.

Rió divertida. —No.

Los ojos de Roy brillaron y Lidia supo que estaba excitado. Le gustaba que le provocara. Levantó la pierna con descaro y los dedos de sus pies rozaron su entrepierna haciendo que entrecerrara los ojos, pero para ella fue todo un triunfo porque tocó su sexo por encima del pantalón y no podía negar que estaba de lo más excitado. Él atrapó su tobillo. —¿Te gusta jugar, preciosa?

—¿Y a ti?

—Yo soy más de ir al grano.

Lidia se echó a reír porque de eso no tenía ninguna duda. Sus preciosos ojos verdes demostraron todo lo que le deseaba y susurró con voz ronca —Quítamelas.

Roy no disimuló que no la entendía, todo lo contrario, porque metió las manos bajo su vestido y sin ninguna delicadeza tiró de las braguitas hacia abajo. Se le cortó el aliento al escuchar cómo se rompían en un lateral, pero lo que no admitiría jamás en otro hombre la excitó muchísimo con Roy. Cuando las dejó caer en sus tobillos levantó la vista hacia ella acariciando el interior de su rodilla con rudeza antes de subir por el interior de su muslo para llegar a su sexo. Lidia gimió agarrándose a la escalera cuando sus dedos recorrieron sus húmedos pliegues. — Estás empapada. Te mueres por esto, ¿verdad? —La agarró por la pechera del vestido y

cogiéndola por el muslo la bajó al suelo mientras gritaba de la sorpresa. La volvió de golpe haciendo que apoyara las manos sobre una de las estanterías. Se pegó a su espalda y susurró — ¿Esto es lo que quieres? Es lo que llevabas buscando desde que me pusiste la vista encima en aquella reunión, ¿verdad?

Excitadísima apretó las baldas de la anticipación y cuando sintió su sexo rozándola entre sus piernas tembló de la necesidad. Escuchó su risa tras ella antes de que la cogiera por la cintura pegándola a su pelvis. —Lo estás deseando —susurró en su oído antes de entrar en su cuerpo con un solo movimiento. Lidia gritó de placer arqueando su cuello hacia atrás y Roy gruñó apretándola a su cuerpo con fuerza. Nunca en su vida se sintió más completa que en ese momento y suspiró de felicidad. Él subió sus manos por su torso hasta apretar sus pechos con pasión antes de moverse de manera tan contundente que creyó que la traspasaba un rayo. Escuchando su agitada respiración movió las caderas hacia atrás cada vez que se movía, acompasándose como si fueran uno. Y cuando el ritmo se aceleró, Lidia llevó su mano hacia atrás acariciando su cuello deseando tocarle, pero él cogió su muñeca con firmeza poniéndosela en su lugar antes de entrar en ella con tal fuerza que la lanzó al abismo del placer.

Sujeta por él porque no era capaz de tenerse en pie, volvió poco a poco al presente y cuando se dio cuenta de lo que había pasado, disfrutó de sus brazos rodeando su cuerpo. Sin poder evitarlo llevó su mano a la que él tenía en su cintura y la acarició, pero Roy se apartó de inmediato. Lidia apretó los labios intentando digerir su rechazo antes de volverse y ver como se ponía el abrigo antes de salir del cuarto sin mirarla siquiera. Se quedó allí de pie durante varios minutos sin saber qué hacer ni cómo reaccionar. Estaba entre la alegría por haber obtenido algo de él y la furia porque quería hacerle ver que la había usado. Sin poder evitarlo sonrió. Puede que él hubiera querido darle una lección, pero lo único que había demostrado es que se sentía tan atraído por ella como ella por él. Estaba mucho más cerca de ser la señora Mitchell de lo que había estado nunca, pensó emocionada.

Pero la emoción desapareció cuando al día siguiente ni la miró al entrar en su despacho y más cuando un par de horas después escuchó como Barry encargaba una mesa para dos en uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Y ella que no era tonta, miró la agenda para comprobar si era una reunión de trabajo, pero no. El muy capullo había quedado con otra. Mosqueadísima se fue a comer sin saber qué hacer. Ante la hamburguesa que había pedido y que estaba casi sin tocar, miró hacia el escaparate para ver que empezaba a llover. Perfecto para su estado de ánimo. Apartó la bandeja molesta y se pasó las manos por la cara. Tenía que hacer algo.

En ese momento le sonó el teléfono y nerviosa por si era él lo sacó rápidamente de su bolso. Al ver que era su prima que debía estar trabajando se extrañó y descolgó de inmediato. —Hola. La transferencia ya le ha llegado a la tía. Desgraciadamente no podemos hacer nada contra el banco. Todo es de lo más legal. Esos cabritos se han cubierto bien las espaldas cuando seguro que ellos no han perdido un maldito dólar.

—No te llamo por eso. —Sorbí por la nariz y Lidia se tensó.

—¿Estás llorando? —Apretó los labios. —¿Es por el bebé?

—He ido a su funeral.

Suspiró cerrando los ojos. —Clarissa, no deberías haberlo hecho. Ayer por la noche estuvimos horas hablando de eso.

—Lo sé, pero cuando ha llegado la hora... —Se echó a llorar. —Ha sido tan triste. Su madre no dejaba de decir que había perdido a su niño y... Sé que si lo hago me voy a arrepentir.

Lidia sonrió porque sabía que tarde o temprano tomaría esa decisión. —Me alegro mucho de que vayas a tenerlo y te apoyaré en todo.

—Estoy muerta de miedo —dijo antes de echarse a reír—. Mamá me va a matar.

—Tienes veintidós años. Ella te tuvo más joven aún. Saldremos adelante. Aguantaremos la bronca.

—Estarás a mi lado, ¿verdad? —preguntó asustada.

Sonrió con tristeza. —Siempre. ¿Se lo vas a decir?

—¿A sus padres? Sí, creo que sí.

—Seguro que para ellos será un alivio en su dolor.

—Eso si me creen. Tienen pasta. Igual creen que quiero algo.

—Son sus abuelos y deberían hacerse cargo de la mitad de los gastos.

—Lidia...

—Lo sé, lo sé. Pero solo quiero que sepas que no tienes que sentirte mal si te dan algo. Y si tienen pasta menos aún.

—Esperaré unos días e iré a verles a su casa. ¿Me acompañarás?

—Por supuesto. —Miró la hora en su móvil y dijo levantándose —Tengo que volver a que ese gilipollas me torture unas horas más.

—A ver si por un día te deja llegar a las seis.

—Eso sería un milagro. —Poniéndose la correa del bolso en el hombro rodeó la mesa para ir hasta la puerta.

—Al parecer estás perdiendo tu toque.

Se detuvo en seco. —¿Y eso qué quiere decir?

—La Lidia que conozco siempre consigue lo que quiere. No entiendo como en un mes no les has dejado los puntos sobre las íes sobre el horario laboral y todas esas cosas que te encanta soltar cada vez que tienes un trabajo. Si cuando estabas en prácticas te llamaban la sindicalista — dijo riéndose.

Lidia entrecerró los ojos. —¿Me estoy ablandando?

—Sí. Ese capullo ya tendría que estar arrastrándose a tus pies mientras te ruega una cita.

Se sonrojó ligeramente. —Bueno, he conseguido un polvo.

—Ya, ¿y cómo se ha comportado el señorito hoy? ¿Le has acorralado en la fotocopidora?

—Muy graciosa —dijo entre dientes—. Hizo que no me veía.

Su prima jadeó. —¿Qué dices? ¡Entra en su despacho y retuércele las pelotas!

—Tengo prohibido entrar en su despacho. —Clarissa se quedó en silencio. —Prima, ¿estás ahí?

—Tienes miedo de perderle.

Apretó los labios. —Hablamos en casa, ¿vale?

—¡No! ¡No vale! ¡Te has enamorado de él y dejas que haga lo que le dé la gana! ¡Lidia, tú no eres así!

Sus preciosos ojos verdes se llenaron de lágrimas y susurró —Es que ya no sé cómo actuar. Descarada me odia y si no lo soy me ignora.

—Sabía que esto iba a pasar.

—¿Qué quieres decir?

—Desde que murieron has intentado mostrarte fuerte y vivir la vida intensamente. Creo que al enamorarte de él te has dado cuenta de que eso sí que es vivir y te aterra perderle. Pero no puedes dejarle a él en esa situación de poder.

—¿Y qué hago?

—¡Lo que se ha hecho toda la vida, tonta! ¡Darle celos!

—¡Si le importo un pito! —Una mujer pasó a su lado mirándola como a una loca peligrosa. —¿Qué? Esto es Nueva York. ¡Hay chiflados en cada esquina, señora! ¡No hace falta que ponga esa cara!

Su prima rió. —Sí que estás algo loca.

—No tengo candidatos.

—¿Que no tienes qué? ¡Pero si te persiguen como moscas!

—Hala, exagerada. —Entró en la empresa y le guiñó un ojo a Peter que estaba en la puerta y éste sonrió.

—Oh, por Dios. ¿Ese capullo qué está haciendo contigo? Ya decía yo que no era normal que te hicieras una coleta esta mañana.

—Están de moda.

Escuchó una pedorreta al otro lado y esperando el ascensor se miró en el espejo que tenía en frente. Estaba bastante mona. Un hombre a su lado sonrió y ella le miró de arriba abajo. La verdad es que era bastante guapo con esos ojos castaños y su espeso cabello negro. Tenía un aire a Roy. Nada, descartado. Como si nada miró al otro lado y vio a un rubiales de lo más musculoso que le sacaba la cabeza. Éste le guiñó un ojo y ella susurró —Te dejo, ha picado uno. —Colgó sonriendo de oreja a oreja. —Hola, guapo.

Él sonrió ampliamente. —Tú sí que eres guapa. Trabajas en el último piso, ¿verdad?

—Vaya, ¿ya me habías echado el ojo? —preguntó coqueta.

—Es que tengo muy buena vista.

Rió graciosa entrando en el ascensor con él detrás. —¿Y tú en qué departamento trabajas?

—Trabajo en la tercera.

—Uhhh... abogado.

—Me llamo Harry, ¿y tú, bonita? ¿Cómo te llamas?

—Lidia.

—Precioso como su dueña. ¿Quieres quedar para tomar algo a las cinco?

Hizo una mueca. —No suelo salir a las cinco. Lo siento.

Las puertas se abrieron en la tercera y él la señaló. —No me voy a dar por vencido.

Soltó una risita coqueta y le guiñó un ojo. Él se la comió con los ojos mientras se cerraban las puertas.

—Cuidado con ese.

Miró a un lado para ver a una rubia de unos sesenta años. —Trabajas en contabilidad, ¿verdad?

—Sí, y te advierto que ese solo quiere poner muescas en su cama. A una amiga le rompió el corazón y fue a por la siguiente.

—¿No me digas? —Ahora ya no tenía ningún remordimiento por utilizarle.

—Que yo conozca a seis. Hasta el jefe tuvo que llamarle a su despacho porque una de ellas puso una queja en recursos humanos. Ya sabes cómo están de sensibles los jefazos con las demandas de acoso y eso. Hablaron una hora, pero por lo visto sigue haciéndolo.

Dejó caer la mandíbula. —Gracias por la información.

La mujer sonrió. —De nada.

Cuando se cerraron las puertas y se quedó sola, pasó su tarjeta para subir a la última planta y sonrió maliciosa. —Entonces es perfecto.

A las cinco menos diez Barry tiró sobre su mesa unos expedientes y en ese momento llegó un repartidor con uno de seguridad. El repartidor llevaba un bonito ramo de flores. Había tardado. Al parecer Harry tenía cosas que hacer, pero se había acordado justo a tiempo. Sonrió al repartidor.

—¿Lidia Weston?

—Sí, soy yo. —Firmó en la tablilla que tenía y levantó un dedo. —Espera un momento.

Le dio diez pavos antes de coger el ramo, que era sencillo pero hermoso con flores campestres. —Qué bonito.

Barry apretó los labios. —Eso tiene que estar para hoy.

—¿No me digas? Pues no va a poder ser porque quedan cinco minutos para salir —dijo con descaro.

—¿Te recuerdo que si quieres conservar este trabajo tienes que ser eficiente?

—Y soy eficiente. En mi horario laboral, no haciendo horas extras que ni me pagan.

—¿Te digo que tiene que estar para hoy! —gritó perdiendo los nervios.

—Si lo has estado retrasando para joderme en el último momento no es mi problema. ¡Hazlo tú si tanta prisa corre!

—¡Informaré de esto a Roy!

—¡A mí como si informas al presidente de los Estados Unidos!

La puerta se abrió de golpe y Roy apareció en mangas de camisa. Entrecerró los ojos al ver el ramo. —¿Qué pasa aquí?

Barry sonrió y ella le hizo un gesto de burla. —Lidia no quiere quedarse a terminar un trabajo. Al parecer tiene cosas más importantes que hacer.

Levantó la barbilla. —Mi horario es de nueve a cinco. ¡Ya estoy harta de que durante estas últimas semanas me encargue cosas en el último momento que sabe que no podré terminar hasta las once de la noche! ¡Lo siento, pero se acabó! —Se agachó para coger su bolso del cajón y del ramo cayó la tarjeta. —¡Soy eficiente en mi trabajo! ¡En mi horario de trabajo! No cuando a este canijo le venga en gana.

Roy apretó los labios viéndola ir hacia el ascensor.

—¡Jefe, me ha llamado canijo!

—¡Lidia vuelve aquí!

—¡Son las cinco!

Iba a entrar en el ascensor cuando la cogió del brazo tirando de ella hacia el despacho de mala manera. Jadeó indignada. —¡No tienes derecho!

—¡Cierra la boca!

Le miró con asombro mientras la metía en el despacho y cerraba de un portazo. —Esto es abuso de autoridad.

Él miró el ramo. —¿Qué es eso?

Bajó la vista al ramo que aún tenía en la mano. —Flores, ¿estás ciego? —De repente sonrió. —Me las han enviado.

—¿Es tu cumpleaños? —preguntó como si nada.

—No.

Roy apretó los labios cuando la puerta se abrió de repente y Barry entró corriendo. — ¡Jefe, ya tenemos motivos para echarla! ¡Se ha liado con el abogado ese! ¡El salido! —La señaló con el dedo. —¡Ja! ¡Ya puedes llevarte ese puñetero marco! ¡Están prohibidas las relaciones en el trabajo!

Levantó una de sus cejas rubias mientras Roy le arrebatava la tarjeta de la mano. La leyó a toda prisa y apretó los labios. —Barry déjanos solos.

Encantado de la vida la miró malicioso como si hubiera conseguido una proeza. —Será capullo —dijo por lo bajo antes de centrarse en Roy. ¿Estaba celoso? ¿No? No tenía ni idea porque la miraba como si fuera un juez del tribunal supremo. —¿Puedo irme?

Roy levantó la tarjeta y ella estiró el brazo para quitársela, pero él la apartó. —¡Eh! ¡Qué es mía!

—Es una prueba. —La volvió y leyó. —Se me olvidó darte mi número por si sales a las cinco y quieres que lo celebremos. Disfrutarás como nunca, te lo garantizo. Así que me quedaré en la tercera hasta que me llames, bonita. Sean las cinco, las seis o las ocho. Te esperaré. Harry.

Gruñó levantando la mirada hacia ella y Lidia sonrió de oreja a oreja. —Qué mono.

—¿Te has acostado con este tío? —preguntó de manera heladora.

—¿Cómo? —Se hizo la tonta. —Se está haciendo tarde y como ves tengo que irme. — Intentó pasar, pero él le cerró el paso.

—¿Te has acostado con él?

—No es problema tuyo.

Roy juró por lo bajo y la cogió por el brazo llevándola hasta el sofá y sentándola de mala manera. —¡Eh! —Cogió su ramo e intentó arrebatárselo, pero Lidia se aferró a él. —¡No!

—¡Nena, suelta!

—¡Es mío! —chilló cuando se lo quitó de malos modos e impresionada por su actitud vio como las flores se desperdigaban por el suelo de mármol. Asombrada levantó la vista hacia él—. ¡Me debes veinte pavos en flores! —Estaba segura de que no habían costado más. Ese estaba tachado de la lista de candidatos a sustituto a Roy.

La cogió por la nuca y devoró su boca sorprendiéndola. Jamás un beso la conmovió tanto y cuando él acarició su paladar gimió en su boca acariciando su antebrazo. Roy apartó la boca para mirarla a los ojos y la cogió por las axilas como si fuera una muñeca poniéndola a su altura. Aún impresionada se sujetó a su nuca y rodeó su cintura con sus piernas. Él acarició su espalda antes de que sus manos amasaran su trasero bajo su vestido haciéndola cerrar los ojos de placer. Roy besó su cuello. —Mientras te acuestes conmigo no dejes que te toque otro hombre porque sino esto se acabará.

Lidia le miró a los ojos y enterró sus dedos en su cabello antes de tirar con fuerza. —Lo mismo te digo porque a esto pueden jugar dos.

Por primera vez Roy le sonrió sinceramente. —He quedado con mi hermana.

Le miró como si quisiera matarle. —¡No tienes hermanas! ¡Solo tienes un hermano y vive en Florida! ¿Crees que no lo sé?

Él atrapó su boca y ella le abrazó respondiendo con el alma. Ni se dio cuenta de que caminaba ni que cerraba la puerta con el pie. Lo que sí sintió fue la fría loza del lavabo y

sorprendida le miró.

—Seguro que Barry está escuchando tras la puerta —dijo desabrochándose los pantalones.

—Es un fastidio de persona. —Besó su labio inferior antes de que sus labios bajaran por su cuello. —Que bien hueles. —Gritó contra su cuello al sentirlo en su interior y se aferró a él.

Roy tiró de su cabello y la miró a los ojos mientras la invadía una y otra vez provocándole un placer indescriptible que fue creciendo con cada embestida hasta tensarla totalmente. —  
Córrete nena.

Fue como si un rayo la traspasara y se estremeció entre sus brazos apretando su miembro con fuerza, provocando que Roy culminara abrazándola mientras ambos se estremecían de placer. Con las respiraciones agitadas se mantuvieron en silencio y Lidia sonrió sobre su hombro porque esa vez aún seguía ahí. —¿Quieres salir a cenar, nena?

Se quedó sin aire sin poder creérselo y se apartó para mirarle a los ojos. —¿La reservaste para nosotros? —Roy sonrió y nunca en su vida se sintió más feliz. Chilló de la alegría cubriéndole de besos. —¡Sí, sí! —Se apartó de nuevo. —Tengo que ir a cambiarme. —Jadeó al sentir como crecía dentro de ella y clavó las uñas en sus hombros sintiendo como el placer la recorría para decir casi sin aire —Puedo ir así.

## Capítulo 5

Era como vivir un sueño. Al final se arregló en su cuarto de baño y la llevó a uno de los mejores restaurantes de la ciudad. El Cicero era el lugar de moda y había leído en el Times que había una lista de espera de dos años porque su chef tenía tres estrellas Michelin. Emocionada porque nunca había estado en un lugar así lo miraba todo ilusionada. El increíble restaurante tenía una cúpula labrada en dorado que imitaba a los techos medievales y la decoración era entre moderna y antigua con candelabros de oro en las paredes con un toque muy chic. Roy la observaba con una sonrisa en los labios. —Nena, ¿qué vas a pedir?

—Lo que sea. Seguro que está todo buenísimo. —Jadeó cogiendo su mano por encima de la mesa. —¿Aquella no es la protagonista de la peli de los vampiros?

—Si tú lo dices...

Asombrada le miró a los ojos. —No te importa codearte con toda esta gente, ¿verdad?

—Solo son personas que han tenido suerte en su trabajo.

—¿Así que crees en la suerte?

—Por supuesto que sí. Fue una suerte que Robert me contratara. —Apartó la mano para llamar al camarero y ella supo que se había sentido incómodo de que le tocara en público. Pidió por los dos y ella simuló una sonrisa. Cuando el camarero se alejó, él entrecerró los ojos. —¿Ocurre algo?

—No. —Sonrió más ampliamente. —Qué va a pasar si estoy aquí contigo.

—¿Siempre eres tan sincera?

—¿Cómo sabes que soy sincera?

—Eres transparente, nena.

—¿De verdad? ¿Y qué pienso ahora?

—Que te gusto mucho.

Lidia se echó a reír a carcajadas. —Llevo meses diciéndotelo de mil maneras.

—¿Nunca te das por vencida?

—¿Y tú?

Roy sonrió. —No, yo tampoco me doy por vencido.

Lidia sintió un escalofrío porque lo dijo de una manera que pareció una advertencia, pero le vio sonreír y le correspondió relajándose. —Aquí traen el vino.

La miró a los ojos mientras les servían y Lidia cogió su copa. —Cielo, no tienes que seducirme, ya estoy más que seducida.

Roy se echó a reír y vio como varias mujeres le miraban con disimulo. —Ya me había dado cuenta. —Vio como tomaba un sorbo. —¿Te gusta?

—Nunca había probado el vino. —Rió por lo bajo. —En casa solemos celebrar las cosas con una cerveza. Como la Super Bowl.

Él apoyó los codos sobre la mesa. —¿Cómo sabías que tengo un hermano?

—En las Navidades pasadas escuché que te ibas a pasar las fiestas con él a Florida porque tu madre quería ir a ver a los nietos. Es tu gemelo. Y también hablé con tu madre un día que te llamó. Barry estaba en el callista y me aproveché. Ella me dijo que con vosotros dos había tenido más que suficiente. —Rió divertida al ver su sorpresa. —Hablamos media hora. Es muy agradable.

—¿Es increíble que yo haya salido así? ¿Eso quieres decir? —preguntó divertido.

—Eres perfecto.

Roy se la comió con los ojos antes de beber de su copa y a Lidia se le estremeció el

vientre. —Nena, ¿no has tenido suficiente?

—Nunca.

En ese momento les llevaron el primer plato y ella frunció el ceño porque no tenía ni idea de lo que era. Una bola verde rodeada de algo amarillo que parecía crema de pastelería y espolvoreado con algo rojo.

Roy cogió el tenedor y ella le observó hundir el tenedor en la bola. Se la llevó a la boca y esperó a ver la cara que ponía. Pero no mostró nada. —¿Te gusta? —preguntó ansiosa.

—Está delicioso.

—¿De veras? —Incrédula miró su plato antes de pinchar la bola. Se la metió en la boca y mientras la saboreaba miró a un lado y a otro intentando descubrir a qué sabía. Al sentir el amargor final puso cara de asco, pero no podía echarlo porque aquel era un restaurante fino.

Roy frunció el ceño. —Nena, ¿no te gusta?

Tragó lo más rápido que pudo y se acercó. —¿Qué es esto?

—Algo que tiene espinacas.

—¿Me invitas al mejor restaurante de la ciudad y me pides espinacas? —preguntó levantando la voz sin darse cuenta.

Varios se echaron a reír y Roy gruñó. —Es un restaurante vegano.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Eres vegano? —Frunció el ceño. —No, te he visto comer carne. Uff, por un momento he tenido un micro infarto. —Se acercó de nuevo. —¿Cómo se te ocurre traerme aquí?

Roy sonrió. —Tenía que haber supuesto que eres carnívora. A mí casi me comes.

—Muy gracioso. —Levantó la barbilla antes de coger su copa. —Y encantado que estés, no disimules.

—No disimulo, nena.

A pesar de la comida lo pasó muy bien porque la conversación fluyó de manera natural como si se conocieran desde hacía siglos. Lo que sí que la sorprendió un poco fue que le pidiera un taxi para irse a casa después de la cena. Ella se acercó a él y pasó una mano por su corbata. — ¿No quieres dormir conmigo?

—Nena, mañana me levanto a las cinco. Me voy a Marruecos, ¿no lo recuerdas?

Mierda, era verdad. Levantó la vista decepcionada y Roy la cogió por las mejillas. —Solo son cuatro días. Vuelvo el domingo.

—Se me van a hacer eternos.

—Pórtate bien con Barry. Es un buen tipo.

—Me odia desde el principio.

—No os peleéis. Estoy demasiado lejos como para deteneros. —Besó suavemente sus labios y cuando se apartó suspiró apoyando su frente en la suya.

—Tendrás cuidado, ¿verdad? Sé que vais a un pozo y...

—Es una zona segura. —Se apartó como si estuviera molesto y abrió la puerta del taxi. — Te veré a la vuelta.

Eso significaba que no pensaba llamarla. —Que tengas buen viaje. —Iba a entrar en el coche, pero se detuvo para mirarle. —¿Somos novios?

—¿Perdón?

—¿Estamos saliendo?

La miró con desconfianza. —¿Tengo que contestar a esa pregunta?

—Así que puedo llamar a Harry.

—¿Cómo has dicho?

—Si no salimos...

—¡En el despacho fui muy claro!

—Ya, pero cuando decías que esto se acababa, ¿qué es exactamente? ¿Un lío, un noviazgo?

—¿Tienes que definirlo?

Le miró como si fuera algo obvio y él suspiró. —¿Quieres que sea claro?

—Por favor.

—Acabamos de empezar. De momento es una cita. Eso no significa que te pida matrimonio en el futuro ni que lo nuestro vaya más allá de un par de polvos. ¿Entendido?

De repente Lidia sonrió y le cogió por la nuca para besarle. Roy le correspondió antes de que ella se apartara de golpe. —Has dicho futuro. —Muy contenta se metió en el taxi mientras él sonreía sin poder creérselo. —Buenas noches, cielo.

—Buenas noches.

Cerró la puerta y ella le observó mientras el taxi se alejaba. Para su sorpresa se quedó allí hasta que el taxi giró en la curva. Suspiró emocionada. Era el amor de su vida, ya no tenía ninguna duda.

Un día antes de que Roy volviera de viaje era sábado y fue el día en que Clarissa se decidió en ir a ver a los abuelos de su hijo. Sabía la dirección porque en el funeral la madre de Albert la había invitado a la reunión que se había dado en su casa con amigos y familiares. Y aunque su prima no había asistido por pudor, había conservado la dirección sabiendo que la necesitaría en el futuro.

A Lidia no le apetecía nada ir, pero tenía que apoyar a su prima, así que pulsó el timbre de la casa en una de las mejores zonas de Nueva York. Aquellos tenían pasta, de eso no había ninguna

duda.

La puerta se abrió mostrando a una doncella de la casa y las primas se miraron impresionadas antes de que Clarissa reaccionara para susurrar tímidamente —¿Los señores Cockerham?

—Sí, es aquí.

—¿Se encuentran en casa?

Al ver que la doncella las miraba como esperando algo Lidia dijo —Ella es Clarissa Gowan y yo soy Lidia Weston, su prima.

—Enseguida las anuncio. Por favor, pasen al hall.

Ambas se quedaron allí mirando a su alrededor. El lujo las rodeaba desde el suelo de mármol hasta la impresionante escalera que brillaba de lo que se había pulido. Colgado en una pared había una foto antigua de Farmacéutica Cockerham, lo que indicaba que Albert debía estar aprendiendo el negocio cuando tuvo su affaire en el baño del hospital. Su prima debió pensar lo mismo. —Madre mía. —Clarissa asustada la miró. —Vámonos de aquí.

—Ni hablar. Tu hijo es su nieto. Tiene derecho a todo esto.

A su prima se le cortó el aliento. —Yo no quiero...

—Shuss.

En ese momento regresaba la doncella con cara de pena. —Disculpen, pero los señores no se encuentran en condiciones de recibir a nadie. Recientemente han perdido a su hijo y no es el momento.

—Sí, por supuesto —dijo su prima.

Asombrada vio que iba hasta la puerta. —Ni hablar. ¡Yo no vuelvo otro día!

Clarissa gimió mientras Lidia se dirigía al salón.

—¡Señorita, le he dicho que no puede pasar!

—Ya, si lo he oído mujer... pero es que esto crece y es algo que no se van a querer perder.

Abrió la puerta y se detuvo en el vano para ver a una mujer de unos cincuenta años recostada en el sofá con el sufrimiento reflejado en su cara y a un hombre que se levantó de su sillón con los ojos rojos de tanto llorar. —¿Cómo se atreve?

—Lo siento mucho, pero tenemos una noticia que les interesa muchísimo, así que creo que deberían escucharnos a pesar del duro momento que están pasando. ¿Clarissa?

Su prima que estaba tras ella dio un paso a un lado mostrándose.

—¿Lewis?

—Enseguida se van, cielo. Hagan el favor de...

—Estoy embarazada. —Los pobres se quedaron con una cara de no entender nada que no podían con ella y Clarissa se sonrojó. —Y Albert era el padre.

La mujer jadeó llevándose una mano al pecho y Clarissa corrió hacia ella sentándose a su lado y tomándole el pulso. —¡Respire hondo!

Con sus ojos azules como platos hizo lo que le mandaba. —Rose, ¿estás bien? —preguntó su marido preocupado.

—¿Hay tensiómetro en la casa? —preguntó su prima de manera profesional.

—Sí, señorita.

La doncella se lo acercó porque lo tenía en una mesilla y Clarissa sonrió. —No debe preocuparse. Soy enfermera, ¿sabe? De urgencias.

—Sí... Le conociste en el hospital —susurró la mujer mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. Lo recuerdo.

Clarissa se emocionó. —Sí. Allí le conocí. Ahora no hable mientras le tomo la tensión. Vamos a ver cómo está. —Todos se quedaron en silencio mientras ella miraba el aparato y sonrió. —Está algo baja, pero nada preocupante. —Miró a la doncella. —Un té con dos terrones de

azúcar.

—Sí, señorita.

Rose aún tumbada cogió su brazo. —¿Es cierto?

Se sonrojó ligeramente. —No éramos novios, pero una noche...

—Un milagro —dijo emocionada antes de mirar a su marido—. Una señal del cielo.

Él sonrió con ternura. —Sí, mi amor.

—Dios mío... —La miró de nuevo. —¿Estás bien? ¿Te encuentras bien?

—Sí, muy bien. El doctor dice que todo va perfecto.

—¿Y ya sabes qué es?

Clarissa sonrió. —Es un niño. Me lo dijeron ayer.

Rose rió dando una palmada de la felicidad. —Una señal. —Miró a Lidia. —Gracias por invadir mi casa.

Sonrió al ser testigo de su dicha y más cuando aquel hombretón se echó a llorar. Cuando se agachó para abrazar a su esposa que también lloraba de la emoción susurró —De nada. — Ahora había que decírselo a la tía que no se lo iba a tomar tan bien.

El domingo esperó la llamada de Roy todo el maldito día, pero no llegó, así que el lunes cuando se presentó al trabajo estaba preocupada. Preocupada y cabreada porque el muy cabrito sabía que estaba esperando verle. Cuando entró en la última planta fue hasta la mesa de Barry y puso una mano en la cadera. —¿Ha llegado?

—¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones sobre lo que hace el jefe?

—¿Te ha llamado en estos días?

—¿Qué pasa? ¿Que ya se ha olvidado del polvo en el baño?

—Serás cotilla. ¿Está bien?

La miró sorprendido. —Sí, está bien.

Suspiró del alivio dejando el bolso en su mesa y se sentó exasperada diciendo por lo bajo  
—Este hombre me va a producir una úlcera.

—Pues no te queda nada.

Volvió la cabeza hacia Barry. —¿Qué quieres decir?

—Nada.

—Vamos, estás deseando soltármelo —dijo con desprecio—. ¿Me va a dejar?

—¿Cómo te va a dejar si nunca ha estado contigo?

—No tienes ni idea de lo que hablas.

Él suspiró y giró la silla para mirarla. —Nunca tendrá nada contigo.

—¿Ahora me vas a decir que es gay?

—Déjalo.

Se volvió para seguir trabajando y Lidia se preocupó. —No, dime... Perdona, pero...

Barry apretó los labios mirándola de reojo. —No es cosa mía.

Preocupada se levantó y fue hasta Barry girándole el sillón. —O me lo dices o...

—¿O qué? —Le suplicó con la mirada y Barry apoyó la espalda en el respaldo de su sillón. —Estás loca por él.

—¡No creo haberlo disimulado demasiado!

—Cuando me desmayé hubiera hecho lo que fuera porque te echara, pero ahora... Joder tía, me das pena.

Palideció enderezándose. —¿Por qué dices eso?

—¡No te quiso aquí desde el principio! Sabe que eres una espía de Roslyn y por mucho

que haya estado interesado en ella no quiere que los Carrington sepan todos sus movimientos en la empresa como si fuera un crío, ¿lo pillas? Se vio obligado a darte este puesto. Y comprobó que tenía razón cuando en una reunión, el señor Carrington habló de algo que no debía haber sabido todavía.

Se le cortó el aliento. —Yo no les he contado nada.

Barry sonrió. —Vamos, no somos tontos. Pensábamos que querías tirártelo para enterarte de más información y él intentó echarte. La hija de Carrington le confirmó sus sospechas cuando le obligó a readmitirte con una absurda idea de que necesitabas el dinero y que no le defraudarías de nuevo.

Se llevó una mano al pecho. —Te digo que yo no...

La miró con pena. —Si se ha acostado contigo es para averiguar hasta dónde vas a llegar. Piensa enamorarte para que se lo cuentes todo. Nunca tendrá nada contigo. —Hizo una mueca. —No es por nada, pero no eres su estilo en absoluto. Odia las mujeres llamativas. Hermosas sí, inteligentes, pero discretas y elegantes. —Miró su vestido naranja de ese día y a Lidia ya no le quedó color en la cara.

—Como Roslyn —susurró sintiendo que sus ojos se cuajaban de lágrimas.

—Exacto. —Barry apretó los labios. —Cree que finges estar colada por él, que solo estás realizando un trabajo.

Su labio inferior tembló. —Así que aparte de espía soy una puta. —Una lágrima cayó por su mejilla. —Al parecer tiene muy buen concepto de mí.

En ese momento sonó el timbre del ascensor y no se giró. Escuchó los pasos de Roy acercándose y como le decía a Barry que fuera a su despacho. Ni la miró ni una sola vez y su asistente la observó preocupado mientras se levantaba. —Ponte a trabajar.

Sumida en sus pensamientos se sentó ante su ordenador y miró la foto de su familia. De cuando eran felices y nada podía hacerles daño porque unidos podían con todo. Todo eso lo había

perdido hacía años y jamás volvería. Jamás volvería a sentir los brazos de su madre a su alrededor en un momento así, ni escucharía los consejos de su padre en ese caso. Aunque podía imaginarse lo que diría su hermana. —Hazle un corte de manga y olvídate de él.

Miró hacia la puerta con tristeza y se dijo que no merecía la pena. Se levantó cogiendo el marco de plata y caminó poniéndose la correa de su bolso al hombro sabiendo que aquello se acababa allí. Cuando se volvió en el ascensor Barry salió del despacho y apretó los labios al verla pulsar el botón. Ella forzó una sonrisa y se despidió con la mano mientras abrazaba la foto sin darse cuenta.

## Capítulo 6

Seis meses después

Se giró con el osito en la mano y lo puso sobre la estantería mientras escuchaba por megafonía —Señorita Lidia, pase por atención al cliente.

Estaban en plenas fiestas y la sección de juguetería estaba a rebosar de padres desesperados buscando en el último momento lo que querían sus hijos. Divertida vio a dos padres peleando por el mismo tren eléctrico. Dio la vuelta a la esquina para llegar al mostrador cuando vio de espaldas a ella a una pelirroja con el cabello muy largo y un precioso abrigo de piel en un azul intenso. Se detuvo en seco al verla discutir con su compañera y cuando ésta se dio cuenta de que estaba allí, la pelirroja miró sobre su hombro abriendo sus ojos verdes como platos antes de girarse mostrando su precioso vestido de diseño.

—Lidia, la señora tiene un problema con un encargo que ha reali...

—¿Qué haces trabajando aquí? —preguntó Roslyn Carrington Stanton sonrojándola por su tono, que indicaba que iba a echarle una bronca de primera.

Miró de un lado a otro. —Jefa, siento lo de la pasta. Te la devolveré.

—Al parecer el pedido no ha llegado y...

Roslyn levantó una mano acallando a Lisa que cerró el pico en el acto y su guardaespaldas se puso tras la jefa mirándola fijamente como si fuera un objetivo, lo que la sonrojó aún más. Dios, qué vergüenza.

—Al parecer has olvidado nuestro trato, Lidia.

—¿La conoces? —Lisa no salía de su asombro.

—La conoce todo Nueva York.

Roslyn chasqueó la lengua antes de mirar a Lisa. —Bonita, ¿no tienes nada que hacer? ¿Como ir a buscar mi encargo? Como no llegue para las primeras navidades de mi niña, este establecimiento va a cerrar antes de lo que piensas.

Lisa perdió la sonrisa de golpe. —Iré a mirar al almacén.

—Jefa, sigues teniendo muy mala leche.

—¡Pues mi marido dice que soy una blanda! —Puso las manos en jarras. —¿Se puede saber por qué has desaparecido?

—No he desaparecido.

—¿Ah, no? ¡Te he llamado veinte veces! —Se sonrojó aún más. —¡Y te has mudado!

—Es que es complicado.

—¿No me digas? ¡Pues me lo vas a contar todo con pelos y señales porque me fastidia no enterarme de las cosas!

Entrecerró los ojos. —¿Y cómo lo haces?

—¿Qué?

Dio un paso hacia ella. —Enterarte de las cosas.

Roslyn sonrió. —Secretillos que tiene una.

—Le espías, ¿verdad?

—No hay que dejar la empresa en manos de fuera de la familia sin ninguna protección. Está bien controlar de vez en cuando y estamos muy lejos.

—¿Y qué haces aquí?

—Mi hija va a pasar las navidades en Nueva York. En los Ángeles no es lo mismo.

La miró asombrada. —¡Pero si no se entera de nada! ¡Es un bebé!

—Oye, guapa... ¡Qué ha salido muy lista! ¡Y deja de dar rodeos! ¿Por qué te has largado? ¡Después de ese mes pensaba que tenías la piel más dura! Además, iba bien. ¡Os habíais acostado! ¡Habíais tenido una cita!

Abrió los ojos como platos. —¿Y cómo sabes eso y no sabes que el muy cabrito pensaba que yo era tu espía? ¡Por eso quería deshacerse de mí desde que me trasladaron como su secretaria! ¡Y su asistente lo sabía!

Roslyn entrecerró los ojos. —¿De qué hablas?

—Me lo contó Barry. ¡Tu padre en una reunión habló de algo que se suponía que no tenía que saber todavía y Roy se dio cuenta de que le espiabais! —exclamó alterada—. ¡Solo se acostó conmigo para descubrirte! —Su antigua jefa parpadeó antes de mirarla fijamente durante varios segundos. —Mira...

—Silencio, estoy pensando.

Se cruzó de brazos y Roslyn frunció el ceño dándole vueltas para decir —Ese Barry es muy pero que muy listo.

—Pues yo lo veo algo idiota. Normalmente...

—¡Te ha metido una trola!

—¿Qué?

—Oh, por Dios. —La cogió por el brazo y la llevó aparte esquivando a dos mujeres que discutían enfervorizadas por una muñeca. Cuando llegaron a la puerta de las escaleras de emergencias, su jefa abrió la puerta y no tuvo más remedio que seguirla. Su guardaespaldas se quedó en la puerta y ambas se miraron. —Ese cerdo te ha metido una trola de primera.

—¡Si me acabas de reconocer que le espías!

—Sí, pero él no lo sabe. Si lo supiera y conociendo a Roy se habría quitado el reloj, ¿no

crees? Odia que le controlen.

Jadeó asombrada. —¿En el reloj? ¿Le espías a través del reloj? Entonces nos escuchaste cuando...

Roslyn chasqueó la lengua. —Tampoco era para tanto.

—¡Tú no estás bien!

—Eso es lo que dice mi marido, pero es una afición muy útil, te lo aseguro. —Sonrió como si nada. —Lo de la escalera fue... —Soltó una risita. —Pensaba que iba a azotarte.

Se puso como un tomate. —¡Estás loca! ¡Debería denunciarte!

Roslyn se cruzó de brazos. —¿Y qué vas a decir? ¿Que le regalé un reloj a un amigo?

—¡Un reloj que tiene un micro!

Se encogió de hombros. —Yo no lo sabía. Necesitarías las grabaciones para demostrarlo y no las tienes.

—¿Nos grabas?

—¡A ver si te piensas que estoy todo el día con los cascos puestos, guapa! Y no lo escucho todo. Paso mucho de largo. Solo busco cosas de la empresa que puedan ser relevantes.

—¡Pues lo de la escalera bien que lo escuchaste!

Sonrió de oreja a oreja dejándola pasmada. —Lo pasaste estupendamente, pillina.

Jadeó de la indignación. —¡No tienes vergüenza!

—Pues la verdad, en ciertas cosas no. En los negocios sobre todo. Mi marido dice que cuando negocio soy fría y calculadora. Le pone mucho.

—¿Crees que me interesa tu vida sexual?

—¡Pues antes bien que te interesaba cuando trabajabas conmigo, que lo preguntabas todo!

—¿Quieres ir al grano?

—Roy no sabe que el reloj escucha cosas.

—¡La que escuchas cosas eres tú!

—¡No me fastidies! Ese Barry ha debido darse cuenta de algo, pero no lo sabe a ciencia cierta. Puede que mi padre metiera la pata, pero Roy no le ha comentado nada. Ha aprovechado que tú trabajabas para mí para montar una historia creíble.

—¡Pues no estaba desencaminado!

—¿Acaso si no te lo pidiera no pondrías la oreja? —La miró como si estuviera loca. — ¡Oye guapa, que yo te di el trabajo! ¡Y te di la pasta!

—Pues tengo límites. —Levantó la barbilla orgullosa y su jefa entrecerró los ojos. —Yo no me vendo.

—¿Ah, no? —Divertida la señaló con el dedo. —Pues vas a volver.

—¡Y una leche! ¡No voy a espiar a Roy para ti! Además...

—Te mueres de la vergüenza. Tranquila, has metido la pata, eso es todo. ¿Cuántas veces te ha llamado?

—Dos veces —respondió con rabia.

—¿Y a dónde te has mudado?

—A casa de los abuelos del hijo de mi prima. —La miró sin comprender. —Es una larga historia.

—Igual tenía que haberte regalado el reloj a ti. —Chasqueó la lengua. —Un fallo.

—Tú no estás bien.

—Ya, pero si no le hubiera regalado el reloj no sabrías lo que dijo Roy cuando Barry le anunció que te habías despedido.

Se le cortó el aliento. —¿Qué dijo?

Roslyn sonrió satisfecha. —No se lo podía creer, la verdad. Dijo que te llamara de

inmediato, pero él le dijo que no habías contestado al teléfono.

Se quedó de piedra. —Barry no me llamó desde la oficina.

—Lo suponía.

—Me llamó Roy a la hora de la comida.

—Le escuché susurrar molesto que estabas cabreada porque no te había llamado en su viaje a Marruecos.

—Creía que iba a volver.

—Exacto. Al día siguiente se quedó atónito al ver que no estabas.

—Ahí volvió a llamarme. Pero no fue a verme a casa.

—Roy es muy orgulloso. Estuvo cabreadísimo varios días. —Se mordió el labio inferior porque al parecer ya la había olvidado y Roslyn sonrió. —Tranquila, todavía tiene arreglo.

—No, no lo tiene.

—Claro que sí porque tienes que volver para hacer que ese Barry salga de mi empresa a toda pastilla y para ocupar tu puesto.

La miró como si estuviera loca. —¿Y cómo vuelvo? ¿Llamo a la puerta y digo que me he despistado seis meses? ¡No me ha buscado! ¡Puede que tú estuvieras en los Ángeles, pero él estaba en la misma ciudad que yo y no se ha molestado en buscarme! ¡No pienso volver! ¡No le intereso!

—Te creía más decidida. ¿Dónde está la descarada que me hacía la vida imposible?

—Muy graciosa. Me adorabas.

Roslyn se echó a reír y la cogió por los hombros. —Esto del amor puede ser a veces algo complicado, pero no te preocupes que yo te ayudo. —Miró hacia abajo analizando su horrible uniforme rosa. —Te prefería con los vestidos estridentes. Al menos mostraban tu figura.

Hizo una mueca. —Roy los odia.

—¿No me digas? ¿Te lo ha dicho Barry? Vas a tener que dejar de guiarte por lo que te dice un envidioso que ha demostrado su mala leche y empezar a guiarte por lo que te indica tu hombre.

Agachó la mirada y Roslyn perdió la sonrisa. Cogió su barbilla elevando su rostro para ver sus ojos empañados en lágrimas. —Eh... ¿Por qué le escuchaste? ¿Por qué te dejaste convencer?

—Porque no me tragaba hasta lo de la sala de archivos.

—Fue un cambio de actitud radical, ¿verdad? Sospechoso. Yo también lo pensé.

—¡Ahí lo tienes!

—¿Qué no sabe nada! ¿Acaso dudas de mí?

—Teniendo en cuenta que me has espiado no me hagas esa pregunta.

Jadeó indignada y más aún cuando la vio ir hacia la puerta. —Como no me hagas caso pienso demandarte.

Se volvió sorprendida. —¿Qué? ¡Y yo puedo denunciarte a ti!

—Soy una Carrington, ¿crees que te creerían? —Miró con desprecio a su alrededor. —¿Y se puede saber por qué diablos trabajas aquí con el curriculum que tienes?

Una lágrima cayó por su mejilla. —Al parecer en recursos humanos de Carrington Oil deben hablar muy mal de mí cuando piden referencias. Llamé para pedir explicaciones y habían recibido la orden de arriba.

Roslyn se tensó enderezando la espalda. Sus ojos verdes brillaron demostrando el enfado que tenía. —El día dos de enero te quiero en la empresa a las nueve de la mañana. Déjame el resto a mí.

Atónita vio como pasaba ante ella y abría la puerta. —Y como no vayas me defraudarás porque dejarás que ganen. Y a nosotras no nos hundan, ¿entiendes? ¡Además soy una Carrington, quiero recuperar mi dinero!

Parpadeó viendo cómo se alejaba hasta el mostrador de atención al cliente con su guardaespaldas detrás y le hacía un gesto para que recogiera el enorme paquete que le tendía su compañera. Sonrió sin poder evitarlo porque ella la conocía muy bien. Ante todos aparentaba ser fría y cosmopolita como se esperaba de ella, pero era cercana y muy buena persona con los que tenía a su alrededor. Solo había que ver la cara de su guardaespaldas que estaba encantado de acompañarla.

Miró a su alrededor y vio el caos de la tienda. Un niño chillón pasó ante ella persiguiendo a su hermana con un tridente de plástico que le había robado a uno de los play móvil de tamaño gigante y cerró la puerta de nuevo sentándose en las escaleras. Necesitaba un descanso. Apoyó los codos en las rodillas y se tapó la cara suspirando. Habían sido los peores seis meses de su vida después de la muerte de su familia porque a Clarissa no le habían renovado el contrato en el hospital cuando se enteraron de su embarazo y ella en el paro tampoco encontraba nada. Después de un mes los suegros de su prima debieron darse cuenta de la situación y les suplicaron que se fueran a vivir con ellos porque querían vivir el embarazo de cerca.

Fue un alivio librarse del alquiler, pero ella se sentía una intrusa. Más bien una okupa porque ella no tenía ninguna relación familiar con ellos. Aunque parecían que estaban encantados de tenerla allí para que su prima, que estaba en la gloria con tanta atención, no se sintiera incómoda en su nueva casa. Pero hacía dos semanas que había nacido el pequeño Albert y sentía que estorbaba aún más aunque intentaba disimularlo. Tenía la misma sensación que cuando había muerto su familia y había tenido que trasladarse a casa de su prima. La acogieron con los brazos abiertos, pero nunca la sintió su casa.

Se apretó las manos sabiendo que si quería independencia en esa ciudad, tenía que conseguir un trabajo con un sueldo decente para poder alquilar algo, aunque fuera en Brooklyn o en Queens. Pero si no arreglaba lo de recursos humanos en la empresa no encontraría el trabajo que necesitaba en la vida, a no ser que se fuera de la ciudad. Y ganas no le faltaban porque últimamente estaba de lo más deprimida. Ni el nacimiento del niño la había ayudado y eso que era

para comérselo, pero solo le daba por pensar que ella nunca tendría uno de esos y era para echarse a llorar.

No llegaba a creerse lo que Roslyn le había dicho. ¿Cómo iba a Barry a inventarse algo así y que hubiera estado tan acertado con lo del espionaje si no lo hubiera hablado con Roy? Igual era una de las partes que Roslyn se había saltado. Le había dicho que no lo escuchaba todo. Había tenido meses para pensar y era consciente que su cambio de actitud en la sala de archivos, cuando aún estaba furioso por su regreso, debía haberla alertado. Pero sin embargo pensó que al fin había dado su brazo a torcer. Y eso que Roslyn se lo había dejado claro en el pasado. Tenía mucho orgullo. Demasiado. Se apretó las manos con fuerza dándole vueltas una y otra vez. Ahora estaba segura de que jamás se habría acostado con ella por mucho que la hubiera deseado y si había dado su brazo a torcer había sido por una única razón, vengarse. Se limpió las lágrimas y se levantó. Sabía que Roslyn estaba equivocada, pero algo en su interior le gritaba que necesitaba saber la verdad o se arrepentiría el resto de su vida.

De pie ante la empresa vio llegar el coche de Roy y miró a un lado y a otro sin saber qué hacer porque Roslyn no había llegado. Iba a alejarse a toda prisa cuando el chófer abrió su puerta y vio un zapato de mujer que tenía pinta de ser carísimo. Se detuvo sin poder evitarlo y casi grita del alivio al ver un mechón pelirrojo antes de que su jefa apareciera sonriendo, encantada al verla ante la puerta. Roslyn se acercó a ella a toda prisa con su bolso de firma en la mano, pero Lidia no podía dejar de mirar la puerta del coche porque la cabeza de Roy asomaba en ese momento y hacía tanto que no le veía que le fue imposible no comérselo con los ojos. Estaba tan guapo que robaba el aliento con su abrigo negro encima de un traje gris. Le dijo algo al chófer antes de mirar hacia ellas y se detuvo al verla al lado de Roslyn. Vio como únicamente apretaba las mandíbulas en señal de reconocimiento antes de acercarse a ellas. —Mira lo que trae el año nuevo —dijo fríamente—. ¿Lidia?

—Creo que será mejor que subamos porque tenemos mucho que decirnos —dijo Roslyn como si nada—. Estos temas cuanto más privados mejor.

Roy levantó sus cejas negras como si estuviera divertido, pero le conocía lo suficiente como para saber que quería pegarle cuatro gritos y echarla a patadas.

—Vamos Lidia.

El portero les abrió la puerta y Peter le guiñó un ojo sonrojándola de la que pasaba. No había abierto la boca y la verdad es que no sabía qué decir. Entraron en el ascensor e iba a entrar otro ejecutivo cuando Roy le fulminó con la mirada y casi sale corriendo. Roy pasó la tarjeta por el sensor mientras Roslyn reprimía la risa. —Sigues teniendo un carácter de lo más agradable.

—Hay quien considera que soy perfecto —dijo con ironía.

Lidia palideció mirando impaciente las luces. Había sido un error ir allí.

—Estará ciega, seguramente. —Roslyn parecía de lo más divertida.

—O habrá mentido.

—Igual han mentido otros.

Roy la miró sin comprender cuando las puertas se abrieron y Lidia salió del ascensor a toda prisa. Roslyn sonrió levantando las cejas antes de seguirla mientras él apretaba los puños saliendo tras ellas.

Al verles llegar, Barry que estaba tras su mesa se levantó de inmediato. —Lidia...

—Barry, a ti quería verte yo —dijo Roslyn dejando su bolso sobre la mesa antes de echarse a reír al ver su cara de susto—. Al parecer has cruzado el límite, ¿verdad?

—Roslyn, ¿de qué coño estás hablando?

—Que nos lo diga Barry. —Todos miraron hacia él y éste se sonrojó con fuerza. —¿En serio creías que no me enteraría de las mentiras que vas diciendo de los Carrington? —preguntó fríamente dando un paso hacia él.

—No he mentido. —Miró de reojo a su jefe. —Juro que no he mentido, Roy. No sé de qué habla.

—Así que no sabes de lo que hablo... —Roslyn sonrió cruzándose de brazos y apoyando la cadera en su antiguo escritorio, que sorprendentemente aún estaba desocupado. Lidia entrecerró los ojos al ver que el escritorio estaba vacío de efectos personales. ¿No la habían sustituido? Qué raro. —Te voy a dar dos minutos para que confieses antes de que te eche a patadas de mi empresa, porque si tiene algo mi querida Lidia es que no ha mentido en la vida.

La miró de reojo. Bueno, alguna mentirijilla había dicho a lo largo de los años. Pero gordas no. Ninguna. Miró a Roy que tenía el rostro tallado en piedra. —Barry, ¿qué está pasando aquí? ¡Estoy empezando a perder la paciencia!

Barry pareció asombrado. —Creo que habla de lo que le dije a Lidia el día en que se fue, pero...

—¡Habla de una vez!

—¿Entonces lo digo?

—¿El qué? —preguntó él furibundo poniéndolas en guardia.

—Lo que me contaste en el gimnasio sobre los jefes... El día de la sauna.

—Jefa, lo sabe —susurró por debajo.

—Eso ya lo veo —siseó Roslyn sin perder la sonrisa y sin perder de vista a Roy que se había tensado con fuerza.

—Debió quitárselo.

—¿No me digas? —preguntó con ironía.

—No sé qué está pasando aquí, pero no me gusta un pelo. ¿Barry? Al parecer me has ocultado algo —dijo con voz heladora.

—Bueno, jefe... Es que... —Miró a Lidia. —¡Serás chivata! ¡Intentaba ayudarte!

Hizo una mueca. —Lo siento. Me obligó a contárselo cuando me vio de nuevo.

Roslyn chasqueó la lengua y se acercó a Roy. —¿Cómo lo sabías?

—¿Antes te importaría decirme de lo que estamos hablando para que pueda contestarte?

—Hablo del reloj.

Ahora sí que no entendía nada. —¿El reloj? —Tardó una décima de segundo, pero ahí lo pilló todo y gruñó negando con la cabeza como si no se lo creyera. —¿Lo sabe Robert?

Sonrió maliciosa. —¿Tú qué crees? Dijo que iba a controlarte, ¿no? No esperarías que te entregara la empresa así como así. —Alargó la mano. —¿Me lo devuelves, por favor? Le encontraré uso en otro lado.

—¿Lo sabía, jefe! ¡Así que teníamos razón!

Lidia sin poder evitarlo lo sintió por él porque era evidente que estaba dolido por la falta de confianza, pero su jefa no parecía afectada en absoluto. Se quitó el reloj de malas maneras y lo tiró al suelo machacándolo con el tacón de su impecable zapato. Roslyn hizo una mueca. —Qué desperdicio. Bueno, ahora que hemos solucionado esas sospechas hacia mi persona...

—¿Teníamos razón! —dijo Barry indignado.

Miró a Lidia exasperada y ésta hizo una mueca. —Es algo...

—¿Pesado?

—¡Oiga!

—¡Barry, cierra la boca!

Roslyn sonrió a Roy. —Tú me comprendes, ¿verdad? Hubieras hecho lo mismo si fueras el dueño de la empresa. —Él apretó los labios, lo que significaba que ese comentario también le dolía y Roslyn se puso ante él. —Eres el presidente que necesita esta compañía. Teníamos que asegurarnos de que eras el adecuado, ¿comprendes? He aprendido mucho de ti en este último año y no me gustaría que esto afectara a nuestra relación, porque como te dijo mi padre tienes mucho

futuro en Carrington Oil. A partir de ahora tendrás carta blanca entre reuniones semestrales.

Eso sí que le sorprendió. —¿Puedo hacer lo que quiera?

—Papá dice que nos sorprendas. Felicidades.

Roy asintió antes de mirar a Lidia de reojo.

—Oh, sí. Lidia. Lidia se queda. Tienes carta blanca, pero ella será nuestro enlace. Tiene ojo para identificar problemas, así que es la persona adecuada para llamarnos en caso de que vea algo raro.

—Así que tenía razón. ¡Eres una espía de Roslyn! —exclamó Roy furioso.

—No sabía nada de esto. Ella nunca me pidió que te espíara. —Le fulminó con la mirada.  
—Y no soy una puta que se acuesta con cualquiera para sacar información.

Roslyn hizo una mueca. —Precisamente porque me parece muy injusto vuestro trato a Lidia durante su anterior estancia en este puesto, he decidido que se quede. Seguro que ahora será una informante de primera y que me relatará con pelos y señales cualquier cosa que pueda llegar a molestarme a mí o a mi padre. —Para todos quedó clara la amenaza. Se acercó a ella y cogió su bolso sonriendo. —Querida, acompáñame al ascensor.

Les miró con odio antes de seguirla. —Al parecer estaba equivocada, Lidia. Puede que ahora estés furiosa porque has confirmado tus sospechas, pero se te pasará.

—No creas.

—Vuelve al trabajo. Si no consigues lo que yo quiero, al menos tendrás un trabajo decente. Por cierto, se te pagarán los meses que se te ha privado de tu trabajo por su estupidez.

—No tienes por qué hacerlo.

—Claro que sí. —Sonrió con cariño. —Ahora estás preparada para la lucha en igualdad de condiciones. Como te exigí la vez anterior, quiero que les hagas la vida imposible como solo tú puedes hacer.

Sonrió maliciosa. —¿Tengo carta blanca?

—Mientras no le pongas de los nervios y se coja la baja... —Rió por lo bajo. —Tu trabajo está blindado.

La miró con ganas de sangre. —Eso está hecho, jefa.

—Te aseguro que va a echar de menos el reloj. —Entró en el ascensor y le guiñó el ojo.

Antes de que se cerraran Lidia sujetó las puertas y preguntó preocupada —¿Borrarás las grabaciones?

Roslyn sonrió. —¿Crees que me las quedaría de recuerdo?

—¡Sí!

Se echó a reír. —Lidia, jamás deberás preocuparte por eso. ¿Contenta?

Asintió más tranquila y soltó la puerta. —Por cierto, hay una mujer en el horizonte. — Lidia dejó caer la mandíbula del asombro. —Suerte. Cuento contigo para evitarlo. No es apropiada.

—¿Y yo sí?

La sonrisa de Roslyn fue lo último que vio antes de que se cerraran las puertas y tomando aire se volvió para ver que aquellas dos ratas seguían allí de pie observándola. Levantó la barbilla y se acercó a su mesa dejando su bolso. Sin cortarse sacó el marco de la foto y lo puso en la esquina antes de guardar su bolso en su sitio de siempre. Se sentó en su sillón y puso una sonrisa falsa en la cara. —Ahora que ya han quedado las cosas claras... Barry, ¿qué tengo que hacer?

Confundido miró a su jefe que entró en su despacho dando un fuerte portazo. —Vaya, al parecer le molesta que la jefa le haya leído la cartilla.

—¿Vas a trabajar? Podrías quedarte ahí sin hacer absolutamente nada.

—¿Y cobrar por no pegar golpe? Menudo aburrimiento. —Le señaló con el dedo. —Pero

salgo a las cinco. —Sorprendiéndola Barry sonrió y ella dijo —Siento haberme chivado a la jefa, pero te aseguro que fue de lo más insistente.

Barry se encogió de hombros. —No me echará, aunque seguramente ya no confiará en mí nunca más.

—Lo siento.

—Y yo siento lo que ocurrió. Me pasé varias veces cuando no tenías culpa de nada.

—¿Me estás haciendo la pelota?

Barry sonrió. —¿Se nota mucho?

Ella suspiró sintiéndose agotada porque no había pegado ojo en los últimos días pensando en que iba a volver allí. —Mira, si no vas a ser sincero será mejor que no me hables.

Se acercó a ella y alargó la mano. —Hecho. Sinceridad absoluta por ambas partes.

Sorprendida miró su mano. —¿Seguro?

—Ese vestido azul que llevas es lo más dañino a la vista que me he topado en la vida.

Jadeó indignada. —¡Y ese traje te queda pequeño!

—He cogido unos kilos en navidades, ¿qué pasa?

Se retaron con la mirada y ella le estrechó la mano. —Pues te va a costar quitarlos porque el jefe ya no vuelve a llevarte al gimnasio.

—Ya correré por el parque. —Tiró de su mano hacia él. —Y no estoy enamorado de él.

—¿Tienes novio?

Se sonrojó y Lidia sonrió. —Cuenta, cuenta. ¿Es de la empresa?

## Capítulo 7

Sorprendentemente no les llamó en toda la mañana y Barry cada poco la miraba de reojo a punto de saltar de la silla en cualquier momento. —Tranquilo, Barry... te echará la bronca no te preocupes.

—Muy graciosa.

—No sé por qué te pones así si estás tan seguro de que no te va a despedir.

—Porque tiene muy mala leche cuando se cabrea. Una vez se cabreó conmigo cuando empecé y tuve pesadillas un mes por los gritos que me metió. —Abrió los ojos como platos. —Amenazó con amarrarme a la mesa con el teléfono pegado al oído para que no perdiera ni una sola llamada importante.

Sonrió divertida porque empezaba a encontrarle la ironía a todo aquello. Miró el intercomunicador y con malicia pulsó el botón. —Roy deja de torturar a Barry que está de los nervios. Puedes gritarle cuando quieras.

Barry la miró como si estuviera loca antes de sisear —Muchas gracias.

—De nada. —Soltó el botón y la puerta se abrió de golpe haciéndola sonreír de oreja a oreja. Estaba realmente furioso.

—¡Barry!

Se levantó de golpe. —¿Si?

—Pasa al despacho. —Lo dijo de una manera que parecía que iba a descuartizarle y su asistente perdió todo el color de la cara antes de caer redondo tras su escritorio.

Lidia le miró con los ojos como platos antes de chasquear la lengua y descolgar el

teléfono. —Ya llamo yo a urgencias.

—¡Joder, cada día es más delicado! —Entró en su despacho cerrando de golpe.

Después de colgar se levantó y se arrodilló a su lado dándole palmaditas. Sonrió maliciosa cuando vio que movía un párpado y le dio un tortazo haciéndole chillar como una chica. Lidia se echó a reír. —Buena estrategia.

—Serás bruta.

—La otra vez ni te inmutaste.

—Salvaje. —Él miró hacia atrás. —¿Por qué no hablas con él?

—¡Ja!

—Está así porque se siente culpable.

—Sí, claro. —Volvió a su sitio y vio de reojo como se sentaba en el suelo.

—De verdad, sabe que ha metido la pata y no sabe digerirlo.

—Lo que quieres es que discutamos para que descargue.

—Eso también.

—Pues te quedas con las ganas. Anula la ambulancia porque seguro que tienen algo mejor que hacer que venir a buscar a un actor pésimo.

Bufó levantándose y cogiendo el teléfono a toda prisa, pero mientras él daba las explicaciones al teléfono ella pensó en lo que le había dicho. Estaba claro que iba a evitarla todo lo que pudiera y podía tratarla como un florero sin reconocer su error hasta el fin de los tiempos. Tenía que seguir las órdenes de la jefa, ¿no? Y se iba a devanar el cerebro encontrando la manera de joderle la vida.

Se volvió en su silla. —¿Quieres que hable con él?

—¿Lo harías?

Sonrió encantada. —Para eso tienes que hacer algo por mí.

—Hecho.

—Quiero el nombre.

—¿El nombre de quién?

—De la tía con la que sale...

Barry entrecerró los ojos. —¿Y que más te da? —Se sentó del asombro. —¿Todavía estás enamorada de él?

—No digas tonterías. Tengo que estar informada, ¿recuerdas?

Él lo pensó unos segundos. —Total te vas a enterar igual. Viene por aquí cuando le da la gana.

Sintió que la bilis le subía por la garganta recordando la caja de preservativos. —¿No me digas?

—Alice Maynor.

Se le quedó mirando. —¿La abogada especializada en divorcios de famosos que sale en la tele?

—Esa misma. ¿La conoces?

—Tengo que tragarme el final de las noticias porque no me pierdo el reality de los miércoles.

—Elegante, inteligente...

—Sí, ya, ya. Lo pillé cuando me lo dijiste, ¿sabes?

—Perdona. —Al ver que no se movía carraspeó.

—Ya voy, pesado. —Se levantó lista para la batalla. Era increíble, pero después de escuchar lo que se había dicho allí ese día había recuperado las fuerzas y las ganas de matar. Caminó hacia la puerta y la abrió sin llamar cerrando de un portazo.

Roy sentado tras su mesa en mangas de camisa, apretó los labios dejando los papeles

sobre su escritorio. —¿Querías algo?

—¿Una disculpa?

—Espera sentada. —Miró los papeles de nuevo. —Puedes retirarte.

Al ver su actitud indiferente se acercó a él, se puso ante el escritorio y le arreó un tortazo que le volvió la cara. Él giró la cabeza lentamente hirviendo de furia. —No sé por qué te pones así cuando has disfrutado de nuestra... relación como una loca.

Le dio otro tortazo y él se levantó a toda prisa cogiendo su muñeca y acercándola a él. — Escúchame bien, preciosa... No voy a disculparme porque todavía tengo dudas de que tú estuvieras detrás de todo como supuse desde el principio.

—¿Roslyn te lo ha dejado bien claro! —le gritó a la cara.

—Ya, pero da la casualidad de que estás aquí de nuevo, ¿no? ¡Y Robert sabía una información que solo conocíamos las tres personas que estamos en esta planta! ¡Casi me obligaron a que te ofreciera el puesto y era obvio que Roslyn te protegía! ¡Sabía que Robert me controlaría y a mí no me controla nadie!

—Así que era yo la que tenía que pagar porque no tienes pelotas a enfrentarte a ellos. — Roy palideció soltando su muñeca como si le diera asco.

—Hice lo que tenía que hacer para proteger mi puesto. Si no lo entiendes no es mi problema. —Volvió a sentarse como si nada rompiéndole el corazón y se puso a trabajar como si no existiera. Se preguntó mil veces durante esos meses si se había enamorado de un monstruo y se lo acababa de demostrar. Lo único que le importaba en la vida era esa silla. Ella no era nada para él y pasaría por encima de quien fuera para conservar su puesto sin interferencias.

Apretó los puños de la impotencia con ganas de gritar al ver como pasaba la hoja —Que equivocada estaba.

—¿No me digas? —preguntó con ironía.

—Sí, porque pensaba que eras perfecto y solo me has demostrado que eres un mierda. —

Se volvió sin ver como apretaba los labios observándola alejarse. Abrió la puerta y se giró mirándole con una sonrisa totalmente falsa en los labios. —Vas a llegar muy lejos. No lo dudo. Y lo pienso ver. ¿Pero sabes lo que también voy a ver?

—Ilumíname —respondió entre dientes.

—Como tu desconfianza acabará contigo. Jamás serás feliz porque no tendrás en quien apoyarte y siempre estarás solo, pero muy cómodo en ese sillón.

—Creo que de momento la vida me ha demostrado que puedo confiar en muy pocas personas o en nadie como en Barry.

—Pues yo le agradezco su sinceridad porque me evitó más sufrimientos.

Salió del despacho y escuchó como algo se rompía en el interior. —Está claro que no canaliza bien sus sentimientos.

Barry la miró con los ojos como platos. —Vaya pelotas que tienes.

—Tiene que tragarme sí o sí. ¿Lo has escuchado?

—Sí, como para no hacerlo está la cosa. Roslyn nos ha enseñado bien.

Sonrió aparentando una diversión que no sentía mientras se acercaba a su mesa. Barry la miró de reojo. —¿Estás bien?

Sintiendo un nudo en la garganta asintió. —Dame más trabajo. No quiero pensar en nada. Estoy harta de toda esta mierda.

Sorprendentemente la relación con Barry se estrechó a partir de ese día, al contrario que su relación con Roy, pues se dedicaban a ignorarse mutuamente. Su compañero incluso la invitó a cenar a casa de su madre y cuando le miró con horror él se echó a reír diciendo que ella ya lo sabía todo. Sentados ante una hamburguesa que estaban devorando él dijo —Estará encantada,

quiere pedirte disculpas. ¿Esta noche?

—No puedo, hoy me mudo.

—¿Cómo se lo ha tomado Clarissa?

Hizo una mueca. —Cree que la abandono.

—Tienes que vivir tu vida. No eres tú la que has tenido un hijo.

Sus ojos se entristecieron mirando la hamburguesa. Barry dejó la suya sobre el envase. —

Eh, ¿qué ocurre?

—Nada. —Cogió la cola y sorbió por la pajita. —¿Crees que hoy saldremos a las cinco?

Tengo mil cosas que hacer.

—Si quieres te ayudo.

—Eres el mejor.

—Ya. —Rió divertida antes de coger una patata con desgana. —Cuando he dicho lo del bebé tu expresión ha cambiado.

—Qué va —dijo sin mirarle a los ojos—. No sé por qué dices eso.

—Serías una espía malísima porque no sabes mentir.

Levantó la vista hacia él. —¿No vas a dejarlo?

—No.

—Hay partes de nuestra vida que son privadas, Barry.

Eso sí que le preocupó. —Si crees que se lo voy a decir a alguien... No me arrepiento de haberte contado lo que ocurría, porque eso me ha hecho ganar una amiga de verdad como no he conocido otra, pero jamás contaría nada tuyo, te lo aseguro.

Se emocionó al escuchar sus palabras. —Gracias.

—Cuando quieras me lo cuentas. Creo que necesitas desahogarte.

Una lágrima cayó por sus mejillas asintiendo, pero era algo que solo conocía su prima y no sabía si podría decírselo a su compañero algún día. —Es que hoy estoy algo sensible, eso es todo.

Su amigo asintió. —En un día como hoy no me levantaría de la cama si fuera tú.

Suspiró pasándose las manos por la cara. —Solo quiero que acabe este maldito día. Odio los catorce de febrero.

—Y encima ha quedado con esa.

Le miró sorprendida. —No me importa.

—Vamos, si cuando crees que no te ve nadie te lo comes con los ojos.

—Menuda mentira. ¡Jamás volvería con él!

—Si tú lo dices... No estás siguiendo las instrucciones de Roslyn.

Le miró sorprendida. —¿Qué instrucciones?

—Tengo el oído muy fino. Te indicó que le jodieras esa relación al jefe. O al menos eso creí oír. Que me preguntaras su nombre me lo confirmó.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Él lo sabe?

—Qué va.

Enderezó la espalda. —Bueno, me da igual que lo sepa o no. Al principio quería sangre, pero después de hablar con él me he dado cuenta de que ni para vengarme merece la pena. No hay mayor desprecio que no hacer aprecio.

—Pero la venganza sabe mucho mejor. —Se metió un puñado de patatas en la boca. —Y estaba celoso. —Le miró sin comprender. —El día que desapareciste mandó llamar a ese de la tercera por si te había visto ese fin de semana.

La sorpresa le cortó el aliento. —Me estás metiendo una trola.

—No. Creía que se la habías pegado porque estabas enfadada.

—¿Por qué has tardado un mes en decirme eso?

—Porque no sabía si te importaba después de cómo te comportas con él, pero me acabo de dar cuenta de que te importa y mucho.

—¡Eso es mentira!

—Por mucho que levantes la voz no vas a tener razón.

Intentó morderse la lengua pero no pudo. —No voy a hacer nada con esa bruja.

—¿Cómo sabes que es una bruja? ¿Y quién está hablando, tu orgullo o tú?

—¡Al parecer en esta empresa hay orgullo de sobra! El jefe lo tiene todo sin importarle nada en absoluto lo que pase a su alrededor.

—Lo dices con rencor.

—Tenía que haberme dado cuenta en aquella cita —dijo con rabia—. No preguntó por mi vida ni una sola vez. Todas las preguntas fueron relacionadas con Roslyn, mi trabajo o tonterías. Es que soy idiota.

—No eres idiota. Estás enamorada y si te hablaba del tiempo tú estarías encantada. ¿Cómo ibas a imaginarte lo que ocurría? Es que es de locos.

—¡Pues tú bien que le seguías la corriente!

—Porque creía que tenía razón.

—¡Me odiabas incluso antes! ¿Recuerdas la reunión? Me pegaste un pisotón...

—¡No te centraste en la reunión ni cinco minutos, solo le mirabas a él! Y no te cortabas, guapa.

—¿Y a ti que más te daba?

Barry se sonrojó. —Vale que en aquel momento estaba pasando un enamoramiento... platónico.

—¡Ja! —Le señaló con el dedo antes de echarse a reír y él se sonrojó aún más.

—¡Pero se me ha pasado! Tengo a mi Amador.

—Más te vale. Madre mía, con ese nombre debe darte lo tuyo.

Él sonrió de oreja a oreja haciéndola reír de nuevo. —Vamos, que tenemos que volver.

Se levantó a regañadientes y ese día le tocaba pagar a ella. Cuando salían una pareja entraba con un globo en forma de corazón recordándole en el día en que estaban y perdió algo la sonrisa. Odiaba San Valentín.

Estaban esperando el ascensor cuando se encontraron con Roy que también llegaba de una comida de negocios. Ni les saludó entrando en el ascensor. —Barry, quiero que tomes notas de toda la junta de la tarde.

Barry la miró preocupado. —Jefe, eso está desfasado. Hace años que usamos grabaciones.

—Eso va a cambiar a partir de ahora. Odio recorrer toda la conversación para llegar a donde quiero. Aunque se graben, lo quiero manuscrito para mañana.

Lo que implicaba un montón de tiempo. Últimamente se vengaba de Barry de esa manera. Haciéndole trabajar como si estuvieran en el siglo diecinueve solo para tocar las narices. Ella podía irse a las cinco porque gracias a Roslyn no podía abusar de ella, pero si no ayudaba a su amigo, éste saldría del despacho a las tantas y no podía permitirlo porque al fin y al cabo estaba en esa situación por intentar avisarla. Quiso morderse la lengua, pero no pudo. —Igual deberías pedirle unas clases a Roslyn sobre como escuchar grabaciones para que no nos hagas perder el tiempo —dijo con dulzura.

—¡Igual deberías cerrar el pico y hacer tu trabajo que se basa en hacer lo que te pido!

Salió del ascensor y gruñó con ganas de matar. —Solo lo hace para joder —dijo Barry.

—¿No me digas? Adiós a la mudanza. Tardaremos en transcribirlo horas.

De repente Barry se detuvo ante su mesa y la miró. —Esto es culpa tuya.

—¿Mía?

—Claro que sí. ¡Es San Valentín! Seguro que piensa que tienes una cita o algo así.

—A lo mejor piensa que eres tú el que tiene una cita, que eres el único que tiene novio.

—Esta mañana me preguntó si tenía planes y le dije que Amador estaba de viaje. —La señaló con el dedo. —Es culpa tuya.

Su corazón pegó un brinco en su pecho, pero simplemente replicó —Esperemos que la reunión no sea eterna para acabar en una hora decente.

## Capítulo 8

No tuvieron esa suerte porque la reunión acabó a las cuatro y media. Barry mosqueado repartió las grabaciones en dos y con los cascos puestos se pusieron a teclear como posesos. Roy salió del despacho listo para largarse ya con su carísimo abrigo puesto y sonrió pasando ante sus mesas. —Que lo paséis bien.

—Capullo —siseó ella.

Roy se volvió de golpe. —¿Qué has dicho?

Se quitó los cascos aparentando sorpresa. —¿Qué?

Él apretó los labios cogiendo el marco de su mesa y estrellándolo contra la pared. Lidia palideció al ver como el marco caía al suelo y Barry se levantó de golpe. —¡Roy!

Lidia se le quedó mirando, viendo la violencia que emanaba y vio como apoyaba las manos sobre su mesa y siseaba —Al parecer crees que tu amistad con Roslyn te hace pensar que puedes tratarme como te venga en gana, ¿pero qué ocurriría si hablo con Robert, preciosa? ¿A quién elegiría? Dedícate a tu trabajo y deja de tocarme los huevos porque sino estarás rápidamente en la cola del paro. Y la única manera en la que conseguirás trabajo, será abriéndote de piernas como hiciste para mí. —Separó los labios de la impresión quedándose de piedra al ver en sus ojos que la odiaba. —No vuelvas a dirigirme la palabra. No te lo digo más.

Se incorporó sonriendo malicioso antes de ir hacia el ascensor como si nada. Temblando mientras su corazón se rompía definitivamente le observó entrar en el ascensor y Barry se acercó a ella poniendo una mano en su hombro. Les observó fríamente mientras las puertas se cerraban y algo en su alma se quebró. Un sollozo escapó de su garganta y Barry la abrazó. Ese gesto le impidió retener las lágrimas y lloró sin poder evitarlo.

—No llores.

—No entiendo por qué me odia tanto.

—Porque cada vez que te ve recuerda como fue de cabrón contigo y ahora ya no tiene límites para intentar alejarte. —Acarició su cabello intentando consolarla.

Su cara de furia al tirar su foto volvió a su memoria y asustada se giró levantándose para ir hasta el marco. Se arrodilló en el suelo y lo volvió para ver que la plata se había abollado y que el cristal estaba roto. Al ver que la foto se había roto en la mejilla de su madre se echó a llorar de nuevo quitando los cristales con cuidado.

—¿Tienes más?

—Sí, pero ésta era la última. —Sorbió por la nariz. —¿Crees que tendrá arreglo?

—Seguro que sí. —Se pegó el marco al pecho y cerró los ojos reflejando en su rostro su dolor. —Ven, cielo... levántate no vayas a cortarte.

En ese momento sonó el click del ascensor y las puertas se abrieron mostrando a Roy que cuando salió se detuvo en seco al ver su estado. Lidia queriendo huir salió corriendo hacia el baño y cerró la puerta encerrándose por dentro sin darse cuenta de que sollozaba. Pegó la espalda a la puerta y se sintió avergonzada porque la viera en ese estado. Eso la hizo llorar más pensando en lo que diría su hermana. Apretó la foto contra su pecho dejándose caer al suelo y ni escuchó las voces al otro lado ni como llamaban a la puerta. —Cielo, ¿estás bien? —preguntó Barry preocupado.

—Haz que se aparte de la puerta.

—¡Eso intento! Lidia abre.

Ella no se movió pensando en su último año. En su empeño en conseguir algo imposible. Nunca tendría que haber vuelto. Un hombre que se comportaba como él no era un hombre y jamás tenía que haber posado sus ojos en alguien así.

No tenía noción del tiempo repasando cada gesto, cada palabra que tenía grabada en su

memoria y los ojos de Roy ante aquel taxi la torturaron una y otra vez mientras ellos insistían en que se apartara de la puerta.

Con la mirada perdida escuchó —¿Lidia? —La voz de su prima la volvió al presente. — Lidia, ábreme. ¿Estás bien? —Gimió apretando las rodillas y apoyando la frente sobre ellas. — Prima, es un día más —dijo emocionada.

Una lágrima recorrió su mejilla cayendo hasta la foto y se apartó con cuidado acariciando la superficie de la imagen para borrarla del rostro de su padre. —Ellos no querrían que estuvieras así. Por favor déjame pasar. Habla conmigo. —Escuchó como se volvía y susurraba —¿Qué ha ocurrido para que esté así? Este día siempre está sensible, pero esto...

—Es culpa mía —escuchó decir a Roy con voz grave.

Su prima que conocía de sobra lo que había pasado desde el principio siseó —¿No crees que ya le has hecho bastante daño? ¡Déjala en paz! ¡Me tienes más harta, siempre jodiendo! — Lidia abrió los ojos como platos. —¡A hombres como tú les castraba para que futuras generaciones no tuvieran que sufrir tus genes! ¡Y luego se mueren hombres buenos! ¡Es que esta vida es injusta, joder! —Golpeó la puerta tres veces con fuerza. —¡Lidia! ¡Sal de una vez que he dejado al niño con mi suegra y dentro de una hora tiene la toma! ¡Ya llorarás más tarde!

—Muy sensible —dijo Barry.

—Oye, guapo... ¡Cuando seas madre soltera y dependas de los suegros para que te cuiden al niño, me lo cuentas! Afortunadamente mi prima nunca tendrá que pasar por esto porque dicen que la maternidad es maravillosa, pero hay que vivirla. ¡Llevo semanas sin dormir!

Se le cortó el aliento y se levantó de inmediato llevando la mano al cierre, pero se quedó con él en la mano.

—¿Y por qué ella no iba a saber lo que es la maternidad? —preguntó Roy con voz lacerante.

—¡No puedo abrir la puerta! —gritó tirando de la manilla.

—¿Qué? —preguntó su prima haciéndose la tonta.

—¿Lidia? Tu prima es un peligro. Yo que tú saldría —dijo Barry.

—¡Eso intento! —gritó desesperada.

—¿Qué has querido decir con eso de que no tendrá que vivirlo?

—¡Clarissa!

—Ya, ya. Ni una palabra.

—¿Está enferma o algo así?

—¡Prima sal!

—¡Barry tira la puerta abajo que me aparto!

—¿Qué? —chilló como una chica.

Puso los ojos en blanco. —¡Roy abre la puerta!

—No hasta que me entere de algunas cosas. En la cena no me dijiste que eras huérfana.

—¿Acaso preguntaste? —gritó furiosa.

—Vale nena, culpa mía.

—¿Éste es idiota? —preguntó su prima—. ¡Ábrele la puerta!

—Espera amiga, que te ayudo. —Barry debió golpear la puerta y asombrada vio que no se había movido ni un milímetro antes de escuchar un gemido.

—¿Y eso de que no va a tener hijos?

—Una decisión que ha tomado, ¿vale? ¡Ábrele la puerta o llamo a los bomberos!

—¡Clarissa cállate!

—¡Es que me mira de una manera que me pone nerviosa!

Tomó aire. —¡Roy abre la puerta!

—No hasta que contestes a lo que estoy preguntando.

—Ya te ayudo yo —dijo Barry golpeando de nuevo la puerta.

—¡Barry llama a mantenimiento para que abran!

—Daré la orden de que no toquen esa puerta. —Gimió apoyando la frente en la superficie de la madera. —Lidia estoy esperando.

—¡No tienes derecho! —gritó su prima.

—¡Mira, teniendo en cuenta la opinión que ya tiene de mí, me importa una mierda lo que pienses! ¿Nena? Estoy esperando.

Cerró los ojos y susurró —Déjalo Roy.

—No voy a dejarlo. ¿De qué habla tu prima? —preguntó suavemente tras la puerta.

Frustrada se echó a llorar. —¡Púdrete! —Golpeó la puerta rabiosa.

—Nena te vas a hacer daño.

Su prima gritó como una desquiciada y se le cortó el aliento. —¿Qué pasa?

—¡Espera que a tu prima le ha dado un brote! ¡Suéltale!

—¡Barry llévatela!

—Si no puedo con ella, jefe.

Lidia tiró del pomo. —¿Qué pasa? ¡Deja a mi prima!

—¡Maldito capullo! —gritó Clarissa desquiciada.

—¡Barry llama a seguridad!

Abrió los ojos como platos. —Ni se te ocurra.

—¿Ah, no? ¡Barry, que llames!

—¡Suéltame, asqueroso! —gritó su prima con esfuerzo.

—¡Ya voy, jefe!

—¡Ni se te ocurra! —gritó desde el otro lado de la puerta antes de tirar de la manilla de

nuevo.

—¡Prima lo siento! —gritó mientras se alejaba su voz.

—¡Clarissa! —Golpeó la puerta de nuevo.

—Te aconsejo que te vayas a casa porque va a tardar en salir.

A Lidia se le cortó el aliento.

—¡Llamaré a la policía! ¡Esto es un secuestro!

—No tenías que haber dicho eso. —Escucharon el click del ascensor. —Peter, retenga esta mujer. Ha robado información muy importante y tengo que descubrir que archivo informático ha sustraído.

—Por supuesto, jefe.

—¡Es mentira! —gritó su prima.

—¡Roy, déjalo ya!

—Ya sabes lo que me gusta salirme con la mía, nena. Dime por qué ha dicho eso y estará libre para darle la toma a su hijo. —Se quedó en silencio. —Es sencillo.

—¿Y a ti qué te importa?

—Estoy esperando.

Se dio por vencida porque de otra manera los suegros de su prima se preocuparían si no aparecía para la toma. —Hace tres meses fui al médico porque tenía dolores. Me diagnosticaron hidrosalpinx. Una obstrucción en una de las trompas. —Suspiró sintiéndose agotada y se pasó la mano por la frente. —Según mi historial seguramente me ha pasado por un embarazo ectópico que tuve meses atrás.

—La hostia —susurró Barry.

—Barry puedes irte a casa —dijo Roy muy serio.

—Sí, jefe. Espero verte mañana, Lidia.

Se emocionó y cerró los ojos. Cuando escuchó el click del ascensor fue hasta el wáter y se sentó. Pero lo que le sorprendía es que ya le importaba muy poco lo que pensara.

—¿Era mío?

Sonrió irónica. —Eso ya no importa, ¿no crees?

—A mí me importa —respondió muy tenso.

—Sí, era tuyo. —Se apretó las manos nerviosa, pero decidió soltarlo todo porque era obvio que sino no saldría de allí. —Pero no era viable y ha provocado esto.

—¿Y ya no puedes tener hijos?

—Si los quiero tener debo operarme para que el líquido no suba al útero. Al parecer es tóxico o algo así y puede provocar un aborto. Pero es una operación que no cubría mi seguro.

Le escuchó jurar por lo bajo. —Lo siento.

—¿Qué sientes? —Rió sin ganas. —Tú no tienes la culpa. Ha pasado y ya está.

—¿Como la muerte de tu familia?

—¿Ahora tengo que hablarte de eso? Al parecer estás muy inquisitivo cuando antes te importaba una mierda.

Él se quedó en silencio al otro lado y Lidia miró la puerta sin verla realmente. —Se iban a celebrar el día de San Valentín. Vivíamos en un pueblo de Illinois, ¿sabes? No es como aquí que hay un restaurante en cada esquina —dijo recordando—. Yo había quedado con mi novio del instituto. Acabábamos de empezar y me negaba a ir con ellos como si fuera una cría. Mi padre había reservado una mesa en el mejor restaurante del pueblo que estaba a veinte kilómetros. — Una lágrima cayó por su mejilla y casi sin voz continuó —Ni salieron prácticamente de la finca. Al incorporarse a la carretera general, un conductor novel con dos cervezas de más que venía de frente, se puso nervioso y dio un volantazo empotrando la parte de atrás de su camioneta contra el frontal de su vehículo. Escuché el pitido desde la casa. Ese maldito pitido que no se detenía...

Ni se dio cuenta de cómo tiraba la puerta abajo ni de cómo se acercaba y se acuclillaba ante ella. Con cuidado cogió la foto de entre sus manos y ella susurró rota de dolor —Siempre estaré sola.

Él acarició su mejilla con el pulgar borrando una lágrima y Lidia se dio cuenta de que estaba allí. Horrorizada al verle ante ella con esa mirada de pena, le empujó por los hombros levantándose de golpe antes de salir corriendo del baño. Corrió hacia el ascensor, pero Roy la cogió por detrás y Lidia gritó desgarrada. Intentando resistirse pateó una y otra vez, pero la pegó a él abrazándola con fuerza. A pesar de que luchó por apartarse, poco a poco el agotamiento la dejó laxa entre sus brazos gimoteando de dolor. —Eso es, nena... desahógate porque tienes motivos de sobra —susurró a su oído antes de cogerla en brazos y llevarla hasta el despacho donde la tumbó en el sofá.

Sin fuerzas le miró a los ojos y él acarició su cabello apartándoselo de la frente. —Quiero irme.

—Enseguida te llevo a casa.

Sus ojos se cerraron sin darse cuenta. —Nunca me has llevado a casa, ¿por qué ibas a hacerlo ahora? —preguntó antes de quedarse dormida.

Roy la observó durante varios minutos sentado a su lado y distraído en sus pensamientos cogió su mano acariciando su pulgar, cuando escuchó como vibraba el teléfono que se había olvidado encima de su escritorio. Suspirando se levantó y se alejó hasta la ventana para contestar —Hola, Alice. Tendrás que disculparme, pero no puedo asistir a la fiesta. —Apretó los labios mirando sobre su hombro. —Tengo un problema familiar que debo resolver. —Miró hacia las luces de Nueva York. —Te llamaré en unas semanas no te preocupes.

Lidia abrió los ojos lentamente sintiendo el cuello dolorido y se llevó la mano a la nuca,

dándose cuenta de que no estaba en su cama. Se incorporó poco a poco viendo el despacho de Roy y suspiró sintiéndose agotada al verle en la ventana mirando al exterior con las manos en los bolsillos del pantalón y en mangas de camisa.

—Quería darte una lección. —Apretó los labios. —Cuando te vi por primera vez me pareciste una descarada. No dejabas de mirarme y me hiciste sentir incómodo toda la reunión porque en aquel momento yo tenía la vista puesta en Roslyn por los motivos equivocados.

Se le cortó el aliento. —La empresa.

—No me siento orgulloso de ello, aunque últimamente no me siento orgulloso de muchas cosas. —Vio como tensaba su perfil como si estuviera pensando en ello. —Que Roslyn casi me obligara a contratarte como ayudante de Barry me molestó. Conozco a Robert desde hace muchos años y creía que era una manera de controlarme cuando en realidad llevaba controlado desde meses antes. Lo pagué contigo y lo siento. Al principio solo quería mantenerte alejada, pero cuando Robert habló sobre esa información que solo debíamos saber nosotros me cabreeé de veras. A la semana Barry se desmaya y ya no te reprimiste en indicarme lo que querías. Ahí no pensaba en acostarme contigo, te juro que no. Que te insinuaras de esa manera tan descarada me pareció la excusa perfecta para deshacerme de ti y cuando me llamó Roslyn exigiendo que te readmitiera, me di cuenta de que mi poder en esta empresa es mínimo. Siempre seré un empleado más como bien me dijiste.

—Roy...

—Déjame terminar, por favor. Seguramente te irás después y quiero, necesito explicarte mis razones, aunque sean totalmente equivocadas.

Se mantuvo en silencio y él suspiró. —Pensaba mantener una guerra fría contigo con la colaboración de Barry, que tenía órdenes directas de no pasarte información delicada bajo ningún concepto y hacerte la vida imposible para ver si te ibas de una vez. Pero no dejabas de enfrentarte a mí y cuando me provocaste en los archivos como si no tuviera ninguna autoridad sobre ti, debo

reconocer que pensé que si quería acabar con aquella situación tenía que acostarme contigo. Tenía que enamorarte para destrozarte. Como te dije en aquella cena demuestras todo lo que sientes y sabía que lo deseabas, aunque yo considerara que era parte de tu trabajo para los Carrington. Te morías por estar conmigo y ya no me quedaba otro recurso para echarte de mi vida de una vez. — Una lágrima corrió por la mejilla de Lidia al escucharle. —Pero algo pasó en esa cena, nena. Nunca me había sentido así con nadie y cuando me preguntaste qué éramos no sabía que contestarte porque yo no tenía planes de futuro a tu lado. De hecho mis planes eran que no estuvieras en mi futuro en absoluto. Pero no dejé de pensar en ti en todo el viaje a Marruecos. Incluso me sorprendí a mí mismo preguntándole a Barry por ti, aparentando que era un tema profesional. En el coche que me llevaba a la empresa me moría por verte, pero mi maldito orgullo me dijo que yo para ti era solo un trabajo e hizo que ni te mirara al llegar. No sabes cómo me arrepentí de no haberme acercado a ti en ese momento. No sabes cómo me arrepiento, porque todo hubiera sido muy distinto. —La luz del amanecer iluminó su rostro. —No me podía creer lo que Barry me estaba diciendo cuando me comunicó que te habías ido. Pensé que era otra manera de revelarte porque no te había llamado en toda la semana y porque no te había saludado al llegar. Cuando no me cogiste el teléfono pensé que te vería aquí al día siguiente, porque algo en mi interior me decía que con todo lo que habías insistido no te darías por vencida tan fácilmente. El tercer día me di cuenta de que no volverías y no podía entenderlo. Incomprensiblemente me sentí traicionado. ¿No es de locos? —Se volvió para mirarla porque no le contestó y apretó los labios al ver su palidez y sus lágrimas. —Ni te protegí ni estuve a tu lado en ese embarazo. Lo que me demuestra que aparte de ser un cabrón egoísta soy un monstruo porque cuando te vi aquí de nuevo la rabia era incontenible, nena. No te pregunté en esa cena por tu vida por no sentirme ligado a ti de ninguna manera. Nunca tuve intención de tener una relación contigo y te utilicé. Pagaste unas consecuencias por mis acciones que son irreparables y lo siento.

Al ver la tortura en sus ojos Lidia se levantó y con las mejillas llenas de lágrimas sonrió dulcemente. —Esta situación tenía que explotar por algún sitio. Ni sé por qué regresé. Supongo

que quería saber si lo que me había dicho Barry era verdad porque Roslyn se empeñaba en que era imposible que tú sospecharas de ellos. Lo que ocurrió con el bebé no fue culpa tuya. Yo también estaba allí y no te pedí que te pusieras nada. La naturaleza es así. No te hago responsable de eso, Roy.

Él dio un paso hacia ella y Lidia levantó la mano deteniéndole. —Entiendo tus razones para comportarte como lo hiciste y ya que ha llegado la hora de los reconocimientos, reconozco mi culpa al insistir en algo que no tenía sentido sobre todo viendo tu comportamiento hacia mí. No es por nada, pero normalmente los hombres me tratan de otra manera. —Sonrió con tristeza. —Así que no te culpes de todo porque no toda la culpa es tuya. Pero me alegra que podamos hablar de ello tranquilamente y que sepas que yo no tenía nada que ver en los planes de Roslyn.

—Lo siento, nena.

—No te disculpes más. —Se llevó una mano al cabello y confundida se dio cuenta que había perdido los prendedores. Se apartó el cabello y él apretó los labios. —Me voy a casa.

—¿Volverás?

Levantó la vista sorprendida y él sonrió de medio lado. —Si no vuelves, Roslyn se empeñará en regalarme otro reloj.

Sonrió sin poder evitarlo. —No creo que sea buena idea.

Él perdió la sonrisa poco a poco y asintió. —Lo entiendo. Pero no encontrarás otro trabajo donde te paguen mejor, lo sabes. Te aseguro que las cosas van a cambiar mucho. —Apretó los labios al ver que no quería mirarle y que se sonrojaba ligeramente.

—Mi prima —dijo cambiando de tema.

—Se fue poco después de que te quedaras dormida. Al verte en el sofá no quiso despertarte. Al parecer últimamente tampoco duermes muy bien y yo tampoco quise despertarte para llevarte a casa.

—El bebé se despierta cada tres horas. —Fue hasta su mesa y cogió su bolso del cajón. Al

ver los cristales miró a su alrededor confusa. Roy se alejó y entró en el baño regresando dos segundos después con la foto en la mano. —Gracias —susurró cogiéndola. La metió con cuidado en el bolso y abrió el armario para coger su abrigo. Se volvió abrazándolo como si fuera un salvavidas y forzó una sonrisa—. Adiós Roy.

—Si quieres puedo ofrecerte otro trabajo en la empresa.

—No, gracias. Pero me ayudaría que dierais buenas referencias sobre mí.

Roy agachó la mirada. —Daré la orden de inmediato.

Ella fue hacia el ascensor, pero se detuvo y se acercó a él besándole en la mejilla. Roy cerró los ojos al sentirla e iba a cogerla por la cintura cuando Lidia se alejó sin mirar atrás. Pulsó el botón y las puertas se abrieron. Entró y al volverse sonrió aliviada por haberlo aclarado todo. —Puede que cometas errores, que seas orgulloso y que tengas mala leche, pero eres el jefe. —Le guiñó un ojo. —De ti no pueden prescindir, así que no eres un empleado más. Y te aprecian. Te aprecian mucho.

—Gracias, nena.

Sonrió mientras se cerraban las puertas y le miró a los ojos hasta que las puertas se unieron. Cerró los ojos respirando hondo porque seguramente ya no le vería más. Hizo una mueca porque lo mismo había pensado las veces anteriores. Bueno, la vida podía seguir dándole sorpresas. Nunca se sabía.

## Capítulo 9

Dos días después dejó caer la mandíbula porque era cierto que la vida te daba sorpresas.  
—Como que han realquilado mi apartamento. ¿Es una broma? —La mujer carraspeó al teléfono.  
—¡He pagado la fianza y un mes por adelantado!

—En realidad no lo hemos alquilado. Hemos paralizado su alquiler porque no hemos recibido su pago.

—¿Cómo que no han recibido mi pago?

Su prima empujó el carrito hasta ponerse a su altura. —¿Qué pasa? Va a empezar a nevar y tienes todas tus cosas en la calle.

—Dice que no ha recibido mi pago. Así que el portero no me dará la llave.

—¿No hiciste una transferencia?

—Sí, pero... Clarissa déjame hablar con ella a ver si puedo arreglarlo. —Se volvió a poner el teléfono al oído. —Debe ser un error.

—Sí, el error de que su cuenta está bloqueada. He llamado a su banco y me han dicho que es así. Debería revisar su correo electrónico, señorita Weston. Le envié un mail para decírselo.

Eso sí que la dejó de piedra. —¿Cómo que bloqueada?

—No me han dado más información al respecto, como comprenderá. Deberá llamar a su banco.

—¿Me reservará el piso?

La risa de la mujer la hizo gruñir y para su sorpresa le colgó el teléfono. —¡Mierda!

—¿Qué pasa?

—Me han bloqueado la cuenta del banco. ¡Tengo todos mis ahorros allí! —Buscó en internet el número de atención al cliente.

—¿Pero por qué? —De repente sonrió. —¿Vuelves a casa? Rose estará encantada.

La miró con pena y su prima chasqueó la lengua. —Vale... Tienes que vivir tu vida. Lo entiendo, ¿sabes? No lo acepto, pero lo entiendo.

Iba a marcar cuando le sonó el teléfono. Al ver un número larguísimo sonrió. —Seguro que es el del banco. —Descolgó a toda prisa. —Lidia Weston.

—Patricia Hardy.

Al escuchar el nombre de la jefa del departamento legal de Carrington Oil frunció el ceño. —¿Patricia?

—Veo que me conoces —dijo divertida.

—Por supuesto. No he ido a firmar mi renuncia, pero...

—Precisamente por eso te llamo. Tienes veinticuatro horas para presentarte en tu puesto. Se te concedió un crédito a nombre de la empresa de veinte mil dólares que aún nos debes. Como no te presentes a trabajar y seas eficiente en tu trabajo, continuaremos con las acciones legales que hemos iniciado y embargaremos tu cuenta como cualquier emolumento que recibas en futuras empresas. —Abrió los ojos como platos. —Deberías leer tus mails.

—Sí, eso ya me lo han dicho. ¡Esto no tiene gracia! ¡Tengo mis cosas en medio de la calle!

—Los Carrington recuperan su dinero —dijo a punto de reírse antes de colgar.

Clarissa chilló y se volvió para ver que un chico le robaba la televisión. Gritó corriendo tras él y el chico cruzó la calle pasando entre los coches. Intentó cruzar, pero justo en ese momento se abrió el semáforo y los coches de Nueva York no esperaban por nadie. Cuando casi la atropellan dio un paso atrás retorciéndose el pie en una alcantarilla. Cojeando regresó hasta donde estaba su prima que hizo una mueca. —Hoy no es tu día.

—¡Encima tengo que volver! ¡Y estoy sin casa! ¡Y sin televisor! Mierda de vida... —Se volvió para coger su maleta y el ordenador portátil cuando empezó a nevar. —¡Mierda, joder! ¡Mierda! ¡Se me van a mojar las cajas!

—No tenías que haberle dicho al transportista que se fuera. —Fulminó a su prima con la mirada. —Que yo solo quiero ayudar.

—Dios, ¿y ahora que hago? —Miró a un lado y a otro.

—Lewis no está en casa. Tenía una reunión en la farmacéutica.

Se pasó la mano por la frente y estiró la bufanda que empezaba a estrangularle el cuello. Miró hacia el cielo que estaba de un gris oscuro que decía que nevaría todo el día.

—¿No tienes ningún amigo que tenga una furgoneta?

—Si lo tuviera no hubiera contratado al transportista —respondió con ironía.

—Bueno, ya que no puedo cotillear tu nuevo apartamento tengo que irme.

La miró asombrada. —¿Vas a dejarme sola?

—Tengo un bebé. Hace frío. —Se volvió como si nada empujando de su carrito para ir hacia la boca del metro de la esquina. —¡Te quiero! —gritó a lo lejos.

Gruñó haciendo una mueca. —La situación mejora por momentos.

Cinco minutos después arrastraba sus cajas para meterlas bajo el tejadillo del edificio porque ni los taxis se detenían viendo el panorama, cuando pasó un coche negro ante ella que frenó en seco y asombrada vio que era el chófer de Roy. El hombre sonrió bajando del coche. —¿Problemas?

—¿Puedes ayudarme? Tengo que volver a Upper West Side.

—Métase en el coche, señorita. Hace mucho frío.

—Gracias, gracias. Pero yo te ayudo. No sé si entrará todo en el coche.

En ese momento llegó una furgoneta de la empresa y asombrada vio como salían de ella

dos operarios. —Como ve no es necesario. Suba al coche que nosotros nos encargamos.

Aliviada y muerta de frío fue hasta el coche y abrió la puerta entrando a toda prisa. Se mordió el labio inferior viendo por la luna trasera que rápidamente lo cargaban todo en la furgoneta. De repente frunció el ceño mirando al frente. ¿Patricia había avisado al chófer de Roy para que fuera a buscarla? Eso sí que era raro. Cuando el chófer se sentó en su sitio ella preguntó —¿Quién te dio el aviso?

—Me llamaron de centralita, señorita. Como estaba libre y el señor no me necesitaba decidí venir.

—Gracias de nuevo. —Sonrió más tranquila. Patricia le había echado un cable.

—De nada. ¿Me dice la dirección?

—Sí, claro. —Se la dio rápidamente y se apoyó en el asiento para acercarse inconscientemente. Tocó algo metálico y sorprendida levantó la palma para ver que era el bolígrafo de Roy. Sonrió cogiéndolo en sus manos y lo acarició. Al parecer Roslyn no iba a dejarla desaparecer así como así. Sobre todo sin recuperar su dinero. Era insistente como ella sola. De repente recordó las palabras de Roy diciendo que en la cena nunca se había sentido así y sonrió con tristeza. —Deja de pensar tonterías.

—¿Decía, señorita?

—Oh, nada. Hablaba conmigo misma.

Se echó a reír. —Yo también lo hago mucho. Cuando se está tanto tiempo solo se vuelve una costumbre.

Perdió algo la sonrisa recordando que ella seguía sola. A pesar de tener familia se había sentido sola desde la muerte de los suyos y puede que eso no cambiara nunca. —Sí, eso es cierto. Se vuelve una costumbre.

Entró en la empresa mirando distraída el móvil porque esperaba que la de la agencia de alquileres le enviara por un milagro la confirmación del cobro del piso. Madre mía, ¿cuántos mail se podían recibir? Qué pesados eran con la publicidad, los descuentos y las felicitaciones de cumpleaños. Abrió uno de los mail y gruñó al leer que como era la semana de su aniversario tenía un cincuenta por ciento en todos los artículos de la tienda. No pensaba dar su mail nunca más en la vida. Se metió en el ascensor borrando el mail y abriendo el siguiente que era de la tienda donde había comprado el carrito del niño como regalo para el nacimiento. Le daban un descuento de cien dólares si gastaba quinientos. Hizo una mueca. Ese puede que lo necesitara para un cumpleaños o algo así. En la letra pequeña ponía que tenía una vigencia de tres días. Borró el mensaje de inmediato. Abrió el siguiente. Era del banco diciendo que su cuenta seguiría bloqueada en el día de hoy. —Sí, ya voy. Que control.

—Preciosa, ¿necesitas pasta?

Sorprendida miró hacia atrás sonrojándose al ver a Roy tras ella mirando su móvil sin ningún disimulo. Al mirar a su alrededor vio que estaban solos y se sonrojó aún más. —No, gracias.

Él sonrió mirándola de arriba abajo de una manera que le alteró la sangre. —Al parecer estás de vuelta.

—Roslyn tiene muy mala leche. —Se metió el móvil en el bolso disimulando. —Quiere su pasta.

Él reprimió la risa. —Ya conoces a los Carrington.

—Quién se ha chivado, ¿eh? —Le miró con desconfianza. —¿No habrás sido tú?

—Nena, con tus espantadas ya tendrá avisados a los de recursos humanos.

Gruñó saliendo del ascensor. —Menudo marcaje.

Él rió saliendo tras ella y Barry ya sentado tras su mesa les miró como si no se lo pudiera creer. —¿Has vuelto! —exclamó encantado levantándose.

—Qué remedio. Me han dejado sin blanca.

—Vaya, gracias por la parte que nos toca —dijo Roy pasando tras ella para ir hasta su despacho.

Se puso como un tomate. —Bueno, ya me entiendes. —Barry negó con la cabeza y ella le hizo un gesto con la mano. —Te lo explico en la comida. —Se quitó el abrigo y abrió el armario quedándose sorprendida al ver un paquete envuelto en papel rojo brillante colgado de la barra del armario con un bonito cordel plateado. Se volvió sin entender. —¿Hay algún cumpleaños de alguien del personal? No he dado mi parte.

Roy sonrió cruzándose de brazos mientras Barry se acercaba. —Es para ti, tonta. ¡Felicidades!

Sus preciosos ojos verdes brillaron de la alegría. —¿Para mí?

Los dos sonrieron asintiendo con la cabeza y como una niña tiró del cordel para coger el enorme paquete. Barry rió viéndola ir hacia su mesa y lo puso encima. —Normalmente no celebro el cumpleaños —dijo rompiendo el papel y ambos se miraron perdiendo algo la sonrisa.

—Esperamos que te guste —dijo Barry rápidamente.

Al ver el logo de Chanel en la caja se llevó una mano al pecho. —Pero...

—Vamos nena, ábrelo.

Sin poder evitarlo levantó la tapa para ver uno de los bolsos más clásicos de la firma en el color naranja de la temporada. Era tan bonito que sus ojos se llenaron de lágrimas de la emoción. —Es precioso —susurró acariciando el bordado de su piel.

Ambos hincharon el pecho satisfechos y ella les miró. —Gracias. —Lo levantó increíblemente contenta y sacó la cadena del interior revisándolo de arriba abajo. Sonrió maravillada porque nunca había tenido algo así y sabiendo que Roy había aportado mucho a ese regalo, porque era demasiado caro, chilló —¡Me encanta!

Rieron y Barry entró en la sala de descanso. —¡Ahora vengo!

Algo avergonzada miró a Roy que seguía observándola. —Gracias.

—No tienes que darlas. No sabes cómo me alegro de que te guste, nena.

Amplió su sonrisa. —Me encanta. ¿Lo he dicho ya? ¡Me encanta! Está claro que me tenéis calada porque sabíais que iba a volver.

—Aunque se haya hecho el tonto para darte una sorpresa, Barry tenía muy claro que volverías. Dice que no puedes vivir sin él y menos con la cuenta bloqueada.

Rió sin poder evitarlo y de repente escucharon el cumpleaños feliz. Ambos se giraron hacia Barry que salía con una tarta en las manos con veintisiete velas. Dejó el bolso en la caja acercándose a él que puso la tarta sobre la mesa. Se echó a reír cuando Barry desafiando le mostró el dibujo que cubría la tarta. Una chica con un vestido naranja y tacones altísimos. Hasta era rubia y tenía los dedos metidos en la boca, silbando a un taxi que pasaba en ese momento. Tenía hasta los edificios de Nueva York tras ella y la hizo reír porque podría ser ella. Al ver el bus que iba detrás con las cabezas de los hombres fuera de las ventanillas se puso como un tomate mirando a Roy de reojo que se echó a reír. —Eso no tiene tanta gracia.

—Vamos, te encanta que te miren —dijo Barry divertido.

Levantó la barbilla. —Pues sí. Lo que se van a comer los gusanos, que lo disfruten los cristianos.

—Bien dicho. Sopla las velas, nena. Pide tu deseo.

Mirando las velas lo que más deseó era tener un hijo, pero sin pareja y como se encontraba casi sería un milagro. Pero los milagros existían, ¿no? ¿Quién le diría que algún día tendría un Chanel? Cerrando los ojos deseó un bebé y sentir lo que era ser madre, aunque solo fuera una vez. Sopló todas las velas y sonrió mientras ellos aplaudían. —¿Un pedacito de tarta?

—El café está listo —dijo Barry alejándose de nuevo.

—¿Qué has pedido? —preguntó Roy dando un paso hacia ella y pasando un brazo por delante para coger una de las velitas y sacarla de la tarta sin quitarle la vista de encima. Su mirada

hizo que su corazón casi se le saliera del pecho.

—Eso no se cuenta. —Se sonrojó ligeramente.

—Es por si puedo ayudar.

Se le cortó el aliento. —¿Me ayudarías a conseguirlo?

—¡Ya estoy aquí! Mi pedazo bien grande que no he desayunado.

Roy dio un paso atrás sin dejar de mirarla a los ojos y ella algo avergonzada miró a Barry con una sonrisa en los labios. —Bien grande. ¿Quieres el autobús?

Se echaron a reír y ella miró de reojo a Roy mientras cortaba la tarta. Vale que habían hecho las paces, pero había sido muy claro, nunca había querido algo con ella. Y Barry también había sido claro, ella no era su tipo de mujer en absoluto. Pero había sentido algo en aquella cena que no había sentido nunca... Déjate de tonterías Lidia, que ya has metido la pata bastante. Ahora se llevaban bien y él le había tendido la mano para tener una relación cordial. Eso ya era muchísimo. Mejor olvidarse e intentar tener una relación de amistad. Era más seguro para su corazón.

—¿Cómo que vacaciones? ¿Me vas a dejar sola? —preguntó una semana después mirando a Barry que se mordió el labio inferior—. No fastidies. ¡Nunca te tomas vacaciones!

—Precisamente por eso. Me corresponde un mes del año pasado que con tus idas y venidas no me llegué a tomar.

—Muy gracioso.

—Amador quiere ir a ver a su familia a Colombia y suele irse un mes —dijo ilusionado.

—Yo tampoco me he tomado vacaciones.

—Jo que no. Si te has pasado más tiempo fuera que dentro.

—Muy gracioso. —Gruñó algo incómoda por quedarse sola con Roy. No es que no pudiera con el trabajo, es que le daba la sensación de que tenía que ir con pies de plomo a su lado. Durante toda la semana habían sido educados e incluso se quedaba a charlar un rato con ellos un par de veces antes de irse, pero ella se encargaba de poner una distancia prudencial para no confundir las cosas de nuevo. —¿Y cuándo te vas?

—Mañana.

—¡Mañana!

Hizo una mueca. —Es que hemos encontrado una oferta y...

—Cachis. Malditas ofertas.

Barry se echó a reír. —Estás cagada.

—Shuss. —Miró hacia la puerta. —¿Y si te oye?

—No tendrás problema con lo bien que os lleváis ahora.

Giró la cabeza mirándole. —¿Detecto cachondeo en tu tonillo?

—Es que me contaste por encima lo que hablasteis, pero no profundizaste. Y su cambio de actitud es sospechoso.

—Hemos aclarado las cosas, eso es todo. Ya te lo he dicho. Después de los malentendidos para mí es un alivio.

—Y no sabes cómo me alegra no estar en medio del fuego cruzado.

—Ja, ja.

—Lo ha dejado con esa.

Le miró sorprendida. —¿Cómo lo sabes?

—Porque no ha vuelto a llamar.

Algo en su pecho se calentó, pero simuló lo que pudo. —Por algo será, pero no te imagines cosas. Como dijiste no soy su estilo.

—Los gustos cambian.

—¿No deberías ir a hacer la maleta? —preguntó con ganas de que acabara esa conversación porque era un tema al que le daba vueltas continuamente.

La miró esperanzado. —¿Estás segura?

—Bah, es solo una tarde.

Barry se levantó y le dio un beso en la mejilla. —Eres la mejor.

—¿Me traerás algo de Colombia?

—Algo encontraré —respondió cogiendo su abrigo. Miró hacia la puerta del jefe—. Voy a avisarle.

No perdió la sonrisa hasta que entró en el despacho. Uff, un mes sola con él. Si ya volvía a sentir mariposas en el estómago cuando le veía llegar, en un mes se le caería la baba de nuevo. Y volvería a meter la pata otra vez y...

Barry salió del despacho sonriendo de oreja a oreja. —Me piro.

—Que lo pases estupendamente.

—Gracias. ¡Te llamaré!

—Lidia, ven a mi despacho.

Gimió por dentro al escuchar la voz del interfono y se levantó con el block de notas y el lápiz. Mirando la mesa de Barry sonrió porque hasta se había dejado el ordenador encendido. Entró en el despacho y dándose ánimos se acercó a la mesa. Roy miró la puerta abierta pero como no había nadie no se había molestado en cerrarla. —Es por si suena el teléfono.

Roy asintió apoyando los antebrazos encima de la mesa y cruzando esos largos dedos que cuando la habían tocado la habían vuelto loca.

—¿Estás incómoda con esta situación? —preguntó suavemente.

—¿Qué? —Sorprendida le miró a los ojos.

—Que si te incomoda estar a solas conmigo después de lo que ha pasado.

Se puso como un tomate. —No, claro que no.

—Bien. Tenemos muchas cosas pendientes que hacer. Desgraciadamente Barry me ha pedido las vacaciones en medio de la compra de las tierras en Marruecos y tendremos mucho trabajo con la reunión de accionistas del mes que viene, en donde se tratará el cierre de cuentas del año pasado.

—Lo comprendo.

—Sabes que eso suponen horas extra.

—Sí, nos quedábamos hasta tarde. —Y añadió por debajo —Aunque tú no me hablabas.

Él levantó una ceja tensándose. —Nena, si vas a recordar el año pasado cada vez que diga algo, me parece que esta relación laboral no va a funcionar. Puedo trasladarte a otro puesto con algún directivo. Te aseguro que tendrás las mismas condiciones. Comprendo que puede ser difícil para ti.

Se avergonzó de su comentario con lo que él se estaba esforzando y se sonrojó agachando la mirada. —Lo siento.

—Nena, no tienes que disculparte. A mí me costaría perdonar algo así.

Le miró sorprendida. —¡Pues entonces no te quejes!

Roy asintió muy serio y levantó el teléfono. —Llamaré a recursos humanos para...

Ella le arrebató el teléfono y colgó dejándole atónito. —¿Querías algo o no? Como sabes tengo mucho que hacer. —Miró el block preparando el lápiz y Roy levantó las cejas. Molesta le miró. —¿Quieres dejar de hacer eso?

—¿El qué?

—¡Levantar las cejas! ¡Me pone de los nervios!

Roy reprimió la risa. —Haré lo que pueda.

—Bien. —Impaciente golpeó la punta del lápiz en el block.

—Tráeme lo que tenga que firmar.

Sonrió aliviada. —Las cartas casi están listas.

La observó mientras salía y dejó la puerta abierta. A toda prisa terminó la última carta cogiendo el teléfono un par de veces y pasándole a Roy las llamadas. Él estaba hablando aún por teléfono y le dejó las cartas delante. Las firmó levantando la voz. —¿Cómo que quieren subir el precio? ¡Será una broma! ¡La negociación estaba cerrada! ¿Acaso no tienen palabra? —Firmó la última carta furioso. —¿El presupuesto? ¿De qué coño me estás hablando, Patricia? ¡Ya les hemos dado un adelanto por esos aviones de carga! Firmaron un contrato. Este es tu trabajo, joder. Hacer que cumplan las cláusulas. Amenázales con demandarles y más les vale que esos aviones me duren veinte años porque si no se les va a caer el pelo. —Colgó de golpe y vio como respiraba hondo como si intentara calmarse para decirle suavemente —¿Me traes la documentación de la aeronáutica, por favor?

Lidia entrecerró los ojos. —¿Te estás controlando al hablar conmigo? ¿Me has dicho por favor?

—¿Me la traes o no? —siseó intentando ser suave cuando sabía que quería pegar cuatro gritos.

Chasqueó la lengua saliendo del despacho y fue hacia la habitación de los archivos. Recordando lo que había pasado allí deslizó la escalera por el raíl hasta llegar a la carpeta que buscaba y dejó caer los tacones para subir las escaleras. —Lo que pasa es que hace meses que no lo catas y estás de los nervios.

—Y si coges también el expediente de la plataforma de Texas, mejor.

Casi chilla del susto y gimió roja como un tomate antes de girar la cabeza viéndole en el vano de la puerta. —¿El de Texas?

Él miró sus pantorrillas. —Sí, el de Texas —dijo con voz ronca.

Miró al frente sintiendo como su respiración se agitaba. Madre mía, ni veía lo que ponían los ficheros. Parpadeó intentando centrarse.

—¿Ocurre algo? Llevas varios segundos mirando la carpeta roja y creo que buscas la azul, nena.

¿La azul? Alargó la mano cogiendo la primera azul que pilló y estirando el brazo sin mirarle. Él se acercó y la cogió de su mano. —Te has equivocado. Espera, que te ayudo.

Sin poder evitarlo miró hacia él cuando se puso tras ella. Colocando las manos alrededor de su cuerpo, movió la escalera unos centímetros y sus manos rozaron sus muslos provocándole un estremecimiento. Se aferró a la escalera como si le fuera la vida en ello. —Esa azul, nena —dijo mirando sus ojos.

Miró al frente de nuevo y con la mano temblorosa cogió la carpeta que tenía ante ella. Intentó calmar su corazón leyendo la etiqueta antes de pasárselo.

—Gracias —dijo él con la voz enronquecida haciendo que su sangre corriera alocada por sus venas.

Sin poder dejar de mirarle vio cómo iba hacia la puerta y sin poder evitarlo sus ojos bajaron hasta su duro trasero. Cuando salió de la sala de archivos gimió dejándose caer sobre la escalera. —Está claro que necesitas sexo con urgencia cuando te pide un archivador y te quedas al borde del orgasmo.

## Capítulo 10

Afortunadamente no la llamó en el resto de la tarde, pero cuando quedaba un cuarto de hora para salir la llamó para dictarle el principio del dossier que se presentaría a los accionistas. Sentada ante él con las piernas cruzadas se preguntó por qué no lo grababa como siempre. Cuando se detuvo revisando unos papeles ella le echó un vistazo. Parecía que no sabía por dónde seguir. Como si estuviera frustrado por tener que hacer eso cuando tenía tanto pendiente y lo demostraba al mover papeles de un lado a otro exasperado. —Tacha eso.

Suspiró levantándose. —Dame. —La miró sin comprender. —Dame los papeles. Ya hago yo el dossier.

—Nena, hay muchos detalles que tienen que estar presentes y...

Ella levantó sus cejas rubias. —Puedes revisarlo cuando lo termine y añadir lo que creas conveniente.

Frunció el ceño y sin pensar más le pasó un buen montón de documentos. —Necesito revisarlo en dos semanas como mucho. Solo tenemos un mes.

—Vale. Hasta mañana.

La miró sorprendido. —¿Cómo que hasta mañana?

—Son las seis.

—Claro, tienes hambre. —Abrió una carpeta. —Pide algo para cenar que nos queda mucho por hacer, como el memorándum que quiero enviar al personal sobre el acoso sexual.

—¿Perdón? —Parpadeó sin poder creérselo.

—Está habiendo muchas demandas al respecto últimamente. ¿No lees los periódicos?

—No.

—Sí, así te ahorras muchos disgustos —dijo él por lo bajo—. Que sea china, nena. La mejicana me dio ardor de estómago la última vez.

—Será por la mala leche que tienes —dijo por lo bajo.

Roy entrecerró los ojos antes de levantar la mirada. —¿Qué has dicho?

—Quiero japonesa.

—Pues japonesa. Y una cerveza.

Hala, y no había más que hablar. Si no quería discutir, claro. Pero es que le había dicho que se quedaría si hiciera falta y al parecer él consideraba que hacía falta. Leche. Salió del despacho y dejó todo aquel montón de papeles sobre la mesa de Barry que es la que usaría para ese trabajo. La comida llegó a las siete menos veinte y preparó su bandeja llevándosela al despacho. La miró sorprendido. —¿Y tu cena?

—En mi mesa.

—¿Tengo que cenar solo?

Le miró incómoda. —Siempre comes solo.

—Mejor cena conmigo y vamos hablando sobre el memorándum del acoso sexual.

—Perfecto —siseó saliendo del despacho. Volvió con la bandeja de sushi y se sentó en su sitio, poniéndola ante ella con el block al lado. Como la silla estaba muy lejos tiró de ella. Le echó un vistazo y le vio separando los palillos como un profesional. Sonrió sin poder evitarlo—. Nunca he aprendido a hacer eso.

—¿El qué?

—Comer con palillos. —Cogió un sashimi con los dedos y se lo metió en la boca. —Así es más rápido —dijo con la boca llena.

Roy sonrió. —Nena, no lo comes bien.

—¿No? —Masticó viendo como lo hacía él. De manera experta cogió sushi y lo empapó en la salsa de soja antes de echarle un poco de wasabi. —Eso pica mucho. Luego no digas que te arde el estómago.

Él alargó el brazo. —Come.

Se le cortó el aliento y miró sus ojos. Separó sus labios acercándose y se lo metió en la boca masticando y asintiendo. Y la verdad es que estaba mucho más bueno. —Eso no lo puedo hacer con los dedos —dijo intentando aparentar indiferencia—. Me pondría perdida.

Él se levantó y asombrada vio que rodeaba su mesa. Cogió sus palillos de la bandeja y los separó. —No, si no hace falta.

—Venga, nena... ya verás como no es difícil. —Sin aliento vio como a sus espaldas la rodeaba con sus brazos y cogía su mano. —Mira, uno queda entre el índice y el corazón. El otro entre el corazón y el anular. Ahora mueve el índice para dejar que se muevan. —Nerviosa lo hizo lentamente y sorprendida vio que los podía sujetar. Él guió su mano hasta la bandeja y pudo sujetar un pedazo de sushi el tiempo suficiente como para mojarlo en la salsa. Sonriendo radiante le miró. —¡Lo conseguí!

Él correspondiendo a su sonrisa miró sus labios y se le cortó el aliento quedándose petrificada. Roy levantó la vista hasta sus ojos y carraspeó enderezándose. —Ahora ya puedes practicar.

Se sonrojó intensamente. —Sí, claro. Gracias.

Asintió regresando a su sitio y ella agachó la mirada sintiéndose estúpida. A toda prisa se quiso meter el sushi en la boca cayéndosele antes de llegar. Gruñó haciéndole reír. —Eso pasa mucho al principio.

—Genial, ahora ya no me siento tan idiota.

Él perdió la sonrisa poco a poco. —Nena, tú no eres idiota.

Sí que lo era, porque con tanta miradita lo único que estaba consiguiendo era hacerse

ilusiones de nuevo. Maldito crédito empresarial. Cogió la pieza con la mano y se la metió en la boca para decir con ella llena. —¿Y el memorándum?

Él asintió. —Por orden de presidencia...

Masticando empezó a copiar lo que le iba diciendo sin dejar de comer con la otra mano.

—Cualquier empleado de Carrington Oil que sienta acoso laboral...

—Deberías definirlo.

—Busca la definición.

Se levantó y cogió su móvil sin cortarse. Le mostró la parte de atrás para que pusiera la huella dactilar y él lo hizo divertido. En internet buscó la definición. —El acoso laboral o mobbing es la acción de un hostigador o varios hostigadores que conduce a producir miedo, desprecio o desanimo en el trabajador afectado. —Se sentó perdiendo parte del color de la cara y Roy se tensó. —Es una violencia psicológica que se produce de manera sistemática a lo largo de semanas, meses e incluso años por compañeros o superiores. Esta situación prolongada en el tiempo puede provocar enfermedades psicológicas e incluso el suicidio —dijo perdiendo la voz. Dejó el móvil sobre la mesa—. Deberíamos poner la definición para que la gente sepa lo que es.

—Sí, deberíamos.

—¿Te importa si el resto lo dejamos para mañana? —Se levantó casi sin color en la cara. —Me duele algo la cabeza.

Roy apretó los labios asintiendo. —Sí, nena. No pasa nada. Podemos hacerlo mañana.

—Buenas noches. —Caminó hacia la puerta y pensando en ello fue hasta su mesa. Gimió al ver que tenía que apagar los ordenadores y cuando estaba apagando el de Barry vio que Roy estaba observándola desde la puerta con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. —Oh, no he recogido mi bandeja.

—No pasa nada.

—Ahora lo hago y...

—¡Nena, vete a casa! —Pálida asintió apagando su ordenador mientras él se acercaba muy tenso. —Joder, ¿me tienes miedo?

Le miró sorprendida. —No, claro que no.

—¿Has sentido terror a mi lado? ¿Miedo?

—No —respondió casi sin voz sin ser capaz de mirarle.

—¡Mírame, Lidia! —Se enderezó dejando el ratón y mirándole a los ojos. —Te comportas como si yo hubiera hecho eso.

—No he dicho nada. Pero es cierto que lo has hecho. Me despreciabas, Barry me decía continuamente que no hacía bien mi trabajo y fue cosa tuya. Me hostigabais. Eso es acoso laboral por mucho que ahora las cosas hayan cambiado entre nosotros. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Queríais que me fuera. Lo reconociste.

Nervioso se pasó la mano por el cabello. —Joder, nena. Me he disculpado.

—El problema es que por mucho que te disculpes el pasado no puede borrarse. —Cogió su bolso. —Aunque me alegro mucho de que todo haya cambiado, te lo aseguro. —Forzó una sonrisa. —Hasta mañana.

Roy apretó los labios viéndola ir hacia el ascensor. —Si no tuvieras que pagar ese crédito no volverías mañana, ¿verdad?

—Esa pregunta está de más, ¿no crees?

Él dio un paso hacia ella. —No parecía que te afectara tanto. Cuando nos acostamos...

—¿Por qué le das tantas vueltas? —gritó volviéndose—. ¡Déjalo ya!

—¡No lo dejo porque tú no dejas de recordarlo!

Entonces sintió que la furia la recorría y se acercó a él dejando el bolso sobre la mesa. —¿Quieres saber qué sentí? ¿Cómo lo viví?

—Sí, nena. Quiero saberlo. No sabes cómo quiero saberlo.

—¡Pues me moría por venir a trabajar todos los malditos días! —le gritó a la cara sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas—. ¡Porque sabía que así te vería, aunque ni me dirigieras la palabra! ¡Intentaba ignorar las burlas de Barry, los desplantes y todo lo demás con tal de verte! —Roy palideció. —¡Y estuve así meses hasta que llegó ese desmayo y decidí ser directa porque veía que solo perdía el tiempo! —Sonrió con tristeza. —¡Pero fue una idea pésima porque te lo tomaste fatal a pesar de que cuando creías que no miraba sabía que me observabas! ¡Me deseabas! Niégalo si te atreves.

—No, nena. No voy a negarlo.

—¡Aprovechaste tu supuesta necesidad de que me fuera para meterte entre mis piernas! ¡No tenías huevos para decirle a Barry que me deseabas y diste esa excusa! ¡Te aprovechaste de la situación cuando sabías que a mí me gustabas! —Una lágrima cayó por su mejilla de la rabia. —  
¿Porque qué otra razón tendrías para acostarte con tu secretaria? —preguntó con desprecio—. ¡Como dice Barry, a ti te van más las pijas como Roslyn, como esa abogada con la que sales! Yo no era suficiente. ¡Visto fatal, soy demasiado directa y no tengo tu nivel social! Valía para un polvo, pero para nada más, ¿verdad? ¡Tú no caerías en el cliché de que supieran que tenías algo con tu secretaria! ¡Te vino de perlas la excusa de querer sonsacarme! Por eso no me llamaste en tu viaje a Marruecos. ¡No podía hacerme ilusiones! ¡Por eso no me miraste al entrar! ¡Querías dejarme claro que jamás sería importante en tu vida y la confesión de Barry te vino fatal porque te quedaste sin amante para usarme cuando te viniera en gana! ¿Cómo me sentí? Cuando Barry me dijo la verdad me sentí como una mierda —dijo desgarrada—. ¡Me hiciste dudar de mí misma y de lo que soy! ¡Me sentí ridícula porque ahí me di cuenta de que nunca sería importante para ti por mucho que lo había intentado! ¡Así que imagínate cuando descubrí que estaba embarazada! —gritó angustiada—. Ni me dio tiempo a digerirlo cuando el ginecólogo me dijo en la primera ecografía que el feto estaba muerto. No había latido —susurró—. Pero no tenía que terminar ahí y ahora tendré que pagarlo el resto de mi vida. ¿Cómo me siento? Me siento muerta por dentro cada vez

que recuerdo que jamás seré capaz de ser madre por mí misma. Así me siento. —Sonrió irónica. —¿Crees que he pagado caro mi descaro, como me dijiste aquella vez antes de follarme contra la estantería? Yo creo que lo he pagado con creces.

Pálido dio un paso hacia ella e intentó tocarla. —Nena...

—¡Ni te atrevas!

Le miró asombrada consigo misma porque estaba deseando su contacto e intentó calmarse. —El pasado no debe removerse, Roy. Déjalo estar. Tu sigue con tu vida y yo estaré en esta empresa el tiempo necesario para acabar con el puñetero crédito. Después seguiré con mi vida como has hecho tú desde hace meses. Por eso te pido por favor que vuelvas a ser el Roy que me hablaba de manera formal y casi no me dirigía la palabra si no era estrictamente necesario. Te lo ruego de veras.

Roy asintió sin dejar de mirar esos preciosos ojos verdes torturados de dolor. —Buenas noches, señor Mitchell.

Cogió su bolso y caminó hacia el ascensor. La puertas se abrieron y él susurró —Lidia, no sabes cómo lo siento. Daría cualquier cosa para cambiar el pasado.

Cerró los ojos y sin volverse pulsó el botón del bajo mientras las lágrimas caían por sus mejillas.

Después de toda la noche sin dormir se levantó agotada y se moría por dentro por tener que ir a trabajar. Afortunadamente era viernes y podría descansar en el fin de semana. Intentando animarse se puso un vestido amarillo debajo de su abrigo verde y cuando llegó al trabajo después de tomarse un café doble se sentía mejor. Para su sorpresa Roy llegó al trabajo y diciéndole buenos días de manera muy formal entró en su despacho sin dirigirle la mirada. Fue un alivio no tener más numeritos. Trabajaron de manera profesional el resto del día y ella simuló que no veía

que también tenía ojeras como si no hubiera descansado. No le pidió que se quedara más tiempo del necesario y al salir a las cinco tuvo que ir a su despacho para despedirse. Llamó a la puerta y abrió cuando le dijo —Me voy, señor Mitchell.

Él estaba de espaldas a ella con el sillón girado hacia la ventana. —Bien, Lidia. Buen fin de semana.

—Buen fin de semana —susurró antes de cerrar de nuevo. Se mordió el labio inferior sin saber por qué se sentía mal y fue hasta su mesa cogiendo su bolso. Miró hacia la puerta sintiendo no poder llevar la relación que habían tenido esas semanas, pero para su corazón era mejor así. Era más seguro.

Una semana después estaba contestando al teléfono cuando vio otra llamada en espera. —Sí, señor Flaubert. El día seis a las cuatro de la tarde. La cita está apuntada, no debe preocuparse. —Colgó el teléfono contestando de inmediato —Despacho del señor Mitchell, al habla Lidia.

—Soy Alice Maynor. Pásame con Roy ya.

¿No lo habían dejado? —Enseguida, señorita Maynor. —Pulsó el botón del interfono. —¿Señor Mitchell? Alice Maynor por la línea cuatro.

—Gracias. —Se mordió el labio inferior e iba a colgar el teléfono, pero algo en su interior se lo impidió. —Alice, qué sorpresa —dijo encantado haciéndola entrecerrar los ojos.

—¿Le ocurre algo a tu móvil? No respondes a las llamadas.

—¿En serio? ¿Cuándo me has llamado?

—Esta mañana tres veces.

—Lo tenía en modo reunión. Lo siento.

—Tenemos que vernos. Cuanto antes.

—¿Ocurre algo? Pareces cabreada.

—¡Será porque mi novio no ha aparecido en semanas!

—Alice, bastantes problemas tengo.

—¡Pues lo siento! ¡Pero habíamos llegado a un trato y no has cumplido!

¿Un trato? Frunció el ceño tapando bien el auricular. —Necesito que me acompañes a una cena esta noche.

—No puedo ir. Estoy hasta arriba de trabajo.

—¿En serio quieres que hable con Carrington sobre lo que me dijiste?

—¿Eso no sería faltar a tu palabra de cliente abogado? —preguntó tensándose—. Alice no me jodas.

—Si no me cubres a mí yo no pienso cubrirte a ti. No te lo digo más. Ya he tenido bastante paciencia, Roy. Esta noche.

Colgó el teléfono de golpe y le escuchó jurar por lo bajo antes de que colgara su teléfono. Pensativa colgó su auricular. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Esa tía le chantajeaba? ¿Y qué le había dicho de los Carrington para que a él le asustara?

La puerta se abrió de golpe y Roy salió poniéndose el abrigo. —Llama a mi chófer.

—Sí, señor Mitchell —susurró viendo cómo iba hacia el ascensor. Avisó a su chófer viendo como esperaba impaciente el ascensor antes de salir de allí a toda pastilla. Uy, uy... aquello no tenía buena pinta. ¿Pero cómo se iba a enterar de lo que estaba pasando? Miró hacia su despacho dándole vueltas durante unos minutos y levantó el teléfono de nuevo—. Peter, ¿el señor Mitchell ya se ha ido?

—Sí, acaba de montar en su coche.

—No pasa nada. Le llamaré al móvil. Gracias. —Colgó el teléfono y a toda prisa fue hasta su despacho. Abrió el primer cajón haciendo una mueca al ver la caja de preservativos intacta. —

No sé para qué los tiene aquí si no los usa. —Exasperada revolvió el cajón por dentro pero no había nada fuera de lo común. Abrió cada cajón buscando cualquier documento que le llamara la atención, pero nada. De repente se enderezó. Claro, no podía tenerlos allí porque serían una prueba. Alice era abogada, así que si había algún documento comprometedor lo tendría ella o Roy lo tendría en su casa. Se aseguró de que el cajón estaba como antes y lo iba a cerrar con cuidado cuando se detuvo al ver una pestaña en el fondo. Sin aliento sacó todo del cajón para abrir la pestaña y encontró una agenda. Eran todas sus claves bancarias. Incluso estaban las claves de sus tarjetas de crédito. A toda prisa se sentó en su sillón mirando hacia la puerta y abrió la primera cuenta. Para alguien de su posición le extrañó que solo tuviera veinte mil, pero como había cuatro cuentas más siguió revisando saldos. En todas las cuentas había veinte mil dólares. Frunció el ceño porque no tenía planes de pensiones ni fondos de inversión. ¿Qué hacía con el dinero? Ganaba cincuenta mil al mes más beneficios. Su sueldo estaba en la documentación para el dossier de accionistas. Se mordió el labio inferior cerrando la última cuenta. Revisó la libretita, pero no había nada interesante. Con cuidado la puso en su sitio. Puede que tuviera otra cuenta a donde desviara el dinero. Se aseguró que todo estuviera en su lugar antes de salir del despacho cerrando la puerta. Preocupada se sentó en su sitio. Estaba claro que Alice le presionaba con algo que afectaba a los Carrington para amenazarle con ellos. Y Roy hacía unos meses estaba furioso con ella y estaba segura de que con sus jefes también. Eso la hizo decidirse porque se lo debía. Había estado ahí cuando la había necesitado. Se sentía entre la espada y la pared, pero debía ser racional. Levantó su teléfono móvil y sin pensarlo más buscó el número antes de ponérselo al oído.

—Vaya, vaya, menuda sorpresa. ¿Cómo va todo por Nueva York?

—Roslyn, tenemos que hablar.

Su jefa se quedó en silencio. —No sabía por qué, pero esperaba esta llamada. Cuéntame qué ocurre.



## Capítulo 11

Cuando regresó estaba furioso y ella le observó de reojo de la que entraba en su despacho sin decir una palabra, pero el portazo que dio al entrar fue suficiente indicativo de que se lo llevaban los demonios. ¿Qué tendría esa tía contra él para presionarle? Muerta de curiosidad cogió el borrador del informe de la junta de accionistas y fue hasta su despacho entrando sin llamar.

Él se estaba quitando el abrigo. —¿Ya no llamas a la puerta?

—Es perder el tiempo —dijo resuelta—. ¿O me ibas a decir que no pasara?

Frunció el ceño al verla acercarse desenvuelta y más aún cuando dejó el borrador sobre la mesa. —¿Qué coño es eso?

—Lo que me encargaste para la junta. —Puso una mano en la cadera. —Listo.

—¿Cómo que listo? ¿Ya lo has hecho?

Se miró las uñas. —Este fin de semana me aburría. Como llovía tanto no salimos. — Chasqueó la lengua. —Una lata.

La miró como si le hubieran salido cuernos. —¿Salimos? ¿Quiénes?

—Mi grupito. —Sonrió de oreja a oreja. —Mis amigos. Últimamente los tenía algo abandonados, pero me he puesto las pilas.

—Me alegro mucho —dijo entre dientes sentándose en su sitio con ganas de tirar el sillón por la ventana.

—Gracias. ¿Lo lees ahora?

—Hay tiempo. Tengo otras cosas que hacer.

—Te he dejado algunas cosas apuntadas a un lado por si quieres añadirlas. Si no quieres solo tienes que quitar el post-it. —Abrió la primera hoja tirando de la hojita rosa y despegándola. —Así. Lo que quieras añadir lo dejas. —Lo pegó de nuevo. —Así.

Él gruñó por dentro. —Lo he cogido.

—Vale. —Sonrió radiante. —¿Estás bien?

Roy se mosqueó. —¿Te has tomado algo? Alguna medicación o...

Rió con gracia. —¿Crees que la necesito? Cambiando de tema, te ha llamado Patricia por lo de las tierras de Marruecos. Arreglado.

—¿De veras? Ponme con ella.

—Me ha preguntado que dónde estabas.

—No es asunto suyo.

—Pues a mí me gustaría saber a dónde vas por si hay una emergencia. A Barry se lo dices. Te he oído mil veces decir me voy al gimnasio, me voy a comer al tal, me voy a casa, me voy a...

—¡Lidia!

Parpadeó interrogante y él intentó contenerse. —La próxima vez te diré dónde voy, ¿de acuerdo? Pero aun así puedes llamarme por teléfono.

—¿Y si no hay cobertura?

—¡Pues te esperas!

—¿Ves como no estás bien? —Dio un paso hacia la mesa. —¿Qué ocurre?

—¿Me estás interrogando?

—¡No, es que me parece muy sospechoso que te haya llamado esa Alice y salgas corriendo!

Se la quedó mirando de una manera que se sonrojó. Entrecerraba los ojos mirándola fijamente como si fuera un objetivo. —Nena, ¿estás celosa?

—¿Celosa yo? —preguntó indignada—. Vamos, hombre. Lo que me faltaba por oír. —Se cruzó de brazos. Nada, que no le sacaba nada. —Mejor me voy a trabajar. Estás muy misterioso tú.

—¿Yo? —Con cara de pasmo vio cómo iba hacia la puerta. —¡Si no hago más que trabajar!

—¡Ya! —Cerró la puerta de golpe y gruñó regresando a su mesa. Iba a ser más difícil de lo que pensaba.

A la hora de salir fue hasta su despacho y entró sin llamar con el abrigo puesto. Él estaba concentrado en su dossier y se acercó poniéndose a su lado. Vio como quitaba un post-it. —Esto está muy bien —dijo él sin dejar de leer.

—¿De verdad? Pues no me ha costado nada. Son las cinco. Me largo.

Levantó la vista sorprendido. —¿Ya?

—Tengo clase de zumba.

Se dio la vuelta, pero él la cogió por la parte de atrás del abrigo rojo que llevaba ese día. Sorprendida se volvió para verle sonreír y su corazón se sobresaltó. —¿Querías algo?

—No estoy saliendo con ella.

Lidia se sonrojó ligeramente. —¿Ah, no?

Roy se levantó acercándose a ella y se puso muy pero que muy nerviosa al sentir el aroma de su after-shave. —¿Te importaría si lo hiciera? —preguntó con voz ronca.

—Pues... No es problema mío. —Él cogió un mechón de su pelo y lo acarició entre sus dedos. —Roy, ¿qué haces?

—Intentar arreglar las cosas —susurró acercándose peligrosamente—. Me gustaría

arreglar las cosas. —Lidia se inclinó hacia atrás con los ojos como platos a medida que se aproximaba y Roy sonrió haciendo que se derritiera por dentro. —Preciosa, sí que eres flexible. Esas sesiones de zumba deben ser buenísimas. —La cogió por la cintura pegándola a él.

—Hoy es mi primera clase —farfulló impresionada.

—Pues entonces no las necesitas —susurró con la voz enronquecida antes de mirar sus labios como si quisiera devorarla—. ¿Te gustaría, nena? Ahora será totalmente distinto. Te lo prometo.

—¿De verdad? —Él acarició su espalda hasta llegar a su nuca y cerró los ojos por el estremecimiento que recorrió su columna. Sentirle era lo mejor del mundo y más aún cuando sus labios rozaron los suyos.

—Me vuelves loco. —Atrapó su boca y enlazaron sus lenguas desesperados por sentirse. Bebieron el uno del otro como si estuvieran sedientos e impaciente Lidia tiró de su chaqueta hacia atrás para acariciar su duro pecho mientras él llevaba sus manos a su trasero elevándola y sentándola sobre el escritorio.

Desesperados por tocarse intentaron desnudarse el uno al otro, pero impacientes porque no lo conseguían se apartaron mirándose a los ojos con las respiraciones agitadas. —Muy bien, será mejor que vayamos al grano.

—Nena...

—Algún día tendríamos que acostarnos en una cama —dijo acariciando su pecho.

Él sonrió cogiéndola por la nuca y elevando su rostro. —Podríamos esperar.

—Sí, claro. —Atrapó su boca y Roy impaciente la cogió por el interior de las rodillas abriendo sus piernas.

Ella apartó sus labios. —Las medias.

Roy juró por lo bajo llevando sus manos hasta su cintura y bajándolas de un tirón. Jadeó cuando escucharon como se rompían. —¡Roy!

—¿Muy brusco?

—Da igual, estaban de oferta. —Le besó de nuevo y gimió abrazando su cuello cuando sintió como apartaba sus braguitas para acariciar su sexo.

Él apartó la boca. —Espera, nena... El preservativo.

Esa frase fue como un jarro de agua fría y Lidia se tensó entre sus brazos. Roy se dio cuenta de inmediato y se detuvo en seco. —¿Lidia? —La cogió por la barbilla para elevar su rostro y apretó los labios al ver que forzaba una sonrisa. Él besó su mejilla subiendo por su sien antes de abrazarla. —No hay prisa. Lo solucionaremos, ya verás. Hay un médico en Luxemburgo especializado en este tipo de problemas y...

Sorprendida se apartó. —¿De qué hablas?

—He leído mucho sobre lo que te ocurre y es el mejor. Solo tenemos que pedirle cita y como sabe que vamos desde los Estados Unidos está dispuesto a hacernos un hueco cuando sea. Puede operarte cuando queramos. —Sus ojos se llenaron de lágrimas de la emoción al escucharle porque le importaba y sin poder evitarlo le abrazó con fuerza. Él la apretó contra su cuerpo. —Sé que has sufrido mucho, pero esto lo puedo arreglar. Este doctor que tiene un nombre impronunciable es una eminencia.

—Me operan dentro de tres semanas.

A Roy se le cortó el aliento apartándose. —Nena, ¿de qué hablas?

—Me operan aquí en Nueva York en tres semanas.

—Ah, no. ¡No voy a dejar que nadie meta mano ahí si no es el mejor!

Sonrió sin poder evitarlo. —Es muy bueno, de verdad. Entra dentro de mi seguro actual y me han hablado muy bien de él.

—¡Me da igual! ¡El de Luxemburgo es mucho mejor!

—Ya tengo cita y la semana que viene me hacen el preoperatorio en el Sinaí. Pienso

operarme con él. El doctor Robbins me ha dado muchas confianzas.

—¡No tiene que darte confianzas! ¡Tiene que dar resultados y el mío los da! ¡Cuatro mil niños han nacido gracias a él, no te digo más!

Reprimió la risa. —El doctor Robbins no debe ser tan viejo.

—Nena...

Se miraron a los ojos y su corazón casi estalla en su pecho al ver que estaba preocupado.  
—Todo va a salir bien. Lo sé.

Él acarició su nuca. —¿Estás segura?

—Sí. Con él me siento más tranquila. Me ha dicho que aislando la trompa afectada o algo así puedo llevar una vida normal. —Sus ojos brillaron. —Podré tener hijos por mí misma. Me vio ayer por la tarde y me dio la noticia después de hacerme las pruebas.

Asintió dando un paso atrás carraspeando antes de pasarse las manos por su cabello negro para arreglarse. —¿Salimos a cenar?

Sonrió ilusionada porque era cierto que quería intentarlo. —Pero esta vez elijo yo.

Roy rió por lo bajo. —Te recojo en dos horas.

Le guiñó uno ojo bajando del escritorio. —Hecho. Cielo, ponte vaqueros.

Se acercó a él y le dio un rápido beso en los labios, pero él la agarró por la cintura profundizando el beso hasta dejarla sin aliento. Cuando él se apartó se tambaleó a la derecha. Roy rió. —Nena, ¿estás bien?

Apartó un mechón de cabello del hombro. —Muy gracioso. Te vas a enterar.

—Estoy deseando ver lo que se te está ocurriendo.

Sonrió maliciosa yendo hacia la puerta. —No te retrases.

—Ni se me ocurriría.

Corrió hasta su habitación con la toalla rodeando su cuerpo. ¿Cómo se le había ocurrido detenerse en un par de tiendas el día de la cita más importante de su vida? Se sentó en la cama y empezó a enrollar la media cuando escuchó el timbre de la puerta. Con los ojos como platos gritó —¿Quién es?

—El pesado de tu jefe.

Gimió cerrando los ojos y se levantó de golpe. —Muy bien, plan b o pensará que eres idiota. —Se quitó la toalla de la cabeza y la que rodeaba su cuerpo y las tiró al baño de la que corría hasta el salón. Se apartó el cabello del hombro con un golpe seco antes de apoyar la mano en el marco de la puerta y abrir con la otra. La cara de Roy fue un poema porque era obvio que no se lo esperaba, dejando caer el ramo de rosas rojas que llevaba en la mano. Lidia sin perder la sonrisa se lo comió con los ojos de arriba abajo. —Esos vaqueros te sientan muy bien, jefe — dijo seductora.

—Pues a mí me encanta lo que llevas puesto tú.

Se echó a reír cuando dio un paso hacia ella cogiéndola por la cintura, metiéndola en casa y cerrando la puerta con el pie antes de besarla apasionadamente. Él se apartó de golpe diciendo —Esta es la mejor cita de mi vida.

—Pues acaba de empezar. Todavía te queda mucho por descubrir.

—Lo estoy deseando.

Fueron las tres semanas más maravillosas de su vida. Pasaban el día juntos trabajando como un tándem perfecto y por la noche se amaban porque Lidia no podía llamarlo de otra manera. Se sentía amada por él. Con pequeños gestos demostraba continuamente que le importaba y para ella era más que suficiente. Nunca había sido tan feliz y se reflejaba en su rostro. Hasta fue

con ella a las pruebas preoperatorias haciendo mil preguntas. Lidia se enteró de que había preguntado por su doctor por ahí y se había quedado más tranquilo. Pero la operación coincidía tres días después, el día de la junta de accionistas. Cuando se lo dijeron en el hospital se quedó lívida y él acarició su espalda cogiendo los papeles que le daban en administración.

—Roy...

—Nena, lo solucionaré.

—¿Cómo vas a solucionarlo? Ya están todos avisados. —Forzó una sonrisa. —No hace falta que vengas. Mi prima me acompañará.

—Ni hablar. Encontraré la manera, ya verás —dijo preocupado.

Se detuvo antes de salir del hospital y le cogió del brazo. —Es el día más importante del año, donde demuestras que eres el presidente que necesita la empresa. Vas a mostrar tus resultados por lo que has trabajado tanto. No puedes perderte esa reunión.

—¿Y si estuviera enfermo? Los resultados están ahí igualmente.

—En tu posición no puedes ponerte enfermo y lo sabes. Habría rumores y las acciones caerían. No puedes perderte esa reunión. —Roy apretó los labios, pero ambos sabían que tenía razón. Sonrió sin darle importancia y cogió su brazo. —Vamos, tenemos mil cosas que hacer.

Estaban de vuelta a la empresa y vio como Roy pensativo miraba por la ventana. Le cogió de la mano y él la miró sonriendo. —Ya queda menos, nena. —Se acercó y la besó en los labios. —En cuanto te recuperes nos iremos de vacaciones.

—¿De veras? ¿Y a dónde iremos? —Abrió los ojos como platos. —¿A México? ¡No, a Brasil! ¡A China!

Él se echó a reír. —No sé si nos dará tiempo a todo. Prometo sorprenderte.

—¿De verdad? —Enamorada le miró a los ojos. —Eres el mejor novio del mundo.

—Tú sí que eres la mejor. Eres la persona menos rencorosa que conozco y te entregas de

corazón.

—Me entregaría a ti mil veces —dijo maliciosa haciéndole reír—. Llévame a un sitio donde tenga que llevar solo bikini.

—Uhhh, ese plan me gusta más y si estás desnuda mejor.

—Suena perfecto. —Le besó suavemente en los labios y el coche frenó ante la empresa. —  
Vuelta a la cruda realidad.

—Cielo, si quieres irte a casa. Es viernes... Barry se encargará.

—Ni hablar. Que si me quedo en casa no hago más que pensar y eso no me ayuda nada.

Él asintió saliendo del coche y le tendió la mano para salir cuando vio como su novio se detenía en seco al ver a una rubia con un traje carísimo y una cartera de piel ante la puerta. La reconoció por las noticias. Era Alice Maynor y a pesar de ser preciosa tenía una cara de mala leche que no podía con ella. —Nena, espérame dentro.

—¿Qué quiere esa?

—Lidia, por favor... Sube. Yo voy ahora.

Apretó los labios pasando al lado de la mujer, que la miró levantando una ceja mientras observaba su abrigo azul de manera irónica. —¿Me has dejado por ese esperpento? —preguntó irónica.

Asombrada se volvió para decirle cuatro cosas para ver como Roy la cogía del brazo. —  
¿Se puede saber qué haces aquí?

—¡Venir a verte ya que ni me llamas ni sé nada de ti!

Ni se dieron cuenta de que no había entrado en la empresa porque ambos se volvieron seguramente para que no les vieran discutir desde la puerta, así que dio un paso hacia ellos. —¡Ya te dije lo que había! ¡No puedo hacer lo que me pides!

—¡Yo lo hice por ti! ¡Me lo debes!

—No pienso hacerle daño a mi mujer por cumplir una promesa absurda. —A Lidia se le cortó el aliento dando un paso más hacia ellos.

—Te ayudé cuando me lo pediste.

—Fue un negocio, Alice. Me echaste una mano y eso es lo que se hace cuando se tienen amigos.

—Y como amigo me vas a echar un cable. ¡En el bufete están a punto de echarme!

—¡Pues pide el favor a otro!

Le miró como si no le conociera. —Debería hablar con Carrington para dejarte con el culo al aire por traidor. ¡No tienes palabra! ¡Llevo meses esperando a que me ayudas!

—¿Traidor?

Ambos se volvieron sorprendidos y Roy juró por lo bajo acercándose. —¿No te he dicho que subieras?

—Ya, pero suelo hacer lo que me viene en gana. —Se enfrentó a Alice que parecía a punto de llorar. —¿Qué es lo que te debe? ¿En qué quieres que te ayude? —Se sonrojó y miró de reojo a Roy que tenía el rostro tallado en piedra. —¿Qué es eso que si Carrington supiera le dejarías con el culo al aire?

—Alice...

La advertencia de su voz hizo que le mirara. —¿No confías en mí?

—Esto no tiene nada que ver contigo.

Alice levantó la barbilla. —Ya que por su culpa me has dejado tirada, debería saberlo. — La miró impaciente. —Soy lesbiana.

Levantó las cejas sorprendida antes de mirar a Roy que gruñó impotente. —¿Y?

—En el bufete ha habido rumores por una empleada... desleal. La política no escrita de los socios no comulga con mi tendencia sexual.

Abrió la boca entendiendo. —Comprendo. Necesitas un novio de pega.

—¿Esto no es un favor! ¡Me lo debe! Siento si ahora está saliendo contigo, pero cuando se da la palabra es para cumplirla. ¡Empezamos a salir y me dejó a la tercera cita! Si hubiera aguantado un poco más... ¡Mis jefes ni se han llegado a enterar de que he salido con un hombre!  
—dijo indignada.

—¿Y qué pensabas decirle a Carrington que a él pudiera interesarle?

—Alice...

Ambas miraron a Roy que estaba muy tenso. —No lo vas a hacer, ¿verdad?

—No. No voy a hacerlo porque ahora ella está en mi vida. ¡Y por su cara veo que está a punto de ceder, pero no pienso poner en peligro mi relación por esta charada! ¡Estoy harto de tus amenazas!

Alice le miró con rabia. —¡Puede que para ti sea una charada, pero estamos hablando de mi futuro! ¡He trabajado muchísimo para llegar hasta el puesto que ocupo y me lo prometiste! Tú lo has querido.

—¡Alice!

—Cielo, ¿qué ocurre con los Carrington? —Él la cogió del brazo tirando de ella hacia la empresa. —¿Qué estás ocultando?

—Hablemos arriba. Bastante nos están mirando ya.

Al mirar hacia la puerta vio al portero que se apartó en cuanto se dio cuenta de que le habían visto. —Estupendo, en una hora todos los empleados dirán que hemos tenido una escenita ante la empresa con mi antigua novia —siseó Roy entre dientes—. Y dirán que tú eres la nueva.

—¿Y qué si lo dicen? ¿Soy tu novia o no?

—Al parecer voy a tener que cambiar la regla de que no se pueden tener relaciones con los subordinados

Jadeó indignada. —¿Eso existía?

—Sí, nena. Existía.

Entró en el ascensor. —Pues sí, cielo... cámbiala porque sino dirán que eres tonto. —La fulminó con la mirada y ella forzó una sonrisa. —Lo digo para ayudar.

—¡No me ayudas!

—¡Oye, que yo no tengo la culpa de que no cumplieras!

Uno de sus empleados abrió los ojos como platos mientras las puertas del ascensor se cerraban. —¡Estupendo, Lidia! ¡Ahora no cumplo en la cama!

—¿Crees que pensarían eso?

—¿Tú qué crees? —gritó furioso.

—Cariño estás muy tenso. Esta noche te doy un masaje. Al final no me dio tiempo a ir a clases presenciales, pero he visto un cursillo en internet... —Soltó una risita. —Da unas ideas estupendas. Sobre los Carrington...

Él nervioso se pasó la mano por la nuca y las puertas se abrieron. —Tengo que hablar con Robert cuanto antes.

Dispuesto a salir se detuvo en seco al ver a los guardaespaldas de los Carrington ante la puerta de presidencia y Roy apretó los labios. Preocupada le miró. —Cariño, ¿no venían el lunes antes de la reunión?

—No pasa nada. Ponte a trabajar. —Caminó hacia su despacho con paso firme y uno de los guardaespaldas abrió la puerta para que pasara y le escuchó decir —Roslyn, qué sorpresa. ¿No ha venido tu padre?

—Me he adelantado yo para hacer unas compras y aprovechar el fin de semana. Te veo bien, Roy...

La puerta se cerró y Lidia se mordió el labio inferior mirando a Barry, que muy moreno y

recién llegado de las vacaciones parecía que no se enteraba de nada.

Preocupada dejó el bolso sobre la mesa y Barry levantó una de sus cejas castañas interrogante. —Luego te lo cuento. —Se quitó el abrigo y fue hacia la puerta a toda prisa. El guardaespaldas la abrió y Roslyn sentada en el sofá se levantó. —Que bien te veo, Lidia. Estás guapísima. ¿Verdad, Roy?

Muy tenso no contestó mientras Roslyn sorprendiéndola se acercó dándole un beso en la mejilla. —Hora de la verdad.

—¿Ya sabes...?

La advirtió con la mirada antes de alejarse. —Bueno, os preguntaréis qué hago aquí antes de la reunión.

—Es tu empresa. No tengo que preguntarme nada —dijo Roy muy tenso.

Roslyn se echó a reír. —Debo reconocer que me has sorprendido, Roy. Y mucho. No suele pasarme. He leído el dossier de la junta y es brillante.

—Lo ha hecho Lidia.

Chasqueó la lengua. —Cuando la contraté sabía que tenía mucho potencial. —Le guiñó un ojo sentándose de nuevo en el sofá y cruzando las piernas. —Esperábamos esos resultados cuando te dejamos al mando. Así que entenderás que no me refería al dossier cuando he dicho que me has sorprendido. —Sonrió maliciosa. —Este último año he aprendido mucho.

—¿No me digas?

—Sí, he aprendido a dejarme llevar por mi instinto. Sobre todo después de que pasara lo del reloj. —Sonrió divertida. —Aunque antes era más fácil.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Claro que sí. Mi padre te conoce muy bien. Yo no tanto claro, pero él... Te tiene muy bien calado. En cuanto le conté el episodio que había sucedido aquí en mi última visita, me dijo

que mantuviera los ojos abiertos porque no eras un hombre que le gustaba quedarse con el golpe. Que te revelarías de una manera u otra. No te gusta la autoridad. Solo aceptabas las órdenes de mi padre porque todo lo has aprendido de él. Por eso no soportas que yo sea la que te de las órdenes, ¿verdad Roy?

—Es lo que hay.

—Y por eso decía lo del instinto. Después de esa advertencia de mi padre necesitaba a alguien que mantuviera los ojos bien abiertos por si había algo que pudiera afectarnos. Y ya había dejado a Lidia en ese puesto.

Roy apretó los puños. —Ella no te ha ayudado.

Se echó a reír. —Claro que sí. Y más de lo que se imagina. —Se sonrojó con fuerza y Roy la miró como si no pudiera creérselo. —Ella me llamó de inmediato cuando esa... abogaducha te amenazó. Conociéndote, debía haber algo gordo para que te alterara tanto.

—No sabes de lo que hablas —dijo con desprecio.

—¿No? ¿Entonces los rumores que corren sobre ella por todo Nueva York sobre sus inclinaciones sexuales y que está a punto de perder su trabajo, no son ciertos?

Lidia la miró asombrada. Siempre había pensado que era lista, pero era mucho más que eso para haber llegado hasta esa conclusión solo por una llamada suya. Roslyn sonrió. —Me da la sensación de que tú no has cumplido con lo que ella te exigía, ¿no es cierto, Roy?

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Tengo una amiga del colegio que es la hija de uno de los socios del bufete donde trabaja. Solo pregunté por ella y puf... salió el rumor. Y claro, cómo iba a ser cierto cuando antes del regreso de la pequeña Lidia, tú, un macho como Dios manda, salías con ella. Así que me dio por rascar un poco.

—Qué manera de decir que contrataste un detective.

Rió divertida. —Otro de mis vicios, no me gusta quedarme con la intriga. —Le miró a los

ojos. —¿Quieres contarlo tú?

—Por favor, haz los honores —dijo con desprecio—. Ya que te gusta invadir mi vida privada cuando te da la gana...

—¿Acaso es privado que hayas invertido todo tu dinero en acciones de Linthwaite?

A Lidia se le cortó el aliento al escuchar el nombre de su principal competidor. —¿Qué?

—Claro que sí. Y Alice Maynor le puso en contacto con un agente de bolsa que es especialista en sociedades. Las acciones se compraron a través de una sociedad en las Caimán, pero Roy es el beneficiario, ¿no es cierto? —Roslyn le miró fríamente. —Te voy a dar la oportunidad de que me cuentes qué locura se te ha pasado por la cabeza para hacer algo así y pensar que mi padre no se sentiría traicionado al enterarse. —Se levantó acercándose a él. —¿O sí lo sabías y por eso no diste la cara? ¿Qué estás haciendo, Roy? Porque si lo que quieres es hundir esta empresa, te juro por lo más sagrado que lo vas a pagar.

—Con mis ganancias puedo hacer lo que me venga en gana.

—¡Beneficiando a la competencia!

—¡No tengo que darte explicaciones de lo que hago con mi dinero!

Asombrada dio un paso hacia él. —Roy...

La miró como si le hubiera defraudado y no podía negar que lo había hecho.

—Seguro que no tenía malas intenciones, Roslyn —dijo intentando justificarle, pero él sonrió de manera diabólica negando sus palabras—. Seguro que quería hundirles o algo así, ¿verdad?

Roy se echó a reír. —Nena, cierra la boca.

Palideció al escuchar su tono y atónita vio como Roslyn sonreía. —Me alegra que tengas ese sentido del humor. Como veo que no vas a darme una explicación, te comunico que ya no tendrás acceso a la base de datos de la empresa y después de la junta de accionistas tendremos

una reunión. Te aconsejo que vayas empacando, porque ese sillón estará libre el lunes por la tarde. —Cogió su abrigo de piel poniéndoselo en el brazo antes de coger su Birkin. —Os deseo un buen fin de semana.

Se fue con sus dos hombres de seguridad detrás dejando la puerta abierta y Lidia sin saber qué decir la cerró de inmediato. Cuando se volvió le vio con las manos metidas en los bolsillos del pantalón muy tenso mirando por el ventanal de su despacho.

Se apretó las manos nerviosa sin saber qué decirle, porque si estaba en esa situación era culpa suya. Si hubiera mantenido la boca cerrada...

—Una vez dijiste que mi desconfianza acabaría conmigo, nena —dijo pensativo—. ¿Lo recuerdas?

—Cielo, encontrarás otro trabajo.

—Pero no es la desconfianza lo que va a acabar con mi futuro sino las ganas de venganza. —Apretó los labios. —Mi orgullo. Hace dos años más o menos quedamos fatal por culpa de Linthwaite.

—Algo he oído. Unas plataformas en Indonesia que os vendieron a buen precio, ¿no es cierto?

—Era el negocio de mi vida. Conseguí que Robert aceptara mi proyecto estrella. Invertimos muchísimo dinero en otras dos plataformas y en una planta, iniciando la compra de otra pequeña compañía, pero de repente todo se fue a la mierda. Linthwaite no podía consentirlo e inició una opa contra esa compañía, arrebatándomela de las manos en el último momento. Se quedó con todo excepto las plantas que ellos nos habían malvendido. Ya no nos servían de nada y tuvimos que vendérselas de nuevo a un precio ridículo.

Entendía cómo se sentía. —Lo siento, cielo.

—Robert estaba furioso. El único beneficio que tenía era los beneficios que había obtenido con sus acciones de Linthwaite Oil. Que fueron bastantes, la verdad.

—¿Él también tiene acciones de Linthwaite? ¿Entonces por qué se sorprenden de que las tengas tú?

—No les molesta que tenga acciones de la empresa. Les molesta que lo haya ocultado.

—No entiendo...

—Han perdido la confianza en mí porque creen que no lo daré todo por esta compañía teniendo dos millones de dólares invertidos en una empresa de la competencia.

—¿Y por qué has hecho eso? —Se le cortó el aliento. —Dios mío, te ibas a ir, ¿verdad? ¡Te ibas a ir a Linthwaite! ¡Por eso compraste acciones porque sabías que en cuanto se anunciara a la prensa sus acciones subirían y las nuestras bajarían! ¡Siempre ocurre cuando se contrata a un directivo nuevo con éxito!

Muy tenso se volvió. —Cuando supe que me espiaban debo reconocer que no me lo tomé muy bien. Y lo del reloj fue determinante.

Le miró sin poder creérselo. —¡Por eso recurriste a Alice, tenías que buscar un abogado que no se relacionara con nadie de la empresa y que actuara por ti para sacar la mayor tajada posible! ¿Por qué no te fuiste?

Él apretó los labios. —Porque regresaste. —Su corazón se retorció al ver cómo le daba la espalda y supo que le había traicionado de la peor manera posible. —Volviste —susurró mirando la ciudad—. Eso lo cambió todo.

—Roy... —Angustiada se acercó. —Entiéndeme, cuando la llamé no sabía ni lo que sentía y...

—Déjame solo.

—¡No! Quiero explicarme. Tú lo hiciste, ¿recuerdas? —Le cogió del brazo intentando volverle, pero no consiguió moverle ni un centímetro. —¡Mírame! No sabía qué hacer. —Angustiada le cogió por las mejillas. —Cielo, la escuché y me preocupé por lo que ocurría. Llamé a Roslyn... ¡Dios, no sé ni por qué llamé a Roslyn! Estaba celosa y enfadada. —Ni se daba cuenta

de que lloraba. —No puedes hacerme esto. ¡Yo te perdoné!

—Será que yo no te quiero.

Dio un paso atrás como si la hubiera golpeado. —¿Qué has dicho?

La miró furioso con sus fríos ojos negros. —Creo que he sido muy claro.

—¡Mientes! ¡Solo quieres hacerme daño! ¡Y no entiendo la razón porque yo nunca he querido hacerte daño a ti! ¡Yo solo te he querido! —gritó desgarrada—. ¿Qué quieres conseguir? ¿Apartarme de tu vida? ¿Quieres que me vaya? ¿Por qué vuelves a hacerme esto?

Roy la miró sorprendido y Lidia salió corriendo del despacho.

—¡Lidia! —gritó Barry preocupado al verla abrir la puerta de emergencia haciendo sonar la alarma.

Roy salió del despacho para encontrarse la puerta abierta y ver como Barry hablaba con seguridad. Pálido corrió hacia la puerta y se acercó a la barandilla. Dos plantas más abajo, yacía el cuerpo desmadejado de Lidia. Su precioso cabello cubría la mitad de su rostro mientras un charco de sangre manchaba su vestido rosa. —¡Lidia! —gritó fuera de sí.

## Capítulo 12

Llamaron a la puerta y ella dejó sobre su vientre la revista que estaba mirando. —No sé quién eres, pero ya puedes traer bombones o algo así.

Escuchó una risa al otro lado y sonrió cuando se abrió la puerta. Miró sorprendida a Roslyn que le guiñó un ojo. —¿Puedo pasar?

—Claro... —Intentó acomodarse mejor apoyándose en las manos, pero le dolió la espalda.

Roslyn hizo una mueca. —¿Te duele mucho?

—Bah, solo es una tontería.

—Seis puntos en la espalda no me parece una tontería. Eso por no hablar del tobillo roto y el golpe en la cabeza.

—Estoy bien.

Roslyn hizo una mueca. —Lo siento.

—¿Qué sientes? No es culpa tuya.

—Barry me lo ha contado todo.

Se quedó de piedra. —Ah...

—Siento haberte presionado para que volvieras en Navidades. Tenía que haber pensado en ti.

—No pasa nada. —Agachó la mirada y se apretó las manos. —Son cosas que pasan.

—Contigo me he dado cuenta de que esto de manipular a la gente, conocer lo que ocurre en sus vidas e influir en ellas, trae consecuencias. Y no siempre para bien por mucho que yo tenga

buenas intenciones. —Se sentó a su lado y cogió su mano. —Pero sabes que no lo hice con mala intención, ¿verdad?

—Sí, lo sé. —Sonrió con tristeza. —Querías que tuviera una oportunidad a su lado.

—Somos víctimas del romanticismo.

—Al menos a ti te ha salido bien.

—Yo también pasé malos momentos, te lo aseguro. Pero es cierto que he tenido mucha suerte. —Se miraron a los ojos. —Roy...

—No quiero verle más. —Apartó la mano. —Y no pienso volver. Demándame si quieres o... Aunque qué más da ya todo.

—Yo no te obligué a volver esta última vez. —La miró sorprendida. —Fue cosa de Roy.

—¿De Roy?

—Él habló con Patricia. —Sonrió con tristeza. —Te quería de vuelta. Quería una oportunidad.

—En cuanto la cosa se puso fea, fue muy claro sobre lo que sentía.

—A veces no podemos hacer caso a lo que se dice en un momento de enfado o frustración. Si fuera así, mi marido se hubiera separado de mí hace tiempo. Ni te imaginas lo que salió de mi boca cuando daba a luz. —Lidia decidió no decir nada del asunto porque sino se pondría a llorar y se negaba a hacerlo de nuevo. —No se separó de ti hasta que se aseguró de que estabas bien —susurró—. Estaba aterrado. Cuando te vio en las escaleras, creyó que estabas muerta y cuando el médico le dijo que te recuperarías lloró como un niño.

Una lágrima corrió por su mejilla. —No te creo. No ha venido.

—Cree que nunca será lo bastante bueno para ti. Que te ha hecho tanto daño que es imposible que lo pases por alto de nuevo. —Se quedó en silencio varios segundos y Lidia sorbió por la nariz negándose a hablar de él. —Hoy te operan.

La miró sorprendida porque lo supiera. —Sí, el doctor me ha preguntado si quiero operarme ya que tengo que pasar por esto de todas maneras. Le he dicho que sí. Vienen a buscarme en una hora. —Entonces se dio cuenta del día que era y preguntó —¿Qué haces aquí? ¿Y la junta?

—La dirigirá mi padre como todos los años.

Apretó los labios y preguntó sin poder evitarlo —¿Ya le habéis echado?

—Roy se queda.

La miró sorprendida y Roslyn sonrió. —Sí, mi padre llegó ayer a la ciudad y Roy fue a vernos a casa después de salir de aquí. Le explicó lo que había ocurrido y sus intenciones. Mi padre no se enfadó con él.

—¿Por qué? Iba a irse. Os iba a traicionar.

—Mi padre opina que Roy no lo hubiera hecho nunca, Lidia. Le quiere como si fuera su propio padre y siempre le estará agradecido por todo lo que le ha enseñado. Puede que no lo parezca, que tenga mal humor y malas reacciones, pero nunca traicionaría a los que quiere y a mi padre le quiere mucho. Se dejó llevar por un impulso por su enfado, pero llegaste tú y detuviste sus planes. Aunque papá está seguro de que jamás hubiera llevado a cabo sus intenciones.

—Sí lo hubiera hecho. Es muy capaz de dañar a los que ama —susurró conociéndole mucho mejor que ellos.

Roslyn apretó los labios. —Eso ya ha quedado atrás. Mi padre quiere que se quede y se hará así. Él es el jefe.

Forzó una sonrisa. —Me alegro por vosotros. Me alegro de veras.

La jefa sonrió. —Aunque no van a dejar de dolerle las orejas porque papá piensa torturarle todo lo que pueda. —Le guiñó un ojo.

—Roslyn...

Ella apretó los labios. —Entiendo que no quieras que te hable de él, pero tengo que insistir porque sé que te quiere más que a nada y siento un deber, una obligación decirte que aunque comprendo que te hayas dado por vencida, te estás equivocando. Tengo la obligación de decir que ambos estáis cometiendo un error porque el hombre que te vio en esas escaleras, el hombre que se ha pasado treinta horas en este hospital esperando saber tu estado de salud, el hombre que habló con mi padre y dijo que había renunciado a sus planes por ti, ese hombre te ama, Lidia. Y tú le amas a él para haberlo intentado una y otra vez. ¡Así que dejáros de tonterías y perdonaros!

La miró con los ojos como platos. —¡Estás loca!

—Eso dice mi marido. —Se levantó sonriente.

—¡No pienso volver! ¡Déjame en paz!

Se giró furiosa dándole la espalda y Roslyn levantó la barbilla. —Muy bien. Entonces le diré que le odias, que no quieres volver a verle y que por ti que se muera. Porque está esperando fuera para comprobar cómo te encuentras. —La almohada le dio en la cara y la jefa jadeó. —Oye, guapa... que solo quiero ayudar.

—¡Deejjaaame em paaazz! —Se volvió de golpe. —¿Cómo que está fuera?

—Se pirra por tener noticias tuyas. Seguro que si le digo que has dicho que se muera, se alegrará porque eso significa que el golpe no te ha dejado tonta y eres capaz de hablar. —Sonrió de oreja a oreja. —¿Se lo digo?

En ese momento se abrió la puerta y entró su médico que iba con cuatro detrás. —¿Estás preparada?

Intimidada miró a su alrededor. —¿Quién es toda esta gente?

—Oh, son mis ayudantes. —De repente sonrió encantado de la vida. —Y quiero presentarte a una eminencia en nuestro campo. El doctor Sturzenegger. No es alemán, aunque te lo parezca. Viene de una exclusiva clínica en Luxemburgo para enseñarme una técnica revolucionaria

de laparoscopia que casi no necesita recuperación.

Un hombre de barba blanca de tres días sonrió agradablemente. —Su caso es muy interesante.

Con los ojos como platos miró primero a uno y después al otro. —¡Esto es el colmo! — gritó sobresaltándose.

El doctor Robbins se sonrojó. —Sé que no te he avisado. Pero realmente es una ocasión única. Todo saldrá estupendamente.

Furiosa apartó la sábana que la cubría y se levantó de la cama cojeando hacia la puerta con cara de loca. Uno de los residentes susurró —No debería apoyar el...

—¡Silencio!

Abrió la puerta de golpe y sacó la cabeza mirando a un lado y al otro sin darse cuenta siquiera que al inclinarse enseñaba el trasero. Cuando lo vio al final del pasillo sentado en una silla con los codos apoyados en las rodillas mientras se apretaba las manos se le cortó el aliento porque parecía realmente preocupado. Él miró hacia allí y Lidia se apartó de golpe enderezándose. Los de detrás empezaron a murmurar, pero les miró como si quisiera cargárselos callándoles de golpe. ¿La habría visto? Se mordió el labio inferior para inclinarse de nuevo y ver que se pasaba las manos por la cara como si estuviera agotado. Cuando las apartó se inclinó hacia atrás apoyando la cabeza en la pared mirando hacia el techo y suspirando. Parecía derrotado pero lo que más la emocionó fue su tristeza. Pensativa se enderezó y regresó a la cama cojeando mientras todos se mantenían en silencio. Sumida en sus pensamientos se sentó en la cama y Roslyn sonrió acercándose a ella. —¿Quieres que me quede?

—¿Qué? —Levantó la vista distraída.

—Me quedaré hasta que salgas.

—Pero mi prima está al llegar y...

Como si la hubiera invocado entró en la habitación con la respiración agitada y sonrió. —

Menos mal, he perdido el metro y...

—Es igual, estás aquí.

Su prima le dio un abrazo. —Vaya, ¿quién es toda esta gente?

La miró a los ojos. —Dile que pase.

Clarissa perdió la sonrisa. —Lidia...

—Dile que venga.

—No importa, se lo digo yo —dijo Roslyn saliendo antes de que alguien pudiera impedirlo.

El doctor carraspeó. —Nosotros vamos a prepararlo todo. En una hora vendrán a buscarte.

—Gracias doctor Robbins. Y a usted señor... eso.

El doctor de Luxemburgo sonrió. —De nada. Es un placer.

En cuanto salieron su prima se sentó a su lado. —¿Por qué quieres verle? Ese capullo te ha hecho daño de nuevo. ¿Por qué quieres hablar con él?

No lo sabía ni ella, pero algo en su interior le decía que no podía dejar las cosas así. — Necesito hablar con él. —Le rogó con la mirada y su prima la abrazó de nuevo.

—Yo te apoyaré en todo lo que decidas. Pero recuerda que solo tienes una vida como para sufrir siempre por el mismo hombre.

—También es la persona que me ha hecho más feliz.

Su prima asintió emocionada y se apartó. —Me voy a tomar un café, ¿de acuerdo? Volveré enseguida.

—Gracias.

La besó en la frente y se levantó cuando la puerta se abrió de nuevo y Roy con aspecto de haberlo arrollado un tren entró en la habitación. Clarissa salió sin dirigirle la palabra y Roy no comentó nada, solo se la quedó mirando sin acercarse. —¿Cómo estás?

—Bien.

Se quedaron unos segundos en silencio mirándose y a Lidia se le retorció el corazón porque vio en sus ojos algo que no había visto nunca. Ansiedad y miedo.

—Nena, yo...

—Esto no funciona, Roy —dijo apartando la mirada porque no soportaba lo que iba a decir—. Somos muy distintos y yo ya no puedo más.

—Sé que la he fastidiado de nuevo. —Dio un paso hacia ella. —Pero si me das otra oportunidad...

—Te he dado tantas que he perdido la cuenta —dijo con un nudo en la garganta—. Llevo dándote oportunidades desde que te conocí y estoy cansada, harta de sentir como me siento y harta de sufrir. —Forzó una sonrisa. —Lo he intentado todo y no ha funcionado. Es hora de acabar con esto.

Él se quedó en silencio mirándola impotente. —Entiendo que te sientas así. Mi única excusa es que me sentí traicionado y no medí mis palabras.

—Esta relación no es sana para ninguno de los dos. —Con toda la fuerza de voluntad con la que era capaz le miró a los ojos. —Yo quiero vivir, Roy. Desde que murieron los míos me he dado cuenta de que esta vida puede terminarse en un suspiro. Puede que desde fuera me vean excesiva. Demasiado alegre, demasiado descarada, pero es que quiero saborearlo todo antes de que me llegue el momento. No pienso perder el tiempo. Quiero un hombre que esté a mi lado y que me haga feliz. Quiero saber que me ama por encima de todo y que estará junto a mí pase lo que pase, aunque cometa errores. Quiero tener hijos, viajar, ver mundo... Quiero empapar me de la vida y reír cada día. No puedo tener una pareja en la que no puedo confiar, que me haga daño o que me dé la espalda. Siento ser tan egoísta, pero es lo que pienso y voy a luchar por esa vida con uñas y dientes. Por mucho que te quiera, tengo que pedirte que te vayas.

La miró torturado rompiéndole el corazón. —No eres egoísta, nena. El egoísta soy yo por

querer robarte esa vida que tanto deseas. —Fue hasta la puerta y la abrió. —Me alegro de que el destino te haya puesto en mi camino porque eres lo mejor que he tenido, preciosa. Aunque no haya sabido demostrártelo, te aseguro que ha sido así. Y deseo que consigas encontrar a alguien que te ame como tú quieres y que te haga feliz. Adiós, Lidia.

Sin palabras vio cómo se iba de su vida de nuevo y se echó a llorar sintiéndose vacía. Lo difícil iba a ser llenar ese hueco que su ausencia dejaba.

## Capítulo 13

Clarissa se sentó en el sofá después de ponerle el chupete al niño. Albert lo escupió haciéndola reír y su prima la miró indignada. —Pues ahora levántate tú, guapa. ¡Piensa que es un juego!

—Serás gruñona. —Se levantó y cogió a Albert en brazos sacándolo del carrito. —Es que mamá no te comprende, ¿a que no? Quieres jugar.

El niño soltó un gorgorito. —Prima, ¿quieres centrarte?

Chasqueó la lengua antes de sentarse de nuevo en el sofá con el niño sobre las rodillas para mirarla. —¿Y bien?

—¿Cómo que y bien? Matt me ha dicho que es un hombre fantástico. Es traumatólogo. Muy guapo y muy todo. Así que di que sí que mi novio no deja de darme la paliza desde la barbacoa en casa de mis suegros.

—¿Qué suegros? ¿Los de Matt o los de Albert?

—Los de Matt, aunque estaban los de Albert... No me lées. Sabes de que barbacoa te hablo porque estabas allí. Por cierto, Rose quiere la receta de la ensalada que llevaste porque le encantó.

La miró ilusionada. —¿De verdad? Pues en mi curso de cocina...

—Sí, ya, ya. Corta el rollo. —Lidia puso los ojos en blanco. —¿Quedarás con él? ¿Le damos tu número? No hace más que preguntarle por ti en el hospital. A Matt le tiene frito.

—Uy, un pesado.

—Interesado.

—¿Y por qué no se presentó ese día? Yo no le recuerdo.

—Sí que te lo presentaron, pero pasaste de él. Es el rubio.

—Uff, rubio.

Su prima la miró exasperada. —Me pones de los nervios.

Soltó una risita y Albert se rió con ella dando palmas. —Eso, eso... Dile a mamá que es muy pesada.

—¿Cuándo vas a salir con alguien? ¡Llevas cuatro meses en cursos inútiles!

Jadeó indignada. —¡Perdona, pero aprendo mil cosas! En el de bricolaje nos están enseñando a hacer una silla.

—¿Y piensas hacer una silla? Oh por Dios, no dices más que disparates.

—Eso lo dice la que se comió dos platos de ensalada. Ya me llamarás para que te haga alguna chapuza.

—¡Para eso tengo a Matt!

—Seguro que ese cirujano no sabe ni cambiar una bombilla. —Albert rió de nuevo. —  
¿Ves? Opina lo mismo.

—¡Pues llamaremos a un profesional como se ha hecho toda la vida!

—Por cierto —dijo maliciosa—, ¿cuándo le vas a decir a Rose y a Lewis que te vas a vivir con ese dechado de virtudes que no sabe cambiar una bombilla y que conociste hace dos meses solamente?

Su prima gimió. —Me estoy precipitando, ¿verdad?

—Qué va. Eh, era broma. —Preocupada cogió su mano. —¿Qué pasa, tienes dudas?

—No. Jamás me he sentido así. Le amo muchísimo. Y adora a Albert —susurró—. Pero está el niño y mis suegros... Dios, no pueden ni ver a Matt. Cada vez que va a buscarme a casa le miran como si fuera el diablo.

—Temen perder a su niño, es normal.

—Han sido maravillosos con nosotros, pero...

—Te están agobiando.

—Habíamos pensado darles la noticia el sábado. Hay una fiesta en su casa para unos amigos y Matt quiere pedirme matrimonio ante ellos para que vean que va en serio.

Se le cortó el aliento. —¿Te ha pedido que te cases con él?

Sonrió radiante. —Este fin de semana. En su casa de la playa. Hizo que Albert me diera el anillo. Fue tan bonito...

—¿Y por qué no me cuentas eso primero en lugar de darme la paliza con ese rubio de las narices? —gritó indignada.

—Es que era un secreto. Se supone que no me lo ha pedido. Pero da igual porque tú no dirás nada. ¿Vendrás a la fiesta? Necesitamos apoyo. Si no vienes estaremos empatados. —Miró a su hijo que estaba distraído con el cordón de su zapatilla de deporte y sonrió. —Albert no puede protestar, así que no cuenta.

—¿Seguro que queréis decirlo ante desconocidos? Eso puede salir muy mal.

—¿Con lo educados que son? Disimularán lo que puedan hasta que se vayan todos y después atacarán con todas sus fuerzas sin perder la sonrisa.

—Claro que iré. Ya me encargaré yo de poner las cosas en orden si se desmadran.

—Perfecto, pues le diré a Matt que avise a su amigo. —Se levantó cogiendo a su hijo en brazos dejándola atónita. —Así no perdemos el tiempo.

—¡Eh, que no he dicho que sí!

—Ya lo digo yo por ti. Es perfecto.

Con una copa de champán en la mano forzó una sonrisa al amigo de Matt que la miraba embobado. Aunque vestido de smoking no estaba nada mal, gruñó por dentro bebiendo de su copa.

—Así que trabajas en una compañía aérea como secretaria —dijo él como si fuera lo más interesante del mundo—. Yo soy traumatólogo, ¿sabes?

—Sí, algo me había comentado Clarissa.

Él sonrió. —Es encantadora. Una enfermera que se está ganando una reputación buenísima en el hospital.

Qué pesado era ese hombre. —Sí, Jake... le encanta su profesión.

—Se nota.

En ese momento entraron más invitados en el salón y casi deja caer la copa de la impresión al ver llegar a Roy con Alice del brazo. Ella estaba realmente hermosa con un vestido negro que se le ajustaba como una segunda piel, pero a quien no pudo dejar de mirar fue a Roy, que sonriendo daba la mano a Lewis como si le conociera de toda la vida.

Su prima dejó caer la mandíbula dejando a su novio con la palabra en la boca y acercándose a toda prisa. Gimió cogiéndola del brazo. —Lo siento, no lo sabía.

—No pasa nada. —Aún atontada miró sobre su hombro para ver que Roy la observaba fijamente con esos ojos negros que aún la torturaban día y noche. Él entrecerró los ojos como si no le gustara que Jake estuviera tan cerca de ella. Se sonrojó sin saber por qué bebiendo su copa de golpe.

Jake se acercó aún más a ella y puso una mano a su espalda. —¿Quieres otra copa?

—Sí, Jake. Tráele otra que la va a necesitar.

—Lidia...

Nada, que no se libraría de él en la vida. Forzó una sonrisa volviéndose para verle ante ella. —Roy. —Nerviosa miró a su alrededor buscando a Alice que hablaba con los anfitriones. —

Veo que has venido con Alice...

—Es amiga de los Cockerham de toda la vida.

—Perfecto. Hay que tener cara de venir aquí sabiendo que estoy emparentada con ellos. —

Se llevó la copa a los labios, pero estaba vacía. Se echó a reír. —Necesito más.

Él alargó la mano y cogió dos copas del camarero que pasaba en ese momento y le tendió una. —Aquí tienes.

Sus dedos se rozaron al cogerla y sin querer le miró a los ojos faltándole el aliento. Roy se tensó y ella volvió a beber. Cuando apartó la copa de sus labios una gota quedó en su labio inferior y pasó la lengua sintiendo que estaba de los nervios sin que él perdiera detalle. —Bueno, me ha encantado verte. —Su prima asintió cogiéndola del brazo para alejarla.

—Estás preciosa, nena. El rosa es tu color.

Se quedó sin aliento. Le miró sobre su hombro mientras su prima la alejaba de él sin darse cuenta de que llevaba dos copas en la mano. En ese momento llegó Jake con otra y se echó a reír bebiendo la que Roy le había dado casi de un trago. —Solucionado. —Le dio las vacías y cogió la siguiente.

Su prima miró de reojo a Matt que debía saber perfectamente lo que estaba pasando porque se había tensado sin quitarle a Roy la vista de encima. —Esta noche va a ser de lo más divertida.

—Supe que iba a ser una noche espectacular cuando te vi entrar por esa puerta —dijo Jake seductor.

Su prima la cogió por el brazo volviéndola y dejándole con la palabra en la boca. —No bebas más. Debes tener control y el alcohol descontrola mucho. Te lo digo yo que gracias a eso me encontré un bombo.

—Tranquila, yo controlo. Solo quiero relajarme un poco. —Sin poder evitarlo miró de reojo a Roy que no dejaba de observarla fijamente. Alice le susurró algo y él asintió bebiendo de

su copa. Gimió sin poder evitarlo. —Dios, ¿por qué?

—No lo sé, chica. Está claro que le han puesto en esta vida para tocarte los pinreles.

Sorprendida miró a su prima antes de echarse a reír a carcajadas y Jake se acercó cogiéndola por la cintura. —¿Queréis un canapé?

Ese tío se tomaba demasiadas libertades. Intentó apartarse disimuladamente, pero la miró con una sonrisa seductora que le dieron ganas de vomitar, así que se apartó de golpe. —No, gracias. Voy al aseo.

Se alejó de ellos a toda prisa dejando la copa de champán sobre una de las mesas y cogiendo el bajo de su largo vestido de gasa rosa salió del salón para subir las escaleras e ir al baño de arriba, pero al pasar ante la habitación del niño escuchó que estaba despierto y que la niñera intentaba dormirle. Sonrió porque Albert se dormía cuando le venía en gana. Abrió la puerta y la niñera la miró esperanzada. —Señorita Lidia... no tendrá cinco minutos, ¿verdad? Tengo que ir al baño.

Se echó a reír y entró en la habitación estirando los brazos. —Ven aquí. —Lo cogió en brazos y la niñera prácticamente salió corriendo, pero ella la ignoró para mirar al niño. —Ya pesas mucho, ¿sabes? —Se sentó en la mecedora de diseño de al lado de la ventana y lo acomodó en su pecho. —Ahora a dormir que abajo hay una fiesta y sabes que no me pierdo una.

Albert protestó aunque se le cerraban los ojitos y ella tarareó una nana que le cantaba su madre mientras acariciaba su pelito castaño meciéndose muy despacio. Aunque intentaba resistirse no tardó mucho en quedarse dormido entre sus brazos y ella le observó durante unos minutos. Era tan hermoso que robaba el aliento y acariciando su suave mejilla se preguntó cuando tendría la suerte de tener uno.

Se levantó lentamente y lo llevó hasta su cuna tumbándolo con cuidado. Al volverse se detuvo en seco al ver allí a Roy que la miraba como si fuera un objetivo en su vida. —No —susurró yendo hacia la puerta agachando la mirada. Pero él no la dejó pasar.

—Nena, te aseguro que después de estos meses si me he mantenido alejado es porque creía que serías más feliz que conmigo.

—Y lo soy —dijo sin aliento—. Ahora déjame pasar.

—Mientes.

Rabiosa le miró como si quisiera matarle y susurró —¡Déjame pasar!

—Puede que no quieras arriesgarte y lo entiendo. Nena, si alguien lo entiende soy yo, pero no creas que vas a sentir con otro lo que sientes conmigo, porque eso no va a pasar.

—¿Y cómo estás tan seguro? —preguntó con ganas de pegar cuatro gritos.

La miró fijamente a los ojos. —Porque me quieres mucho más que yo a ti y si yo no he sido capaz de olvidarte, tú jamás me olvidarás.

Pálida agachó la mirada. —Déjame pasar, Roy.

Él apretó los labios dando un paso atrás y Lidia pasó ante él a toda prisa. —Nena, no hagas una tontería con ese tipo. Sabes que no funcionará.

Bajó las escaleras tan rápido como podía, sintiendo que su corazón volaba de nuevo después de meses sin verle. Se sintió frustrada porque no podía largarse ya que era el compromiso de su prima, así que cogió otra copa de champán de la que pasaba.

Escucharon un tintineo y se volvió para ver a Roy entrar en el salón muy tenso.

—¿Qué tal si pasamos a cenar? —preguntó su anfitriona agradablemente.

Jake se puso a su lado con una sonrisa en los labios y la cogió por la cintura. —¿Pasamos? Quiero saber todo de ti.

Forzó una sonrisa. —Claro que sí. Va a ser una cena de lo más interesante.

La miró como si la deseara muchísimo. —Yo también estoy seguro de eso.

Cuando llegaron al comedor Jake apartó la silla para que se sentara y para su sorpresa Roy se sentó a su otro lado. Intentó ignorarle, pero el olor de su after shave llegó hasta ella provocándole un estremecimiento en su interior al recordar su olor en otras miles de ocasiones. Así que le fulminó con la mirada como bienvenida y él sonrió alargando la mano ante ella. —Roy Mitchell.

—Jake Hoover.

La estrecharon ante su cara y gruñó por dentro. —¿Eres amigo de los Cockerham?

—No, me ha invitado Matt. —El aludido sentado ante ellos les miró. Jake rió. —Está demasiado enamorado como para enterarse de nada.

—Se entera de lo que le interesa —dijo Clarissa fulminando a Roy con la mirada, pero éste no se dio por aludido.

La cabeza de Alice apareció tras Roy sonriendo de oreja a oreja. —Hola Lidia.

Gruñó antes de beber de su copa. —Alice, ¿cómo te va?

—Fenomenal. He abierto mi propio bufete con la financiación de Roy. ¿Lo sabías?

La miró como si quisiera matarla. —Me alegro mucho.

La abogada tuvo la decencia de sonrojarse. Roy reprimió la risa. —Tranquila, nena. Recuperaré mi dinero.

—¿Crees que me preocupa? —siseó dejando que el camarero le sirviera el vino.

—Ten cuidado, preciosa. No estás acostumbrada y el champán pega mucho.

—A ver si me emborracho y quedo en coma para perderte de vista —dijo por lo bajo antes de volverse con la copa en la mano y sonreír a Jake.

—¿Un brindis? —preguntó él levantando su copa.

—¿Por qué brindamos?

—¿Por nosotros?

Sintió que un dedo de Roy rozaba su espalda al descubierto y se estremeció. —¿Por nosotros qué? —Roy se echó a reír tras ella y le miró sobre su hombro. —Perdona, ¿te importaría? ¡Estamos brindando!

Con descaro Roy cogió su copa y la chocó con la suya mirándola a los ojos. —Por el futuro, nena. Nuestro futuro.

—Disculpa, ¿pero estáis juntos? —preguntó Jake empezando a mosquearse.

—Lo estuvieron —dijo Alice al otro lado.

—Fue un desastre —añadió Clarissa—. Jake, tú no te desanimes que éste es un desastre de novio y ella aprendió muy bien la lección.

Les miró asombrada. —¿Queréis dejar de hablar de nosotros como si no estuviéramos aquí?

—Solo intentamos ayudar —dijo su prima.

—¡No necesito ayuda para rechazarle!

—Gracias, nena. —Roy sonrió bebiendo y con sus ojos le dijo que no pensaba darse por vencido. Ella casi se derrite allí mismo. —Sola te bastas y te sobras.

—Lo que yo decía. —Miró a Jake. —Es agua pasada.

—Pues está ahí —replicó molesto.

—Y aquí me quedo.

—Chicos, hoy no es precisamente el día para montar una escenita —dijo Matt al otro lado poniéndose nervioso.

—¿Y eso? —preguntó Roy divertido.

—Va a pedirle matrimonio —susurró.

—Shusss, ¿quieres hablar más bajo? —preguntó su prima que también estaba muy nerviosa.

—Una pedida algo extraña si la novia ya lo sabe.

—Lo dice el experto en relaciones —dijo Clarissa con ganas de saltar sobre la mesa.

—Cuando tengas una novia que te soporte el tiempo suficiente como para llegar a este momento nos lo cuentas —dijo Matt rabioso.

—¡Eh! —Toda la mesa miró a Lidia que se sonrojó antes de decir —Este vino está buenísimo. —Los anfitriones sonrieron desde la cabecera de la mesa. Fulminó a Matt con la mirada que tuvo la decencia de sonrojarse. —Guárdate tus opiniones, ¿quieres? Esto no es asunto tuyo.

—Será parte de la familia —le defendió su prima.

—También ellos son tu familia y no te veo muy sincera sobre lo que sientes. No sé porque tenéis que juzgar a los demás cuando no sois capaces de luchar por vuestra relación abiertamente, en lugar de hacer este tipo de charadas cuando ya te ha dado el anillo.

Su prima la miró como si la hubiera defraudado y ella apretó los labios disgustada.

—Nena...

—¡Cállate!

Él levantó las manos. —Vale, no me meto cuando me defiendas.

—Este tío está empezando a tocarme las pelotas —dijo Jake al otro lado.

—¡Oye, tú! ¡Métete en tus asuntos! —protestó Alice—. ¡La quiere y está en su derecho de luchar por ella como le venga en gana!

No pudo evitar sonrojarse de gusto y miró a Roy de reojo que parecía de lo más satisfecho consigo mismo. Le metió una patada en el tobillo que le sobresaltó haciéndole gruñir. —No vas a conseguir nada.

—Lo que tú digas, nena. —Puso los codos sobre la mesa. —Así que os vais a casar. Felicidades.

—Gracias —sisearon los dos a la vez.

—Suele dar miedo eso de pasar el resto de la vida con otra persona. Tiene que ser la adecuada y es difícil encontrarla.

—Cierto —dijo Alice—. Lo que cuesta encontrar a el amor de nuestra vida. Mi última novia me los puso varias veces y yo en la inopia.

—Sí, la fidelidad parece algo del pasado —dijo Jake con rencor.

Roy continuó —Sin embargo, sabes si te quieren de verdad si después de un tiempo separados no ha sido capaz de mirar a otro hombre.

Lidia entrecerró los ojos porque era una indirecta en toda regla. Cómo le gustaría pasarle por los morros a un novio. Gruñó por dentro porque no lo tenía y la verdad es que no se le había pasado ni por la imaginación salir con nadie. Qué ganas de pillar un pedo y perder el sentido, pero sin embargo le fulminó con la mirada. —¿De verdad esa es la única manera que tienes de saber si te quieren? ¿Porque no han salido con otros? —preguntó con mala leche—. Quizás si perdonan tus continuas meteduras de pata también sienten algo por ti, ¿no crees?

—Sí, eso también es un indicativo. Así que debes quererme con locura porque tú haces ambas cosas.

Gruñó siseando —¿Dónde está la maldita cena?

En ese momento llegaron los camareros del catering, repartiéndose a ambos lados de la mesa y empezaron a servir los platos. Langosta en tres salsas.

Al ver la cantidad de cubiertos que tenían gimió porque ella nunca había ido a una cena tan elegante y fue consciente de ello justo en ese momento. Disimuladamente miró a Roy que cogió los del exterior. Aliviada hizo lo mismo y él se acercó para susurrarle al oído —Cuando es una cena ya programada los cubiertos van en orden, nena. —Se sonrojó porque no lo sabía. —Es algo que me enseñó Robert. —Le miró a los ojos agradecida, porque era evidente que no quería que se avergonzara. —Y jamás he pensado que no estabas a mi altura, nena. Desde que me contaste

aquello en el baño, he pensado todo lo contrario, te lo aseguro.

Sin aliento vio como contestaba a algo que le había preguntado Alice antes de meterse un pedazo de langosta en la boca.

Lidia miró al frente sintiendo un nudo en la garganta y vio que su prima la observaba como si estuviera cabreadísima. Le rogó con la mirada y Clarissa chasqueó la lengua antes de vocalizar —No lo hagas.

Agachó la mirada viendo su plato sin tocar.

—¿No tienes apetito? Es que no hay nada peor que encontrarse a un ex en una cena y más tenerlo sentado al lado. ¿Quieres que te cambie el sitio?

Sintió como Roy se tensaba a su lado y se levantó apoyándose en el respaldo de la silla. —Si me disculpáis...

—Preciosa no quería presionarte, pero...

Ella se alejó dejándole con la palabra en la boca y todos le fulminaron con la mirada. Alice chasqueó la lengua. —Tranquilo, Roy. Déjala respirar un poco. Está confusa como es lógico. Pero te quiere y el amor triunfará —dijo para todos aquellos que estaban escuchando.

Su prima se iba a levantar, pero Matt la cogió por la muñeca. —No, cielo. Es algo que tiene que decidir ella. Es su vida y no debes influir en su decisión como ella siempre te ha apoyado en las tuyas. —Furiosa volvió a sentarse mirando a Roy como si fuera el demonio antes de ponerse la servilleta sobre el regazo de nuevo, pero no dijo palabra. Roy expresó su agradecimiento con la mirada y Matt entendiendo inclinó la cabeza antes de beber de su copa.

—Estupendo —dijo Jake molesto antes de mirar a Alice—. Has dicho novia, ¿no?

—Sí, cielo... aquí pinchas en hueso —respondió divertida.

—Está claro que hoy no es mi noche.

Dando vueltas de un lado a otro del baño, se apretaba las manos dudando de la decisión que había tomado y no era de extrañar porque no hacía más que decirle que la quería de una u otra manera. Y lo más increíble es que no dudaba de sus palabras. Dudaba de que la quisiera como ella necesitaba. Nerviosa se miró al espejo y vio la angustia en sus ojos. No había duda de que no lo había olvidado y que como había dicho le costaría olvidarle, eso si lo conseguía algún día. La pregunta era si quería arriesgarse de nuevo. ¿Pero estaba loca? ¿Lo estaba pensando? Estaba claro que había perdido un tornillo. Llamaron a la puerta sobresaltándola y dijo exasperada —Hay un baño en el piso de arriba.

—Lo sé.

La voz de Rose la sonrojó y a toda prisa abrió el pestillo. —Perdona, ahora salgo.

La anfitriona sonrió con cariño y la cogió de la mano metiéndola en el baño y cerrando la puerta. —Siento el numerito —dijo emocionada.

—No te disculpes, cielo. Clarissa me lo ha contado todo, ¿sabes? —La miró asombrada. Mira como contaba lo que le daba la gana. ¡La iba a matar! —Por eso cuando Alice me preguntó si podía traer a su socio le dije que sí de inmediato.

Dejó caer la mandíbula de la impresión. —¿Cómo sabías...?

Hizo una mueca. —Albert no duerme muy bien y Clarissa no me deja que lo atienda de noche. Yo no puedo dormirme mientras lo atiende y charlamos... Charlamos de muchas cosas.

Se puso como un tomate. —Pues que bien, ¿no? El mundo es un pañuelo —dijo incómoda—. A lo mejor si no hablarais tanto, el niño se dormiría antes.

Rose se echó a reír. —Cuando me habló de Alice Maynor no le dije que la conocía para que me lo contara todo. Hace un tiempo me encontré con Alice y emocionada me invitó a comer. Me comentó que había puesto su propio bufete. También me comentó quien era su socio, así que me pareció perfecto. —Rió de nuevo al ver que ponía los ojos en blanco. —Sentimos mucho que

te fueras de casa porque nos hacías reír a menudo. Lo echamos de menos.

Se sonrojó con el cumplido, pero también se sintió culpable. —Rose, yo...

—Lo entendemos. Sois jóvenes y tenéis mucha vida por delante. ¿Quieres saber la opinión de una vieja?

—Tú no eres vieja.

—Pues de alguien que ha vivido mucho más que tú.

—Sé lo que diría mi tía.

—Ella no le conoce.

—¿Y tú sí?

—No, pero te he visto a ti mientras estabas con él. Esos fines de semana que te acercabas aquí y que te ibas a las dos horas porque habías quedado. Estabas radiante de felicidad. En todo el tiempo que he tenido el gusto de conocerte nunca has sido más feliz.

—Eso no es suficiente.

—He perdido un hijo. Es el dolor más grande que tendré en la vida y sé reconocer lo que es importante. No se es rico por el dinero que se tiene, se es rico cuando se es plenamente feliz y tú lo eras en ese momento. Ni yo he amado a mi Lewis como tú le amas a él. —Se volvió sintiendo miedo de volver a sufrir. —Y tú sabes que tengo razón porque lo perdiste todo una vez. Lo que temes es entregarte y perderlo todo de nuevo. Eso es lo que te da miedo porque sabes de sobra que a su lado serás feliz. Pero hija, en esta vida no hay garantías. ¿No quieres vivir la vida intensamente? Eso conlleva sufrimiento porque no siempre todo sale como queremos. Él volverá a defraudarte. Y tú a él. Pero será ese intenso amor el que hará que sigáis juntos como si fuerais uno, porque ese amor lo puede todo. Para no querer perder el tiempo, estás perdiendo un tiempo precioso a su lado. —Fue hasta la puerta. —Por mis palabras entenderás que deseamos que Clarissa sea muy feliz. Eso significará que nuestro nieto Albert vivirá en un hogar dichoso y no hay nada que deseemos más. Pero me haré la sorprendida en su anuncio de compromiso. —Lidia

sonrió y Rose le guiñó un ojo. —No tardes. Está de los nervios a punto de levantarse de la silla porque teme que huyas en cualquier momento.

—Enseguida salgo.

Rose sonrió cerrando la puerta y Lidia se miró al espejo. Sus ojos brillaron por primera vez en meses y sabía quién era el responsable.

Roy inquieto vio que la anfitriona entraba de nuevo en el comedor con una dulce sonrisa en el rostro.

—Estás acabado —dijo Clarissa satisfecha—. Rose le habrá abierto los ojos porque la aprecia muchísimo y lo sabe todo.

Apretó los labios y Alice acarició su antebrazo dándole ánimos. Al cabo de unos minutos estaba a punto de levantarse cuando entró Lidia en el comedor y para sorpresa de todos parecía contenta. Clarissa frunció el ceño. —¿Has tomado algo? ¿Una pastilla de Rose? Mira que son fuertes...

—Claro que no. Estoy bien.

—¿De verdad, nena?

Miró a Roy a los ojos y asintió. —Estoy bien.

Ver el alivio en su rostro fue lo que la decidió y se acercó a él sin dejar de mirarle cortándole el aliento. —He llamado a Roslyn.

La miró sin comprender. —¿Para qué?

—Para preguntarle si te has portado bien. —Chasqueó la lengua. —Me ha dicho que trabajas como un poseso y que me necesitas. ¿Me necesitas?

—Más que a nada, nena.

Sonrió enamorada. —¿Volverás a hacerlo?

—No.

—No mientas.

—Intentaré no hacerte daño de nuevo, preciosa. Te lo juro —dijo a toda prisa.

—Quiero que vivamos juntos. Quiero hijos...

—Lo sé. Y estoy dispuesto a todo. —Pasó su brazo por su espalda apoyándolo en el respaldo de su silla. Se estremeció cuando sus dedos rozaron su nuca. —¿Me perdonas, nena?

—¿Me perdonas tú a mí?

—Yo no tengo que perdonarte nada. Eres perfecta.

Sonrió maliciosa. —Perfecta, ¿eh? ¿Sabes lo que me ha ordenado la jefa?

Roy sonrió. —Ni idea, pero estoy deseando saberlo.

—Que te pidiera algo.

—Pídeme lo que quieras —susurró acariciando un mechón de su precioso cabello como si estuviera deseando tocarla.

—Nadie me ha hecho más feliz que tú en la vida. —Roy la miró emocionado. —Y aunque hemos pasado momentos malos, te has dado cuenta de que soy importante para ti. Puede que discutamos, puede que metas la pata de nuevo, pero que estés aquí demuestra que me amas. Has superado tu orgullo por mí y eso es suficiente, mi amor. Por eso... ¿quieres casarte conmigo? — Se quedó tan sorprendido que no pudo evitar sonreír. —No tengo anillo de compromiso, pero no te lo pondrías, así que...

Todos se quedaron sin aliento esperando su respuesta y al ver que tardaba en contestar Lidia perdió poco a poco la sonrisa. Sorprendiéndola se levantó y apartó la silla haciendo que todos los comensales se callaran observándoles.

—¿Roy? —preguntó insegura, pero él cogió su mano y arrodilló la pierna derecha ante

ella, lo que fue realmente un alivio.

Él la miró a los ojos. —¿Recuerdas esas vacaciones que íbamos a hacer, preciosa? Había preparado las vacaciones perfectas para mostrarte todo aquello con lo que soñabas. —Sus preciosos ojos verdes se empañaron de lágrimas. —Y allí pensaba darte esto. —Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta robándole el aliento y sacó un precioso anillo de compromiso con un enorme diamante que la hizo jadear de la sorpresa, mientras Matt tiraba la servilleta sobre el plato poniendo los ojos en blanco. Roy sonrió. —Lo he llevado encima durante todo este tiempo esperando que me diera suerte, pues tenía la esperanza de encontrarte en algún momento, pero no fue así y tuve que pedir ayuda. —Alice le guiñó un ojo. —La mejor decisión que he tomado nunca, porque aunque respetaba cada una de las palabras que me dijiste en ese hospital, quería saber si estabas bien y me moría por verte. Porque no puedo dejar de pensar en ti, nena. En la vida que teníamos y en la que perdimos por mi estupidez. —Una lágrima cayó por su mejilla. —Intentaré no defraudarte de nuevo y volveré a hacerte feliz. Intentaré darte esa vida con la que sueñas y estar a tu lado siempre que me necesites. Intentaré eso y mucho más para que tu vida sea plena, pero jamás dudes que lo que sí haré es amarte hasta que mi corazón deje de latir y que eres lo más importante que he tenido nunca. Por supuesto que me casaré contigo. Jamás he sido más feliz que estando a tu lado y me muero por ver lo que nos depara el resto de nuestras vidas. — Deslizó el anillo por su dedo mientras todos aplaudían, incluida Clarissa que lloraba de emoción viendo el amor en sus rostros.

Lidia cogió sus mejillas sin dejar de mirarle a los ojos y susurró —Dime que me amas.

—Te amo, cielo. Y me dejaré la piel para que esos preciosos ojos verdes solo lloren de felicidad, aunque no siempre lo consiga.

—No puede haber una promesa mejor —susurró antes de besar sus labios uniendo sus vidas.

## Epílogo

Salió del baño mordiéndose el labio inferior y caminó hasta la cama donde su marido la observaba impaciente. —¿Y bien?

—Hay que esperar. Cinco minutos. Pero no nos hagamos ilusiones.

—Tienes razón. Tenemos tiempo de sobra para tener el niño. Ven aquí.

Caminó a gatas hasta él y se tumbó sobre su cuerpo. Él acarició su trasero por encima del camisón y la besó suavemente en los labios.

—¿Sabes qué día es hoy?

—Sí, preciosa. Hoy hace cuatro años que nos casamos. Cuatro años maravillosos llenos de sorpresas.

—¿Dónde está mi regalo? —preguntó emocionada.

Roy se echó a reír. —¿No puedo dártelo esta noche?

—¡No! —Indignada se sentó sobre él. —Venga, el mío te lo daré ahora. —Escucharon el llanto de un bebé y ambos se quedaron en silencio. —Espera, espera... Que Daisy siempre se vuelve a dormir —susurró.

En ese momento se pusieron a llorar las gemelas y gimió haciendo reír a su marido. — ¿Estás segura de que quieres otro?

—Claro que sí. Me prometiste el niño. Hala, mueve el culo, presidente. Te toca a ti.

Le dio un beso rápido levantándose con agilidad y sonrió viéndole ir hacia la puerta. En cuanto salió corrió hacia el vestidor. Arrastró la caja que tenía escondida y lo preparó todo en tiempo récord. Se tiró sobre la cama y esperó. Daisy se echó a llorar de nuevo y juró por lo bajo

destapándose la pierna para estar sexy, aunque sabía que su hija mayor se dormiría enseguida.

Estaba tan excitada de la ilusión, que cuando su marido regresó a la habitación casi la pilló cambiando de posición porque ya le dolía el brazo. Roy se quedó con la boca abierta al ver el enorme globo azul que ponía: “¡Esta vez es un niño!” Lidia se echó a reír por su cara de sorpresa.

—Pero...

—Estoy de tres meses. —Se puso de pie en la cama y le abrazó por el cuello mirándole con amor. —Así que esta vez has dado en el clavo.

—Ya me ha costado. —Ella rió feliz y Roy le acarició la espalda. —Así que un niño. ¿Y nos detendremos ahí?

—Puede. Depende de cómo nos salga. Si es como tú nos plantamos. Me das mucho trabajo.

—Muy graciosa. —Posesivo la acarició pegándola a él. —Te amo, nena.

—Lo sé. —Sus ojos brillaron de la ilusión. —¿Y mi regalo?

—Te lo daré esta noche... en Roma.

Abrió los ojos como platos antes de chillar de la alegría y él se echó a reír por la felicidad de su esposa. Cuando se calmó dijo sorprendida —No se han despertado.

—Y vamos a aprovecharlo. —La besó en el cuello tumbándola en la cama y se tumbó sobre ella antes de atrapar sus labios de manera apasionada.

Cuando se apartó la miró a los ojos y ella susurró —Gracias.

—¿Por qué, preciosa?

—Por esforzarte cada día en demostrarme cuanto me quieres.

Roy sonrió. —Tú haces lo mismo, con tus ojos, tu sonrisa, tus caricias... Continuamente me dices que me quieres. Y espero que no dejes de hacerlo nunca.

—Nunca, mi amor. No sería capaz de callarlo.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon.

Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.

- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella

- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón

- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más

- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikinga)
- 123- Tu corazón te lo dirá

- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
- 139- Renunciaré a ti.
- 140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
- 143- Lady Elyse (Serie época)
- 144- Nada me importa más que tú.
- 145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1

2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas

publicaciones.